

# Alas Abiertas

Alfonso Teja Zabre

COLECCIÓN HIDALGUENSE



La amplitud de los géneros en que se manifestó la inteligencia de Alfonso Teja Zabre revela su personalidad. De San Luis de la Paz, Guanajuato -nació el 23 de diciembre de 1888-, hizo sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario de Pachuca y con una beca del estado de Hidalgo ingresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, en donde hubo de graduarse de Licenciado en Derecho, en 1909.

Se consagró a la historia de México, previa una rigurosa disciplina adquirida en las clases que se impartían en el Museo Nacional de Historia, dirigido por don Genaro García.

Fue miembro del Ateneo de la Juventud, en donde conoció al hidalguense Alfonso Cravioto, y formó parte del grupo bohemio conocido con el nombre de "La Horda", Secretario del Museo Nacional, Defensor de Oficio, Agente del Ministerio Público, Diputado al Congreso de la Unión en 1913-1914, Magistrado del Tribunal Superior del Distrito y Territorios Federales, Ministro Consejero en la Embajada de México en Cuba, Embajador en Honduras y en la República Dominicana, catedrático de historia de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras, y de Derecho Penal de la Facultad de Derecho de la UNAM; Miembro de la Academia Mexicana de Historia, de la Academia de Ciencias Penales y de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Teja Zabre fue muchos años periodista, y colaboró como redactor, particularmente, en *El Demócrata*, y *El Universal*.

Sus publicaciones abarcan el género histórico, la narración, el ensayo, la poesía y el Derecho Penal.

En materia histórica, se destacó por su novedosa interpretación de la historia de México (1933-1934-1935) y en los libros dedicados a Morelos (1936), Cuauhtémoc (1939) y Leandro Valle (1951), así como a la Revolución Mexicana (1939). También se apasionó por la filosofía de este capítulo del conocimiento, en sus trabajos *La biografía de México* (1933), *Teoría de la Revolución* (1936) y *Dinámica de la historia y frontera interamericana* (1947).

En el orden literario, empezó con la publicación de poemas y novelas, (como *Alas Abiertas*, 1920) y figuró con brillo en la elocuencia, distinguiéndose como orador académico y en la tribuna del jurado popular.

Se dedicó también al ensayo en trabajos de la índole de *El adiós a Rubén Darío* (1941), *La estatua de Justo Sierra* (1942), *Las exequias del orador Jesús Urueta* (1943) y *Umbriel* (1953).

En la Comisión Revisora del Código Penal del Distrito y Territorios Federales de 1931 tuvo participación preponderante y escribió la exposición de motivos de ese ordenamiento, el mismo año, y el libro *Principios de ciencia penal* (1950).

A punto de leer su trabajo de ingreso como miembro de Número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, en la vacante que dejó el licenciado José Vasconcelos, murió el 28 de febrero de 1962 en la ciudad de México. Su discurso, sobre la personalidad de Vasconcelos, apareció publicado en las *Memorias de la Academia*, de 1967.



# ALAS ABIERTAS

ALFONSO TEJA ZABRE

COLECCIÓN HIDALGUENSE

GOBIERNO DEL ESTADO DE HIDALGO

COLECCIÓN HIDALGUENSE

*Alas Abiertas de Alfonso Teja Sabre*

Primera Edición: 1920.

Segunda Edición: 2011.

Dirección General de Publicaciones e Impresos  
del Gobierno del Estado de Hidalgo

Vicente Segura esquina con

Francisco de P. Mariel #100

Col. Revolución

Centro Histórico

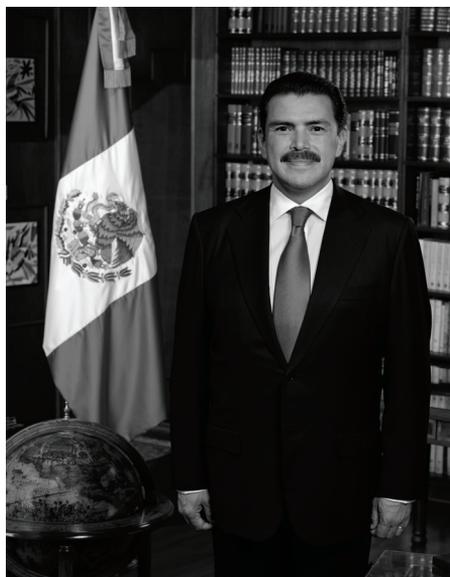
Pachuca, Hidalgo.

Se prohíbe la reproducción parcial o total del contenido  
de este libro sin previa autorización escrita del editor.

Impreso en Hidalgo.

Impreso en México.

## PRESENTACIÓN



En el segundo número de la Colección Hidalguense, que estamos recreando para poner a disposición de ustedes obras imprescindibles de autores locales y obras de diversos autores que se refieran a temas hidalguenses, presentamos esta novela de Alfonso Teja Zabre que se titula “Alas Abiertas.” Escrita en los años veintes trata sobre dos temas que resultan interesantes, los primeros años de la aviación en México y la Comarca Minera de Pachuca con su sierra aledaña al norte en la segunda década del siglo XX.

Teja Zabre, fue alumno del Instituto Científico y Literario del Estado y vivió en Pachuca antes de que el Gobierno Hidalguense le becara para estudiar Jurisprudencia en la ciudad de México. Literato,

Historiador, Periodista, Diplomático y Abogado, Don Alfonso es indudablemente un ilustre hombre de letras orgullo de México.

Es nuestra intención recuperar obras torales de la literatura hidalguense que mencionen nuestros lugares, nuestra gente, nuestras costumbres y reproduzcan la vida cotidiana de las ciudades de Hidalgo en otras épocas, ya que al evocar estas escenas y estas actitudes, logran colocarnos en una perspectiva histórica rica en imágenes y vivencias que los autores producen sobre el ávido lector de temas locales. Sirva esta primer novela reeditada de nuestra colección como muestra de lo que los viajeros y escritores locales han plasmado sobre la vida cotidiana de nuestro estado.

La literatura es componente importante de la cultura que habremos de promocionar y difundir de esta entidad entrañable que es: Tierra de Trabajo.

Lic. José Francisco Olvera Ruiz,  
Gobernador Constitucional del  
Estado de Hidalgo

## PREFACIO

La Novela de Alfonso Teja Zabre, “Alas Abiertas,” tiene un significado muy claro para los pachuqueños. Es sobre una historia de amor y aventuras radicada en Pachuca y sus alrededores. Ubicada en la segunda década del siglo XX entre 1915 y 1918, trata de un piloto aviador, -pionero en aquellos años- que tiene junto con su compañero, la misión de vigilar desde el aire con una avioneta de aquellas de dos alas de lona, la serranía cercana a Pachuca porque hay una serie de gavillas de bandidos que asaltan y atemorizan a la población de Huasca, Real del Monte, Omitlán y Pachuca. Estos dos pilotos son miembros de las fuerzas armadas en un apartado para la aviación que apenas empieza a crecer. Tienen su pequeña pista y su hangar rudimentario al sur de Pachuca, y aunque no hay más señas, parece ser que se trata de unos llanos cercanos a Téllez por la vía del ferrocarril. Desde ahí despegan y vuelan hacia el norte para remontar la sierra de Pachuca pero en ocasiones el viento es muy adverso y les impide subir. Así, una noche en la que hay calma atmosférica vuelan y empiezan a realizar sus misiones de observación cuando hay un accidente. No relataremos el resto de una historia que apenas empieza.

Las referencias a nuestra zona y a nuestra ciudad son muchas. Llama la atención de que al referirse el autor al gran Reloj de Pachuca sólo diga, la Torre cuadrada. En fin, esta novela que consta de apenas unas doscientas páginas en su edición original de 1920, es digna de leerse, teniendo en cuenta por supuesto la época en que fue escrita y las condiciones de los estilos literarios de aquel entonces en que había algo de romanticismo

y de sofisticación. Sin embargo, esta novela escrita por Alfonso Teja Zabre y que se ubica en Pachuca, seguramente es una remembranza de los años que el autor vivió en Pachuca cuando estudió en el Instituto Científico y Literario del Estado. Probablemente Teja Zabre quiso homenajear a la ciudad con esta novela que hay que leer.

Los Editores:  
Dirección General de Publicaciones e  
Impresos del Gobierno del Estado de Hidalgo

## I

Voces juveniles:

—A mí no me entusiasman las últimas proezas de Hawker, que estuvo a punto de atravesar el Atlántico, de Reed, que llegó a las Azores y después a Lisboa, saliendo de Terranova, y de Vedrines, que aterrizó en la azotea de las Galerías de Lafayette. Son hazañas de sport. Está bien, son grandes. Pero la aviación, en su belleza máxima, debe ser guerrera... ¡Guynemer!

—Sí, Guynemer. Pero no siempre hay guerras. Ahora los aviones y los dirigibles deben servir para el comercio, los viajes

—No. La aviación es un arma, como la artillería. Así podremos decir: “Mi arma es la aviación,” como Bonaparte cuando afirmaba: “Mi arma es la artillería.”

—El mundo es muy grande. Hay para todos los gustos. Para tí serán los aeroplanos de combate, y para otros los aeroplanos exploradores, o correos.

—¿Te imaginas? Las fuentes del Nilo, el origen del Amazonas, el corazón de los desiertos, el océano polar, todo lo que hasta hoy no ha visto ningún hombre, lo podemos ver desde la altura...

—Y también se podrán decorar los actos viejos con emociones nuevas, como volar en la terraza de un gran dirigible.

—O hacer un viaje de bodas por las nubes.

—¡Eso es una profanación!

—¿Para la boda o para el aeroplano?

—Para las dos cosas. Acuérdate de la regla: “A batallas de amor, campo de plumas.”

—Yo no soy un aviador romántico. Mi aeroplano es máquina menos complicada que yo mismo.

—¿Una maquina? ¿Y las alas?

Mi cuerpo es una máquina ¿Y el pensamiento?

—¡Vaya! Lo mejor es dormir. Voy a soñar que el alma de Guynemer reencarna en el cuerpo de Francisco Doria, tu humilde servidor; que subo en su avión de combate, voy a buscar en el cielo divino de Francia, buitres invasores, hago caer en la Tierra de Nadie, la víctima número cincuenta y...

—¡Romántico! Romántico de Francia. ¿Porqué siempre Guynemer? También hay Immelmman y Boelcke, Richtoffen o Garros, Fonck y Rickenbacker...

—Muy bravos; sí. Dignos de la artillería celeste y alada. Pero el representativo es Guynemer. Cuando entre nosotros se habla de libertadores, no decimos Ebert o Liebknecht; sino Danton o Mirabeau. Guynemer suena como una clarinada entre las nubes. Era frágil, de ojos tristes, de veinte años. Se perdió en el aire. Era francés.

—Y mañana, después de tu sueño, volaremos tú y yo; Francisco Doria, con el alma de Guynemer y tu servidor, Juan Téllez a secas, que cuando se agrarra de la dirección de su biplano, es una máquina sobre otra máquina... Vamos a dormir.

—No tengo sueño todavía. Leeré un poco.

Y mientras el capitán Téllez se estiraba en su catre de campaña, cubriéndose hasta los ojos, el teniente de aviadores Francisco Doria, continuó sentado frente a la única mesa existente en aquel recinto, intentando leer, y atraído al mismo tiempo por las líneas complicadas de un plano topográfico, extendido sobre la misma mesa.

Los dos aviadores dormían en el hangar instalado provisionalmente cerca de la Estación de Hoyos, a unos diez kilómetros de Pachuca. Tenían órdenes para explorar la región, y descubrir los campamentos

o las huellas de los rebeldes que merodeaban entre los bosques, al norte de la ciudad. Para ocultar su base de operaciones, y no encontrando sitio propicio en la misma ciudad, empinada y ríscosa, habían arreglado su hangar en los llanos abiertos, cerca de la línea del ferrocarril. Con ellos vivía el “Trece” ascendido desde su errante oficio de perro callejero, hasta el grado heroico da mascota oficial, y que tenía en su hoja de servicios dos descensos en paracaídas, uno de ellos con ruptura de pata y cojera subsecuente. Los acompañaban como escolta, veinte soldados, que pernoctaban en tiendas de campaña primitivas, hechas con retazos de lona, ramas secas, alambres y varillas. El hangar mismo era una construcción sumaria de tablones y láminas de zinc, con puerta corrediza y una estrecha ventana.



*...¡Adelante!, gritaba, ¡Arriba y adelante!...*

Aquella noche de septiembre, el viento silbante doblegaba la pobre luz que ardía frente a Doria. Afuera,

una soledad perfecta cubría los llanos. Sombras de matorrales y árboles del Perú manchaban el suelo y el horizonte. La ciudad próxima parecía rodeada de un resplandor azuloso y eléctrico, y atrás de ella, como un muro alto y sombrío, los montes se alzaban en planos sucesivos. Los cerros próximos al sur de la ciudad, el Palmar, el Cerro Colorado de San Bartolo, la Peña del Águila, secos y desnudos; los más lejanos, hacia el norte, tupidos y cubiertos, hasta lucir en las últimas cimas los grandes pinos y los oyameles, perfilados en el horizonte remoto como una fila siniestra de hombres negros. Allá tenían sus guaridas los grupos de hombres fuera de la ley, capitaneados por Encarnación Morales, “El Cascabel” por José Salomé Canillas y Refugio Sagredo. Entre aquellas barrancas cubiertas de bosques, por donde no se atrevían más que los carboneros, los turcos vendedores de baratijas, y los indios errantes, se juntaban las chusmas para caer de improviso sobre algún poblado indefenso o sobre una ranchería, para matar, robar y huir al aproximarse las tropas.

El mismo Francisco Doria había puesto al Jefe del Departamento de Aviación, ensayar algunas excursiones exploradoras, si era posible, sembrar unas cuantas bombas del nuevo modelo, capaces de barrer un campamento o cuando menos, de causar un terror preventivo con sus infernales explosiones.

Doria conocía la región por haberla recorrido mucho en su infancia, y con ayuda el capitán Téllez, piloto experimentado, sereno y valeroso, se prometía limpiar de gente enemiga de toda la ley aquel distrito.

La empresa era más que difícil. Su hangar estaba a 2,400 metros sobre el nivel del mar, y para acercarse a las montañas, tenían que subir constantemente, en una comarca aérea desconocida, azotada por vientos fríos y

arrasantes, sobre un país donde los enemigos pululaban, y sin más lugares de refugio para un aterrizaje forzado, que los claros de bosque y los valles apenas abiertos.

Los primeros intentos fueron fracasos. El primer día volaron soberbiamente, en una tarde serenísima y clara. Pasaron por encima de la ciudad, subieron raudamente, y al intentar la franca ascensión rumbo a las montañas, el viento los detuvo como una muralla invisible. Eran anchas corrientes de aire frío, con dirección dominante de norte a sur, pero retorcidas como ríos, o cayendo como cataratas, o saltando como géisers.

En vano Téllez buscó los vados de aire tranquilo. Cada vez que enderezaba la dirección hacia los montes, después de avanzar un poco, se encontraba con la muralla diamantina y hostil, y todo el aparato trepidaba, temblaba, se encabritaba y retrocedía. Téllez resoplaba sin excitarse, y bajo los grandes anteojos salpicados de aceite, su mirada era la misma que en la conversación, o en un vuelo de práctica en el aeródromo de Valbuena. Doria rechinaba y ardía, y sus ojos lanzaban saetas al cielo, a las rocas y a la población impasible.

—¡Adelante!, gritaba, ¡Arriba y adelante! ¡Adelante!

Pero Téllez atendía mejor a los gritos inarticulados del viento. Sus manos atezadas y nervudas se aferraban a la rueda de la dirección, próximas a la anestesia del frío.

Al fin, describiendo una curva larga, y pasando otra vez por encima del centro de la ciudad, volvió a su hangar rápidamente.

Tres veces repitieron el ensayo y fracasaron de un modo semejante. Una mañana de gran quietud atmosférica, lograron penetrar hasta encima de los montes, por muy poco tiempo, y sin descubrir nada importante. Algunas humaredas atrajeron a Doria, y pudo ver, ya más de

cerca, algo semejante a chozas de donde salía el humo lento. Revolaron en espirales. Ya Doria tenía en la mano ansiosa el cordón para soltar la bomba alargada, en forma de armadillo con aletas, pero vio que estaba próximo a dinamitar sencillamente algunos hornos de carbón, y se detuvo a tiempo, mascullando sordas blasfemias. Téllez comentó el fiasco, alzando los hombros con risa falsa y silbando burlescamente. Para consolar a su compañero, al regresar a su base, hizo dos veces seguidas el looping-the-loop, y después un viraje Immelman sobre la ciudad.

Varios días borrascosos los inmovilizaron. Iban a la ciudad, conversaban, leían. Una hermosa mujer galante miró a Doria con ojos lánguidos. Volvían al hangar. Téllez revisaba el aeroplano, y en compañía del teniente lo pulía, limpiaba, engrasaba y acariciaba. Los dos aviadores querían como algo vivo a su biplano



*...Téllez se complacía en desviar su camino pasando por las calles de Hidalgo, y...*

de combate, hecho en los talleres nacionales desde el principio hasta el fin, y marcado con el número 40-A-36. El varillaje era de madera llamada “jonote”, cortada en los bosques del Estado de Hidalgo; la tela, holanda cruda de las fábricas de Orizaba; el motor, proyectado, moldeado, fundido y cincelado en México, era radial, de diez cilindros, con bielas acopladas, de ciento treinta caballos de fuerza, modelo S.S. México. La hélice “Anáhuac”, expresamente construída para funcionar en la atmósfera de la altiplanicie, relucía como labrada en maderas preciosas, con sus plantillas alternas de caoba y roble.

Cuando iban a Pachuca, fraternizaban con los oficiales jóvenes y los empleados de las oficinas militares, y mejor aún, con los alumnos del Instituto Literario. Con éstos se batían en largas partidas de billar, discusiones y bromas inofensivas, con espíritu de camaradas. Para volver a su campamento, aprovechaban el tren que sale todas las tardes para la ciudad de México, o algún convoy de carga. Al dirigirse a la estación del ferrocarril, Téllez se complacía en desviar su camino pasando por las calles de Hidalgo, y acercándose al jardín da San Francisco, era notorio que se esforzaba por caminar más lentamente. En cierta casita, que tenía dos ventanas con rejas de madera, vio una vez algo impresionante, que lo hizo perder su acostumbrada impasibilidad: una cara de mujer, con ojos castaños y dulces, boca de niña y sonrisa discreta. Cuando Doria lo perdía de vista, si quería encontrarlo, iba al jardín de San Francisco. Téllez, el intrépido y tranquilo capitán del aire, era en la vida sentimental, de un romanticismo color de violeta, y Francisco Doria, con su entusiasmo y su literatura, embriagado por sus veinte años, era instintivo y sensual.

—Esa niña que persigues, Juan Téllez, se llama Clara.

—Ya lo sabía.

—La mujer que me persigue se llama Clara. La tuya es clarísima; la mía carísima. Ya sé que no te hacen gracia los juegos de palabras. A mí sí. Yo me río de cualquier cosa. Tú apenas te sonríes.

—Qué quieres...

Y cada uno se iba en busca de su claridad. Pero en las noches, al encontrarse en el hangar, frente al avión ocioso, Doria sentía rabia de impaciencia, deseos de intentar lo imposible, de volar lanzando grandes gritos, contra el viento, contra la obscuridad contra el misterio. Aquella noche de septiembre, frente al libro que no podía leer y al plano topográfico, como un campo de batalla abierto para su bravura, su ansiedad era insoportable. El viento se había calmado súbitamente. Dos soldados hablaban a pocos pasos de la puerta del hangar.

—¿Ves? Allá abajo va saliendo la luna.

—Entonces ya podemos dormir a gusto. Se acabó el aire.

—¿Se acabó el aire?

—Claro, hombre. ¿Hasta ahora te fijas? ¿De dónde eres tú?

—Soy de Jalos.

—¿Dónde es eso?

— Cerca de San Miguel de Alto

—¿Y San Miguel?

—Por Guadalajara. El nombre de mi pueblo es Jalostotlán, pero en todas partes lo conocen por Jalos. ¿Pero que tiene que ver mi tierra con la luna y el aire?

—Si fueras de este rumbo, sabrías que en la tierra de Pachuca, todas las tardes son de aire. Y cuando sale la luna, en paz. No se mueve ni la hoja de un árbol.

Y siguió la conversación. Pero Doria no quiso atender más, porque la observación de meteorología rústica emitida por el incógnito soldado, fue suficiente para desatar su imaginación. Pensaba:

—Es una vergüenza seguir así, días y meses. Nos vamos a paralizar es esta inacción, bloqueados por el viento... Cuando hay luna, el viento se acaba. Es verdad. ¿Por qué? Es verdad y eso basta. Tal vez sea una influencia semejante a la que produce las mareas. O una confusión de causas. La luna es visible, porque no hay nubes, no hay nubes a causa de la temperatura uniforme, y por esto mismo no se forman corrientes de aire. ¡Qué sé yo! Lo importante es que tenemos luz y aire tranquilo. ¡Mar libre y abierto! Ahora podríamos volar. Todo es propicio. Un campamento, una caravana sospechosa, algunas fogatas, se podrían descubrir hoy hasta debajo de los árboles. Nadie nos ve ni nos espera. Es cierto que el peligro es mucho mayor... La idea del peligro centuplicado, le cortó instintivamente el vuelo imaginativo. Se puso en pie y se acercó a la única ventana. Después de las grandes lluvias de julio y agosto, el cielo aparecía con limpieza de cristal fino.

La luna daba su claridad sobre la planicie, como si tuviera aquella noche una eficacia excepcional. Doria veía mejor que nunca el paisaje, los matorrales erizados, las manchas temblorosas de los charcos y los jagüeyes, los grandes guijarros y la doble cinta del camino de hierro. Pero sus ojos insensiblemente buscaban las alturas. El oro de las estrellas naufragaba y palidecía entre el inmenso resplandor lunar. El océano infinito era como un mar pacífico y etéreo, con una serenidad de más allá de la vida. El miedo a los grandes peligros, que por un momento se había agazapado en lo más hondo de aquel cuerpo de adolescente, se disolvió tan

de prisa, como había nacido. Su primer impulso fue descender la gran puerta, subir al avión y salir volando, como si tuviera a sus órdenes el Caballo de Ébano de las Mil y Una Noches. Pero al ver a Téllez, comprendió la realidad. Era inútil. No podía volar solo, ni mucho menos contra la voluntad de su amigo y jefe, superior a él por la jerarquía, por la capacidad y por el cariño que lo convirtiera en su hermano mayor. Si le propusiera a Téllez lo que había imaginado, él, que tan avaramente guardaba su risa, se habría de reír burlonamente. Hostigado por la soledad y por la inquietud interior, se acercó al catre de su compañero. Téllez se movió. Doria quiso bromearse:

—Mi capitán...

—¿Qué pasa?

—Tengo un plan de campaña.

—Déjame dormir. Mañana me lo explicarás.

—Mi capitán, hasta hoy no conocemos más que fiascos. Don Salomé, Don Encarnación y Don Refugio deben reírse brutalmente, cuando hablen de los muñecos aviadores. Mi plan de campaña es de funcionamiento inmediato.

—Está bien. Puedes funcionar inmediatamente. Déjame dormir.

—Yo no puedo funcionar solo. La noche está llena de luz. En la sierra de Pachuca, al salir la luna, se acaba el viento. Podríamos volar hasta cansarnos, recorrer toda la región, establecer un “record”...

Doria se detuvo, porque Téllez lo miraba fijamente. Lo vio enderezarse, envuelto en los abrigos, y caminar casi como un sonámbulo hacia la percha donde colgaban sus ropas de trabajo, la combinación de tela manchada de aceite, los guantes con manopla y la gorra con orejeras.

—Está bien. Volaremos esta noche.  
—Es decir que...  
—Yo estoy listo en cinco minutos. Tú no tienes más que preparar las bombas. Llama al ayudante.

Media hora más tarde, no quedaba más huella terrestre de Téllez y de Doria, que una estela de polvo apenas visible, a doscientos metros del hangar. Se oían los ladridos de adiós del “Trece”, que había seguido al biplano desde que arrancó hasta que se desprendió del suelo. Antes de partir, Téllez mandó al ayudante que anotara exactamente la hora: 8:33 p.m. En el vasto silencio trepidaba el motor, cada vez más lejano.



*...Pasó por encima de la ciudad, ya estaba muy alto...*

Los soldados de la escolta vieron al gran pájaro ascender como si huyera rumbo al sur, luego girar

largamente y caminar en línea recta hacia Pachuca. El avión pasó por encima de su nido, y por todo el llano corrió el eco de una brusca aclamación. Toda la escolta, el ayudante y el perro lanzaban gritos inarticulados, sin que se pudiera distinguir más que la exclamación favorita del teniente:

—¡Arriba y adelante!...

Nadie respondió de lo alto. Doria no se atrevía a romper el silencio, casi temeroso de volar en sueños. El motor funcionaba con regularidad maravillosa. El aire cortante y la voz precisa de Téllez, lo obligaron a recobrar la conciencia de sí mismo. Era preciso ascender lo más rápidamente posible, para dominar una gran extensión del terreno, alejarse de la región poblada, para buscar alguna huella luminosa entre los bosques, en los sitios ya señalados especialmente como peligrosos.

Cuando el aeroplano pasó por encima de la ciudad, ya estaba tan alto, que apenas fue advertido por alguno. Desde aquella altura, el aspecto de la población hacía resaltar más claramente lo torcido y empinado de las calles. La llamada Cuesta China parecía un sendero de cabras. Las azoteas pardas, banqueras y rojizas, se juntaban en una sola mancha volcada entre los montes, como una especie de cono invertido, sólo abierto hacia el sur. La Torre del Instituto Literario parecía un faro eminente. Un poco más, y sólo se veía el resplandor de los focos eléctricos, como en un cráter que arrojara nubes de fuego azulado. El aire frío era de una limpieza infinita, pero al llegar sobre la región de los bosques, un hilito muy lejano, muy ténue, llevó hasta los aviadores un suspiro vagamente húmedo y resinoso, como si fuera la más remota oleada de la gran respiración de la tierra.

Doria inspeccionaba el terreno. Toda aquella región le era muy familiar, por haberla recorrido desde niño, en numerosas excursiones escolares y en paseos, y por haber pasado horas enteras, en los últimos días, frente a un plano de admirable dibujo, en el cual se indicaban las menores eminencias, arroyos, caminos y poblados. La identificación de los lugares era muy aventurada, pero transmitía sus observaciones a Téllez con tal aplomo, que hacía contagiosa su seguridad:

—Veo el camino carretero de El Chico a Real del Monte, por Omitlan y Velasco. Ya dejamos atrás, a la izquierda, el Cerro Pelón, la Peña de Cruz de Jarro, las Ventana... y a la derecha, la Peña del Zumate y el cerro de Laureles. Aquellas tres manchas blanquecinas son San Miguel, San Antonio y la Hacienda de Regla. Si bajamos más al norte, hacia el rumbo de Huasca y El Grande, encontraremos algo...

Téllez dirigió el aparato a la izquierda y hacia abajo.

Habían llegado a más de tres mil metros de altura, y al extinguirse la excitación primordial, sentían urgencia de un ambiente más denso, a causa del frío y del aire enrarecido. La voz de Francisco Doria temblaba un poco:

—Un poco más a la izquierda... un resplandor rojizo, irregular... ¡Son fogatas!... en la barranca de Izatla. El humo las oculta a veces.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

En verdad, no estaba muy seguro. Las emociones sucesivas, el espectáculo increíble de aquel vuelo nocturno, no le permitían distinguir entre la realidad y la alucinación. Veía resplandores, muy abajo, entre los árboles, y le parecían llamas humeantes. Téllez sentía

necesidad angustiosa de aire y descendió bruscamente. Doria no se conformó con el estrecho orificio que le servía para observar la tierra, y se asomó por un lado, haciendo crujir el varillaje, y sujetando el cordón de la bomba.

—¡Espera! ¡Espera! Esos juguetes no se tiran a ciegas.

—Esperaré...

—Esa gente es muy astuta. Tienen espías y saben que los perseguimos. Oyen desde muy lejos el ruido del motor. Deja que ellos hablen primero.

El avión giró locamente para bajar más. Doria se inclinó otra vez hacia afuera, y su compañero tuvo que advertirle:

—¡Cuidado!

—No puedo ver nada. ¡Maldita suerte! Ya no veo ninguna luz.

Casi a un mismo tiempo, se oyeron un chasquido breve, repetido por el eco, el silbido clásico de la bala, como de alambre azotado, el grito alegre de Francisco Doria al soltar su primer proyectil:

—¡Guynemer!

Estaban tan cerca de la tierra, que les llegó un alarido largo y brutal, de tonos agudos, y el eco de una sorda explosión.

Luego, un irregular tiroteo. A cada silbido cercano, Doria clamaba:

—¡Guynemer!

Y Téllez respondía, pausadamente:

—Immelman... Mannock... Buttini...

—¡Guynemer!

—Quintín... Roosevelt... Manfred... Freiherr von Richthoffen...

—¡Guynemer!

—Loufbery... Nungesser... Rickenbacker...

—¡Guynemer!

—Navarre.... D'Annunzio...

—¡Guyn!

Y este último grito se quedó en el aire, como tajado por un golpe capital. Téllez sintió que su amigo se desplomaba, con la mitad del cuerpo hacia afuera, y los dos brazos colgantes, sin haber llegado siquiera a soltar las otras bombas. Adelantando un brazo forzosamente, pudo asirlo por la cintura. Pesaba como un bulto inerte.

—¡Doria! ¡Francisco Doria! ¡Hermano!

Todo quedó en silencio. Instintivamente, el piloto buscó refugio en las alturas. Con la mano izquierda sujetaba la dirección, y acumulando todo su esfuerzo en el brazo derecho, con la mano agarrotada, tenía cogido a Doria por el cinturón y la tela gruesa del vestido. Subió durante un minuto. Una especie de vértigo comenzaba a invadirlo. Quiso girar hacia el sur, para volver a su nido, y la mano, el brazo, el hombro, todos sus miembros, parecían inmovilizarse.

El cuerpo, que apenas detenía con su mano hecha garra, se agitó convulsivamente, y un temblor recorrió toda la máquina.

El avión comenzó a bajar, con vuelo incierto, como el pájaro herido que aún puede mantener las alas abiertas.

## II

Al recobrar su conocimiento, Doria creyó despertar de un sueño vertiginoso. Estaba tendido de bruces, con una pierna y un brazo encogidos, como si hubiera caminado arrastrándose. La yerba húmeda le mojaba la cara. Se incorporó a medias, y no vio más que un espacio cubierto de gramilla, limitado en todos sentidos por altos oyameles. Un leve rumor de agua corriente, le hizo comprender que su primera necesidad era calmar la sed ansiosa que le caldeaba hasta las entrañas. Adivinó la canal de madera, hecha con medios troncos ahuecados.

La urgencia de beber, lo hizo arrastrarse, con un brazo inútil, y al llegar al pequeño acueducto, que se levantaba un poco del suelo, trató de tomar agua en el hueco de la mano libre.

Los dedos resbalaron por una superficie lisa de hielo. El agua sólo corría interiormente y goteaba por las juntas de las canales. Con el puño cerrado, rompió el fino cristal, y al fin pudo sentir en sus labios un sorbo consolador. El esfuerzo volvió a despertar los dolores fulgurantes de su herida, cerca del hombro, y volvió a desvanecerse, con el pecho y la cara en tierra. Algún tiempo después, volvió a sentirse vivir. Comenzó a darse cuenta de su situación, y quiso pedir auxilio:

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán Téllez!...

La voz lamentable se perdía en el congelado silencio.

—¡Aquí! ¡Aquí!

Una paz mortal. De repente, muy lejano, un temblor sonoro, una campanilla que se agitaba por momentos y luego enmudecía. Después, el ruido de herraduras contra las piedras de un camino, y otra vez la temblorosa

campanilla, agitada y silenciosa por intervalos irregulares.

Por el sendero cercano al claro de bosque, iba un cura de pueblo, envuelto en su larga capa negra, oprimiendo contra el pecho la Sagrada Forma. Junto al caballo manso, caminaba el rústico sacristán, y atrás, envueltos en sus frazadas hasta los ojos, los familiares de algún pobre moribundo que iba a recibir los últimos sacramentos. Doria sintió la proximidad de seres humanos, y como en un espasmo articuló:

—¡Auxilio! ¡Aquí!...

El cura detuvo su caballo. Sus acompañantes se acercaron al herido, lo recogieron como a un cadáver, y continuaron su fúnebre caminata. Doria no tenía fuerzas para abrir los labios ni los ojos. Todos sus sentidos se habían limitado a una mínima capacidad. Se creía suspendido en el aire, con una saeta clavada junto al hombro, y el ruido de los pasos le parecía como un chasquido de lonas restiradas y batidas por el viento. Sentía sobre su boca una mascarilla de hielo. De repente comenzó a sentir que bajaba, muy poco a poco, y el aire se hacía más respirable y benéfico, luego tibio, dulcemente aromado, con suaves hálitos vegetales, con soplos de trópico. Una voz resonó asperamente:

—Aquí es.

Todos se detuvieron. El cura bajó de su caballo, y siguió a los hombres que conducían a Doria, a través de una callejuela limitada por muros en ruinas, hasta una vivienda instalada entre los restos de una casona antigua. Doria sintió vagamente que lo introducían a un lugar cubierto, lo acomodaban en algo parecido a un lecho, y que la paz volvía a su alrededor. Luego, una

gran sombra apenas turbada por ráfagas calurosas y visiones incompletas.

Al despertar el día siguiente, una mujer le ofreció una tisana, con remoto sabor de leche y yerbas aromáticas. Sobre el hombro, tenía aplicada una curación húmeda, viscosa y con fuerte olor a resina. Eran unos trapos empapados en bálsamo negro, sujetos a la boca de la herida con vendaje flojo y torpe.

La mujer le dijo apagadamente:

—Tome usted y no hable, por favor; en el otro cuarto hay un enfermo.

—¿Téllez?

—Calle usted. El señor cura le dirá...

Entro el señor Cura, sonriendo. Tenía la tez morena y los ojos color de uva, obscuramente verdes. Se acercó al herido, lo palpó con suavidad, se inclinó hacia él y comenzó a hablarle en voz baja:

El Cura.—¿Siente usted fuerzas para hablar?

Doria.—Sí, señor.

El Cura.—Yo ví su herida, anoche. Parece que no es de peligro. No había más remedio a mano que un poco de bálsamo negro. Es un buen cauterizante.

Doria.—¿No hay manera de llamar un médico?

El Cura.—Por lo pronto, no. Si le viene calentura, tal vez sea posible obtener un médico. No creo que hoy necesite usted confesión. Pero si usted lo desea...

Doria.—El doctor dirá si hay peligro de....

El Cura.—Estoy seguro de que no hay peligro. De todos modos, yo volveré para hablar con usted. Ahora necesito decirle otra cosa. Es indispensable no hacer ruido.

Doria.—Sí; ya sé que en el otro cuarto hay alguien más enfermo que yo. Dígame usted por favor... ¿Es Téllez?

El Cura.—No conozco ese nombre. Pero es necesario guardar silencio, no solo por él, sino por su gente.

Doria.—Entonces, ¿no encontraron a Téllez?

El Cura.—No sé. No hable usted más que lo indispensable. Usted es un soldado del gobierno, ¿verdad?

Doria.—Si, señor. Mi arma es la aviación.

El Cura.—Muy bien. Pero es preciso no hablar de eso. En esta casa corren peligro los soldados del gobierno.

Doria.—¿Estoy en algún campamento?

El Cura.—No, precisamente campamento, no. Este es el pueblo de San Nicolás. O mejor dicho, era el pueblo de San Nicolás, porque no existen ya más que las ruinas. Era un pueblo muy antiguo, creo que del siglo XVII, perdido en la sierra. Fue pueblo de indios, luego real de minas, no sé muy bien. Hoy sólo quedan muros, y medianamente habitable, esta casa. Aquí vivió la familia Valencia, y últimamente sólo Doña Concepción, la viuda de Valencia, con su hija. El único hombre de la casa ha sido revolucionario, está perseguido, y ahora se encuentra refugiado aquí mismo, más grave que usted. He conseguido promesa que de usted no será denunciado, pero es indispensable no hablar muy recio.

Doria.—No entiendo muy bien, señor Cura. En fin, si es necesario callarse, no me costará mucho trabajo. Sólo quisiera saber algo de Téllez, sabe usted...mi capitán Téllez... el piloto...

El Cura.—Por ahora es inútil. Yo volveré más tarde.

Durante el resto del día, no vio Doria más que a la mujer que le había servido al principio de enfermera. Cuando pudo distinguir bien su cara, ya muy próxima la noche, descubrió en ella duras señales de aflicción y de cansancio, sobre la piel marchita por la edad. En la penumbra se adivinaba otra figura femenina, recogida

y esbelta. El herido sentía que la fiebre lo excitaba de nuevo, pero las ideas y las imágenes ya eran un poco más coherentes.

Su mayor inquietud era por Téllez, herido tal vez como él, o muerto en la caída, abandonado en el bosque. Pensaba en sus propios padres, que agonizarían al saberlo perdido, en el fracaso de su temeraria empresa, en su aeroplano hecho un guiñapo entre los árboles. Y su carne pecadora, su carne agujereada y doliente, temblaba no solo por la calentura y la debilidad, sino por un recuerdo que le perfumaba su delirio:

—¿Ya no veré más a Clara?

Recordaba los ojos lánguidos, expertos en miradas cautivadoras, la cabellera teñida con mixtura de henné, los brazos tibios, la boca insaciable, y sobre todo, aquel perfume envenenador y embriagante, esencia de París.

En el cuarto vecino estalló un acceso de tos, que parecía brotar de una garganta desgarrada. Una de las mujeres salió, indicando a la más joven, que permaneciera junto al herido. Doria sentía llegar la obscuridad con miedo.

—¿No puedo hablar un poco, en voz muy baja?

Por favor... una luz...

—Espere usted. Cerraré la puerta.

Caminando sin ruido, fué la joven a cerrar la puerta, volvió junto a la cama y encendió una lamparilla.

—Ya está.

—¿No quiere usted decirme su nombre?

—Mi nombre es Marina.

—¿Esta casa es de usted?

—Aquí vivo con mi madre. El señor Cura no quería que habláramos con usted, pero ya no hay tanto peligro. Nuestro enfermo está mejor y sólo nosotras lo acompañamos.

—¿Sabe usted si recogieron a mi compañero al mismo tiempo que a mí o después?

—A nadie han traído más que a usted. Es mejor no hablar más que lo indispensable. ¿Quiere usted algún alimento?

Ella le dio de beber con sus manos morenas. Los ojos tenían la misma expresión de pena y de cansancio que los de su madre, pero una gracia recóndita lucía con ardor juvenil, en sus pupilas oscuras.

Francisco Doria.—¿Cree usted que moriré?

Marina.—El Padre Juárez ha dicho que la herida no es de muerte. Pero es necesario mucho reposo. Debe usted dormir.

Doria.—Si usted me ayuda un poco a cambiar de postura, tal vez pueda dormir.

Las manos morenas tenían dulces habilidades de enfermera. Aquella noche descansó algo el herido, y al día siguiente, sufría debilidad, pero ya no fiebre. El padre Juárez volvió con vendas y medicinas. Marina ayudó a la curación. Al cuarto día, la convalecencia empezaba francamente, y Doria tuvo permiso para hablar un poco más, siempre en voz baja. Cuando Marina le llevaba algún alimento, procuraba incitarla y hacerla hablar.

Doria.—Marina... Marina... me decía usted que...

Marina.—¿Ya está usted mejor?

Doria.—Sí, estoy mejor. ¿No ha sabido usted nada de Téllez?

Marina.—Nada. Yo no puedo saber lo que pasa fuera de aquí.

Doria.—¿No se podría mandar un recado a Pachuca?

Marina.—No es posible. En esta casa tenemos que vivir ocultos. El enfermo del otro cuarto es hermano de mi madre, y lo persiguen por cuestiones de rebelión. El dice que es general y habla de planes, y de un ejército

Regenerador y Constitutivo, o algo así. Se llama Salomé, José Salomé. Mi madre tuvo que recibirlo, cuando se presentó casi moribundo. Por nuestros ruegos, aceptó que le administraran el Viático, y dos de sus compañeros, que él llama su asistente y su coronel de Estado Mayor, fueron a buscar al padre Juárez, de la parroquia de Huasca. Esa misma noche lo recogieron a usted. El asistente y el coronel, supusieron que usted venía en automóvil, por su traje de mecánico, pero el señor Cura nos dijo en reserva, que más bien sería usted algo del gobierno; que era necesario cuidarlo en secreto, mientras mi tío puede salir.

Doria.—Y usted... ¿por qué se llama Marina?

Marina.—¡Vaya una pregunta! Por lo mismo que usted se llama Francisco. Tiene usted unas cosas... La situación no es para bromearse.

Doria.—Mi pregunta es en serio. Yo me llamo Francisco, porque así se llama mi padre, y porque mi abuelo, según dicen, era especialmente devoto de San Francisco de Asís.

Marina.—Y mi padre tenía capricho por Marin, la india Malinche, que ha dado tantas cosas que decir en la historia.

Doria.—¿Su padre era español?

Marina.—No. Muy mexicano. De Guadalajara.

Tal vez hijo de españoles, porque tenía a piel blanca, y no morenucha como yo. Trabajaba en las minas. Se empeñó en buscar una veta muy rica que le dijeron existía en la barranca de Izatla, cerca de aquí. El afirmaba que este pueblo de San Nicolás, fué en otro tiempo muy grande, sólo por el movimiento y la gente de la mina. Arregló esta casa, gastó sus ahorros, casi perdió el juicio, y murió sin encontrar nada.

Doria.—¿Y por qué le gustaría el nombre de Marina?

Marina.—Ya le dije a usted, por la india Marina. O tal vez por su ilusión de conocer el mar. El no había visto nunca el mar. Pero le gustaba mucho leer libros de viajes, y conversar con el señor Cura sobre cosas de ciencia... Yo tampoco he visto el mar, sino en estampas. Apenas he ido algunas veces a Pachuca...

Doria.—Y su tío Salomé, ¿es el mismo a quien llaman por estos rumbos “El Canillas?”

Marina.—Creo que sí.

Doria.—¿Podrá salir muy pronto?

Marina.—Sí. Dentro de unos días. Ya sabe usted, yerba mala...

Doria.—¿Lo dirá usted por mí también?

Marina.—No. Únicamente por mi tío. Cuando llegó a esta casa, venía casi boqueando, con una pulmonía terrible. Sin médico, sin más curaciones que paños calientes y sinapismos, muy pronto podrá levantarse.

Doria.—Y entonces...

Marina.—Entonces, usted podrá salir libremente.

Otras veces, la plática se iba desgranando sin sentirlo, aparecía la madre de Marina, a quien Doria llamaba Sor Concepción, por su apariencia y sus modales de monja, y los tres hablaban pausadamente. Aquellas largas conversaciones, forzadamente inocentes, prolijas y confidenciales, iban poco a poco poniendo en contacto a los dos jóvenes y cada hora valía por un año de amistad común y corriente.

Se contaban toda su vida con pormenores pueriles, recuerdos de infancia y de escuela, historias de aparecidos y de hadas, golpes y travesuras, pequeñas tragedias y bromas color de rosa. Aún triunfaba la debilidad sobre la juventud en el herido, y las horas larguísimas lo extenuaban de tal modo, que no sólo por complacer a sus protectoras, sino por desfallecimiento,

hablaba como ellas, con tono lánguido sofocado, como en un locutorio de convento.

Cuando el Padre Juárez llegaba por ahí, obligado a ensayar sus habilidades de médico, una voz más se oía en la desmayada tertulia, lenta y grave, pero también velada por la precaución. Por entretener la inacción del inválido hablaba más largamente que de costumbre, y aceptaba la menor oportunidad.

Doria.—Señor Cura, yo he preguntado a Marina por qué la bautizaron con ese hombre. Yo estoy acostumbrado a la incongruencia de los nombres y las personas. Me llamo Francisco y no tengo nada de franciscano. Más bien soy un poco gentil y otro poco salvaje, como buen hijo de América indio-española. Pero llamar Marina a esta niña, que es una criatura de la montaña, del bosque, de la sierra virgen...

Doña Concepción.—En realidad, su nombre de pila no es Marina solamente, sino Marina de la Luz de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. ¿Se acuerda usted, señor Cura? Pero siempre le dijimos Marina y a veces Malinche, por cariño.

El Cura.—¡Cosas de su padre! Era un tapatío de alma entusiasta, Antonio Valencia. Siempre trabajó en los llanos y en la sierra, en campos y en socavones. Pero su delirio constante, además de las vetas de plata, era el mar. Y esta obsesión le hizo poner a su hija el nombre que lleva, con todos los demás que agregó Doña Concepción cuando me la llevaron a cristianar. Después, también asociaba el nombre de Marina al recuerdo de la india Malinche, la intérprete y guía de Cortés. Pero ésto ya fue más tarde, cuando nos reuníamos en mi casa de Huasca, para conversar y leer algunas veces. Y estoy seguro que el nombre de Marina es menos ocasionado que el mío. Unos feligreses me llaman el Padre Juárez,

otros el Padre Benito, y mi nombre completo es Benito Juárez Hernández. Yo nací en Ixtlán, en plena sierra de Oaxaca, y entre mis paisanos es muy frecuente poner como nombre propio el de Don Benito Juárez, que fué Presidente de la República, y según dicen muy enemigo de la Iglesia. En realidad, Don Benito no era enemigo de la Iglesia, sino muy buen cristiano y católico, pero ya es costumbre que a su nombre se ponga todo lo que signifique tragar curas. Así es que yo soy el Padre Benito Juárez, y esto divierte mucho en mi parroquia al maestro de escuela y a sus hijas, que son librepensadoras.

Doria.—¿Y qué me dice usted de mi compañero de agonías, el buen Salomé que se empeña en no aliviarse? Cuando todavía soñaba con visiones, en mis primeras noches de fiebre, me parecía verlo con el rifle y el sombrero texano, bailando la Danza de los Siete Velos.

Marina.—Aquí son muy frecuentes los nombres de mujeres para los hombres, y especialmente los soldados y los jefes que andan en armas, parece como si escogieran los más femeninos. Además de mi tío Salomé, están su compañero, que también dice General, Encarnación, y Magdaleno, y José Isabel, y Refugio Sagrado...

El Cura.—Todos ellos muy poco adamados. Este Salomé no es de lo peor y en verdad, dicho sea con perdón de su hermana y sobrina aquí presentes, mejor hubiera sido que la pulmonía se lo llevara, confesado y limpio como lo dejé la noche su mayor gravedad. Mañana o pasado mañana, vendrán por él su asistente y su alma negra de coronel de Estado Mayor, como él dice, y habrá otra fiera suelta en los montes.

Doña Concepción.—¿Y no tendrá remedio, Padre? ¿No podrá usted convencerlo? Sería posible arreglar su amnistía, o que se fuera a trabajar otro rumbo.

El Cura.—¿Convencerlo? Imposible. Está más

empedernido que un basalto. Es hombre de pasión y de soberbia, con algunas ideas confusas que lo desvanecen. Yo me reconozco culpable por haberlo iniciado en algunas de esas ideas. El también iba a Huasca y asistía a nuestras conversaciones. Tenía entonces menos años y menos vicios, pero ya despuntaba el aventurero. Uno de mis temas favoritos ha sido siempre lo que libros y periódicos llaman el problema indígena. Yo soy de raza mixteca, y ahora vivo en una región donde los restos de población india son principalmente otomíes. Por fuerza natural, todos los hijos de esta tierra, arraigados aquí desde hace varias generaciones, deben tener algún contacto, relación o vaga ascendencia otomí. Y yo hablaba en nuestra tertulia de la opresión tradicional que los mexicanos, los habitantes del valle de México, impusieron a las tribus inferiores o desafortunadas como estos otomíes, que siempre fueron tratados como esclavos y con nombres degradantes. Ellos son los indios de carga, los indios mecos, indios bozales, bestias para el trabajo de las minas y los acueductos, candidatos a la piedra de los sacrificios, temblorosos bajo las macanas de los caballeros tigres y las saetas de los caballeros águilas. Han pasado cuatro siglos, y los hombres de Tenoxtitlán, los orgullosos mexitli, que han tenido guerras y cruzamientos con los hombres blancos, son más poderosos que nunca en su gran ciudad del valle de México.

No sólo se han juntado hombres y mujeres de Anáhuac con hombres y mujeres rubias de las que trajeron los Conquistadores, sino que se ha mezclado la estirpe aristócrata, orgullosas y militarista de los aztecas, con los hiperbóreos de cabello de lino, mongoles amarillentos, mayas de cabeza cuadrada, pieles rojas del Norte, turcos quemados, africanos, asiáticos, europeos, todas las

razas del mundo. Y los hijos de esta tierra, los otomíes que fueron tan libres como los mixtecas mis abuelos, que tuvieron sus dinastías y sus templos, viven ahora errantes, hundiéndose cada vez más profundamente en el camino de la más pura animalidad.

Doria.—Entonces, ¿el buen Salomé ha hecho suyas las reivindicaciones de la raza otomí?

El Cura.—No es precisamente eso. El habla de opresión y libertad, de regeneración indígena y de caciquismo esclavizador, de otras mil cosas por el estilo. Pero el fondo de sus teorías no es más que descontento de fracasado, y la triste verdad es que sus vicios y sus malas inclinaciones lo han hecho un sencillo salteador de caminos. La única blancura de ese hombre, es el cariño que pueda quedarle para las dos mujeres de esta casa.

Marina.—Cariño... no lo creo. ¡Ha cambiado tanto!

Doña Concepción.—Su única muestra de atención para nosotros últimamente, ha sido la de presentarse moribundo, pidiendo asilo.

Marina.—Y su cariño de antes, sí era verdadero. Por lo que ha dicho el señor Cura de sus pláticas sobre cosas de los indios, me hace recordar los tiempos en que las ideas de mi tío no o envenenaban, sino le servían de ilusión.

Me contaba sonriendo, que yo era de la antigua sangre de los Hia-hiu, y que si él pudiera restablecer la libertad de los señoríos indígenas, o crear una gran federación de tribus libres, me haría reina, o princesa, o gran dama, en estas ruinas de San Nicolás, fundaría la capital del nuevo Estado. Esto me lo decía como para distraerme, porque me cuidaba y me atendía como un padre.

Doña Concepción.—Es verdad, hasta hace algunos años. Después, ni tú ni yo le debemos más que disgustos.

El Cura.—Señora, usted ha dicho que le deben una atención: haberse presentado en esta casa para bien morir. Esta fué una manera conmovedora de pedir perdón. Aunque no hubiera sido un hermano, sino un bandolero desconocido, con el solo propósito de buscar un rincón donde morirse en paz con Dios, habría rescatado muchas culpas. Lo malo es que no ha muerto, y que su paz con Dios y con los hombres, no es más que una tregua. En cuanto a las promesas que hizo a Marina de sentarla en el trono de un reino otomí, pueden pasar como buenas intenciones. Yo he hablado de la impresión que pudieran dejarle nuestras pláticas, sólo como antecedente. Si él llegó a tomar en serio mis divagaciones, no tenía derecho para admitirlas como programa de rebelión. Por supuesto, que aun cuando se tratara de principios o leyes inmutables, él las habría aprovechado, no por su valor efectivo, sino como un pretexto para disculpar sus aventuras y sus fechorías. El hombre es un animal que sabe disculparse. En fin, nuestro amigo Doria, va a pensar que yo me valgo de sus achaques para decirle un sermón. Y esto no será, en primer lugar, porque necesito marcharme.

Y se retiraba, en efecto, después de arreglar como podía la herida próxima a sanar. Más pronto de lo que hubiera querido, llegó para Doria el momento de la liberación. Una mañana se le presentó Marina con aspecto sigiloso y emocionado, y le dijo que Salomé, ya sano y listo, había dejado la cama y salido al amanecer, sin más saludo que unas cuantas palabras, tal vez avergonzado y arrepentido. Doria comprendió que había llegado el momento de regresar al mundo, y miró

fijamente a su enfermera. Los ojos de Marina aparecían y desaparecían bajo los párpados agitados. El primer impulso del aviador fue incorporarse, respirando con fuerza, como si ya estuviera bebiendo a grandes tragos el aire de los bosques. Pensó en sus padres, en Téllez, tal vez necesitado de su presencia, y también, con la carne estremecida, en Clara. Pero esta última idea se apagó y se convirtió en la ceniza de un remordimiento, al mirar la dulzura llorosa que brillaba en los ojos de Marina. Un deseo de no moverse, de esperar, de quedarse unas cuantas horas más en aquella compañía, lo hizo reclinar de nuevo la cabeza, con actitud desfallecida de inválido. No fué reflexión ni hipocresía meditada, sino la adaptación de su personalidad exterior a los mandatos oscuros de su personalidad interna.

Cuando llegó Doña Concepción, para confirmar la noticia que llevara Marina, comprendió la señora por el aspecto del herido, que no era oportuno invitarlo a que se levantara y partiera inmediatamente, como él mismo lo había estado deseando y diciendo antes con impaciencia.

Lo mismo pensó el Padre Juárez, cuando llegó por la tarde, de paso para una confesión in extremis. Apenas tuvo tiempo de conversar unos minutos:

El Cura.—Bendito sea Dios, porque ya pasó lo más fuerte del peligro.

Doña Concepción.—¿La enfermedad de mi hermano Salomé y la herida del señor Doria?

El Cura.—Fueron trances de cuidado, pero tuvimos cerca un peligro mayor. Si alguno de los hombres que venían secretamente a visitar a Salomé, llega a descubrir la presencia de este amigo nuestro, no hubiéramos salido con bien. Porque debe usted saber, señor aviador, que

no se pueden lanzar proyectiles que hacen explosión como mil cartuchos de dinamita, sin producir alarma en algunas leguas a la redonda.

Marina.—¿Entonces, el señor Doria...

Doña Concepción.—...es el mismo de quien hablaba el Coronel con tanta rabia, que volaba aquella noche, que fué tiroteado por la gente de “El Cascabel” y que al fin pudo escaparse?

El Cura.—Es uno de ellos. Porque el otro se ha perdido.

Doria.—¿No sabe usted nada de Téllez?

El Cura.—Nada.

Doña Concepción.—Yo oí decir al Coronel que unos muchachos aviadores estaban cerca de Pachuca, y que por el espionaje sabía que se intentaba explorar esta región; que la noche aquella habían llegado hasta encima del campamento de Izatla, una patrulla los descubrió cuando volaban muy bajo y disparó. Contestaron ellos con una gran bomba; el aeroplano subió muy alto, y ya no lo vieron más. Salomé no estaba para oír los cuentos del Coronel, y ya no se trató del asunto. ¡Dios mío!

Entonces, el señor Doria es un federal...

Marina.—¡Y ha dormido tantas noches, en medio de sus enemigos!

El Cura.—Salomé estaba imposibilitado. Pero los otros que venían... Cualquiera de ellos que hubiera sospechado la verdad, habría sido capaz de levantarlo, tal como estaba, y hacerlo ir por fuerza ante algún jefe como “El Cascabel”.

Marina.—¡Ni pensarlo! ¡Virgen Santísima!

Doña Concepción.—Gracias a Dios, todo ha pasado, y el señor Doria puede salir de este peligro cuando guste.

El Cura.—Mañana mismo. Ustedes lo guiaran hasta Huasca, y de allí arreglaremos su regreso a Pachuca. Y

dentro de tres días, mi amigo, en México, para abrazar a sus padres. Y a ver si esta lección le quita un poco lo pagano y lo salvaje, y al llegar a Pachuca va usted de mi parte a la iglesia que lleva el nombre de su patrón San Francisco, a dar las gracias por haber escapado tres veces de la muerte, librándose de los peligros del aire, de la tierra y de los hombres. Hasta mañana, si Dios quiere.

Cuando quedaron solos Marina y Doria, estuvieron sin hablar algunos minutos, absortos e indecisos. Al fin ella empezó, por romper el inquietante silencio.

Marina.—Entonces... usted volaba.

Doria.—Un poco.

Marina.—¿Y su compañero?

Doria.—Esta idea me ha dolido más que el balazo. Por mi culpa, Marina, por mi culpa salimos aquella noche en el biplano. Téllez ya estaba dormido, y yo quise provocar su amor propio, invitándolo a una excursión temeraria. Era el mejor piloto y el mejor amigo, oro y hierro. Yo casi no sentí la bala cuando me hirió, y no puedo imaginarme lo que haya pasado a Téllez. Necesito volver al sitio donde me recogieron, buscar las huellas, saber dónde caímos... Mañana mismo tengo que partir. Si no fuera por eso, quisiera quedarme aquí para siempre.

Marina.—Olvida usted a sus padres.

Doria.—Es verdad. Pero usted sabe lo que yo quiero decir. Más claramente: si no fuera por ver a mis padres y buscar a Téllez, no quisiera salir de aquí...

Marina.—Esta casa es muy triste.

Doria.—¿Es muy triste realmente? Yo no conozco más que este cuarto, y sólo me parece triste ahora que voy a dejarlo.

Marina.—Son galanterías y bromas de usted. Por

dentro estará rabiando porque se llegue la hora de salir.

Doria.—Esa fué mi primera impresión esta mañana, cuando supe que ya podía marcharme. ¿Vio usted que estuve a punto de saltar, y que después volví a quedarme como desfallecido? Pues yo mismo no sé por qué lo hice. No me duele nada.

Estoy mejor que nunca. Pero quise quedarme junto a usted siquiera un día más.

Marina.—Aunque sea de broma, se lo agradezco. La verdad, yo estaría insoportable de ansiosa en lugar de usted. ¡Volver a México! ¡Ir a México! Me moriría de ansiedad por ver a mis padres, por pasear en la ciudad, en los teatros, en los jardines. Yo quisiera conocer la calle donde usted vive, los lugares donde se divierte.

Doria.—¿No ha ido usted nunca a México?

Marina.—No. Apenas conozco Pachuca y no muy bien. Yo no fui a la escuela oficial, sino al Colegio Católico de Huasca, donde aprendí a leer. El Padre Juárez me siguió enseñando alguna otra cosa, muy poco. Los únicos libros que dejó mi padre, son de geografía y de viajes, casi los únicos que yo he leído. Me gusta ver los planos y las estampas de las ciudades famosas, como París y Londres, y cerrar los ojos para verlas en la imaginación. Lo mismo me pasa con nuestra ciudad de México. Yo me la imagino entre los lagos, con jardines y palacios. Dígame usted cómo es México.

Marina.—¡Cuando nos volvamos a ver!...

Doria.—Seguramente. Yo he de volver a esta casa, por usted.

Marina.—¿Volando?

Doria.—O arrastrándome, pero volveré.

Oyeron los pasos de Doña Concepción junto a la puerta, y se quedaron nuevamente en silencio. Poco después

se despidió Marina. La negra quietud nocturna parecía filtrarse por todos los resquicios de la casa. Doria sentía desde su encierro la invasión de las sombras y del frío, y se imaginaba los bosques inmóviles, el aire paralizado, sin alas ni élitros agitadores, las rocas sin reflejos, y las aguas muertas como espejos empañados. La soledad lo envolvía, y una especie de terror físico llenaba su cuerpo aterido.

De repente, una voz líquida y dulcemente temblorosa, rompió la calma funeral. Marina hablaba en voz alta, como para divertir la inquietud y la soledad. Se adivinaba que Doña Concepción no respondía, absorta en alguna labor o soñolienta, y la hija entonces tarareaba, reía con esfuerzo, intentaba cantar. No se oía más que la tonada y a veces frases truncas de una canción montaraz, quejumbrosa, como canto de ciego o de mendigo:

¡Manzana quien te comiera  
Acabada de cortar!  
¡Dame siquiera la prueba,  
No se me vaya a antojar,  
Y me muera yo de antojo  
En medio del manzanar!

Doña Concepción escuchaba al fin y se reía, inmune por los años a los accesos sentimentales que se intensifican en las noches solitarias. La noche no tenía para ella más significación que paz y descanso.

El cuarto donde había pasado la convalecencia Francisco Doria, daba al corredor de la casa, o mismo que la pieza contigua, donde se adivinaban la voz de Marina y la presencia de Doña Concepción. Doria podía contemplar un poco de cielo oscuro, por una ventana lateral fuertemente enrejada, y en vano buscaba la

irradiación de alguna estrella o la tenue claridad lunar. Se oían de vez en cuando los inevitables ladridos que sueltan los perros del campo, cuando olfatean la más remota presencia extraña. Doria creyó oír que los centinelas caninos aumentaban sus avisos de alarma, y se imaginó que algún movimiento de animales o de hombres por los senderos cercanos, excitaba la suspicacia de los humildes guardianes. Doña Concepción y Marina se quedaron en silencio, como suspensas por la sensación de algo próximo. Un rumor inminente iba creciendo, casi imperceptible al principio, después como el estrépito confuso de un carro, luego como resoplidos de caballerías y golpes de cascos y herraduras en tierra. Finalmente, llamadas violentas en la puerta principal, que resonaban con eco sordo de metal y madera, como si se dieran con la culata de un rifle. Doria pensaba:

—Alguien viene a resolver mi problema. No puedo salir de esta casa sin un gran dolor, y vienen a sacarme por la fuerza. Será seguramente una patrulla exploradora. Tal vez me busquen las tropas del gobierno, o nuestra escolta que ha encontrado mis huellas. Tal vez el mismo Téllez...

No comprendía la palidez de Marina y el temblor de Doña Concepción, que entraban como en busca de asilo, y quiso tranquilizarlas:

—No teman ustedes. Nadie sabrá que en esta casa estuvo un jefe rebelde. Yo diré todo el bien que me han hecho, y cómo han salvado mi vida.

Doña Concepción pudo hablar más pronto que su hija:

—¿Y si no son los que usted cree?

—¿Entonces?

—¿Si son los otros?

—¿Los otros?

—La gente de Salomé... los rebeldes...

Doria no había pensado en esta posibilidad, y su práctica de aviador nunca lo había puesto en trance parecido. Sólo sabía de rebeldes en los periódicos, por relatos que no interesan mucho cuando se refieren a personas extrañas o por imaginaciones remotas. No tuvo tiempo de analizar su situación, ni de medir el impulso que lo hizo lanzarse fuera de la cama, envuelto en los abrigos del mismo lecho, buscando inútilmente un arma. Mientras las dos mujeres salían, acudiendo a la puerta que rechinaba y crujía por los golpes y los culatazos, él se endosó su combinación de mecánico, que ya limpia y planchada por las manos de Marina, esperaba sobre un baúl que el herido se decidiera a dar por terminada su convalecencia. Apagó la luz, calzó y acabó de arreglar ciegame, y ya buscaba por donde escaparse, sin rumbo, cuando lo detuvieron los pasos de la gente que entraba. Contrastando con su salvaje manera de llamar a la puerta, se oían voces reposadas. Eran Salomé y sus compañeros. Llegaron hasta la pieza próxima al cuarto que había servido a Doria de refugio en los días anteriores, y en aquellos momentos, de prisión. Las primeras palabras no fueron alarmantes. Salomé anunció que iba de visita en unión del General Encarnación Morales, ambos acompañados por sus respectivos Coroneles de Estado Mayor.

Salomé.—He venido, porque no quiero pasar por un traidor a mi bandera. Al volver a tomar el mando de mi brigada, mi compañero aquí presente, el General Morales, me hizo saber que una de las noches en que yo estaba más enfermo, unos aviadores del ejército federal volaron sobre el campamento de Izatla y arrojaron una bomba. Se les contestó con un tiroteo, y se supone que cuando menos uno de ellos fue tocado, o que el aeroplano cayó

en esta región. La misma noche, cuando el cura vino a ver si me confesaba, mi Coronel de Estado Mayor, Julián Corvino, también presente, y un sargento de mis tropas, tuvieron que acompañarlo, y cerca de la Cruz Negra, por donde baja la tubería del agua, recogieron a un herido y lo trajeron aquí. Yo no pude verlo ni me di cuenta de él, porque apenas tuve algo de fuerzas, dejé la cama para ir al frente de mi brigada. Algunos dicen que el herido es del Gobierno. Tal vez uno de los aviadores...

Encarnación.—Mire usted, señora... dicho sea por tratarse de la hermana de un compañero.

Aquí el general ha dicho que lo dicen, y él que lo dice soy yo. Porque yo estaba en Izatla la noche de la bomba, y yo mandé disparar contra el aeroplano, y hasta disparé yo mismo. Lo vi como que bailaba y casi caía y después se iba de nuevo muy alto, hasta donde ya no alcanzó la vista, ni con los gemelos de campaña. Después supe por el Coronel Corvino, aquí presente, que él y un sargento trajeron un herido a esta casa, y que lo creyeron mecánico. Automóviles no pasan por el camino de Real del Monte. No hay señales de llantas. Luego, hemos sabido que el cura de Huasca, mal llamado Benito Juárez, viene por aquí muy seguido. Y donde los curas entran, mal agüero...

El Coronel Corvino.—Yo dije que con mis manos traje a un herido, porque es la verdad. Si no era mecánico ni venía en automóvil, no es de mi incumbencia, porque yo lo vi con la ropa bien mojada, manchada de aceite, y no sé más.

Salomé.—¿Tú has sabido que ese hombre sea del Gobierno?

Doña Concepción.—Yo... yo...

Marina.—No sabemos nada tío. Y hasta creo que...

Salomé.—Deja que hable tu madre, niña.

Doña Concepción.—No sabemos nada. Al herido lo trajeron aquella noche como ha dicho Julián... digo, el Coronel. Si el señor cura ha venido varias veces, fue porque nadie más que él podía curarlo a falta de médico. Y si no venía médico, ha sido por descubrir a Salomé.

Salomé.— Bueno. ¿Pero el herido es o no federal?

Doña Concepción.—No sé.

Encarnación.— ¿Ha dicho de donde venía y como fue herido?

Doña Concepción.— A mí no.

El Coronel Corvino.— Pues como se ha sabido que yo y el sargento asistente de mi general trajimos al herido, nos corresponde descubrir la verdad.

Salomé.—Si yo hago esta visita, hermana, es porque estoy seguro de que a ti no se te hará ningún daño. Tú no serías culpable aunque hubieras hospedado a nuestro peor enemigo. Pero debes ayudarnos a saber la verdad.

Doña Concepción.—¡Si yo no sé nada!

Marina se había puesto en pie bruscamente, con impulsos de impedir la entrada al cuarto vecino. El llamado Coronel de Estado Mayor se dio cuenta primero que los demás de la imprudencia denunciadora, y quiso tomar desde luego la iniciativa de una inspección, comenzando por el infalible movimiento de llevar la mano a la cintura, buscando la pistola.

Salomé.—¡Poco a poco! Aquí nadie toca a mi familia. Yo mismo haré todas las averiguaciones. ¿Dime hermana, el herido puede levantarse?

Doña Concepción.—Yo creo que no. Esta mañana debió haberse marchado, y no lo hizo por falta de fuerzas.

Salomé.—Yo hablaré con él. Marina, déjame pasar.

Marina.—¡No! usted debe respetarnos... respetar la casa!

Doria había oído la conferencia, combatido por una confusa variedad de sensaciones y de intenciones. Se arrepentía de no haber partido aquella misma mañana, como debió y pudo hacerlo, puesto que su herida ya no lo inmovilizaba, y al mismo tiempo se complacía en la exaltación de un orgullo algo romántico, porque arrostraba un peligro a causa de un acto sentimental. Las piernas le hormigueaban como si fueran las de Sancho Panza, ansiosas de buscar un escape, una salida, una fuga de aquella imposible pelea, pero la sangre hidalga de Don Quijote le golpeaba en el pecho, y lo inducía para que se presentara con aire sereno, abriendo la puerta con mano acerada y confundiendo a los malandrines con la formidable tranquilidad de su apostura. Cuando oyó la voz de Marina, se le subió el ímpetu caballeresco y extendió la mano para abrir la puerta, pero no tuvo tiempo de consumir su resolución. Un repentino silencio en el próximo cuarto, un rumor de voces y movimientos insólitos en el corredor y hacia la puerta principal, cambiaron de pronto el curso de los acontecimientos. El brazo de Salomé quedó suspendido en el aire, a la mitad de su movimiento para hacer que Marina dejara libre el paso hacia la puerta de Doria. Encarnación y los coroneles parecían husmear, como si olfatearan un peligro cercano. Marina y Doña Concepción, mudas y temblorosas, no alcanzaban a comprender si el riesgo era mayor, si se había transformado en otra clase de peligro, o había disminuido. Un hombre entró, sofocado:

—Por el camino de Huasca... tropas... caballería... mucha gente.

Los cuatro rebeldes se echaron hacia la puerta como un solo hombre, pero la voz entrecortada del mensajero los detuvo:

—Dicen afuera que también por el camino de El Chico... Más caballería... y más cerca.

Encarnación habló rápidamente y en voz baja con Salomé:

—Se necesita hacer alguna resistencia aquí mismo, mientras ganamos alguna vereda por el bosque.

Salomé.—¿Aquí mismo? ¿Y la familia?

Encarnación.—Que venga con nosotros. No hay más remedio. O que aguante las balas.

Salomé.—¿Y el herido? ¿El que está en la otra pieza?

Encarnación.—¡Qué nos importa! A la familia es necesario llevársela, aunque sea por fuerza. El otro, si puede tomar un fusil, que ayude a entretener al enemigo, en compañía de la gente que vamos a dejar a retaguardia, y si no puede moverse, que lo fundan!

Salomé.—¿No podríamos dejar la retaguardia en otra parte?

Encarnación.—Mire usted, compañero, los dos somos generales, pero a la hora del peligro, el que manda, manda. Cuando hay que hacer cartas o manifiestos, usted es primero que yo, pero cuando hay tiros, mandan los rifles.

Se asomó al corredor, tomó informes, y comenzó a disponer su programa, sin inquietarse más por Salomé. En su cara de rasgos inexpresivos, como tallados en arcilla morena, los ojos brillaban con astucia de animal. Algunos hombres de su gavilla fueron llegando sin mucha precipitación, ignorantes del peligro, porque no sabían más que obedecer. Marina comprendió que la obligarían a dejar su casa, lo mismo que a su madre, y corrió violentamente hacia el cuarto de Francisco Doria. A lo lejos comenzaron a oírse los primeros disparos de las avanzadas. Encarnación se volvió hacia Marina, y sin decir una palabra, indicó a dos de sus soldados que

la detuvieran. Se acercó a la joven y quiso convencerla, lo mismo que a Doña Concepción.

Salomé quiso también persuadirlas, para evitar mayores excesos, pero inútilmente, y cuando al fin, las manos bestiales comenzaron a estrujar al frágil cuerpo, obligándola a salir, lanzó Marina un grito prolongado y tremendo, como una imploración:

—¡Francisco! —¡Francisco!

Doria no pudo resistir entonces, y salió de su encierro, deslumbrado y acometedor, como un torete de lidia. Pero solo tuvo tiempo para ver a su amada enfermera, que salía casi a empellones, desmelenada y lívida por el furor y el espanto, mancillada por los brazos de aquellos animales de presa, y a Doña Concepción, floja y desfallecida, conducida con menos violencia por su hermano Salomé. Antes de que recobrara la conciencia de su situación, uno de los rebeldes le había puesto un fusil entre las manos, y el cañón de un revólver contra el pecho:

—A pelear todos, amigo. Aquí, en esta ventana, junto a mí. Nuestros jefes no tardarán con refuerzos. Aquí, mi amigo, a disparar. Y con ganas, o le anticipo...

Doria tendió su fusil en la obscuridad, disparando a la sombra impenetrable, hacia el camino. En la noche espesa relucían los rojos fogonazos como luciérnagas infernales, y el viento seco y frío del bosque iba llegando, alterado por el terrible olor de la pólvora. En el corredor, en la puerta principal y en la azotea de la casa, se oían audaces alaridos. Una voz aguda y burlona imitaba el aullido siniestro de los coyotes, cuando se juntan en bandadas nocturnas:

—Uaa... uaa... uaaa...

El tiroteo era ya un solo estallido continuo, cada vez más próximo. De pronto, el estrépito que venía del bosque,

como un carro de guerra que se echara encima de la casa, se detuvo por un instante, y luego se transformó en un chorro acompasado y regular de balas, que se oían con espantosa precisión. El coyote nocturno apagó sus alaridos y comenzó a burlarse, silbando como si imitara el piar de los guajolotillos. Pero la ametralladora seguía desgranando su rosario mortal, inaccesible a las provocaciones. Sus balas venían del rumbo Norte, hacia un costado de la casa, y poco después, el mismo rumor de tableteo se inició por el Oriente, inexorablemente acertado y próximo. El hombre que se batía junto a Doria, lanzó una maldición:

—¡Otra “guajolota!” ¡Malhaya...!

Los barrotes de madera de la ventana crujieron como golpeados por un enorme hachazo. Doria se echó hacia atrás, buscando refugio en la obscuridad de la pieza, y su compañero, al sentirlo, se volvió contra él blandiendo su rifle como una maza. Doria había gastado todo su parque disparando al aire, y para defenderse de aquella forma diabólica que lo perseguía en la obscuridad, tuvo que agazaparse en un rincón, con el fusil extendido a ciegas. Otra andanada de la ametralladora entró por la ventana, y las voces de los asaltantes se oyeron después distintamente. De pronto se hizo un gran silencio. Doria se quedó hurgando con su rifle hacia adelante, aturdido, casi inconciente. Esperaba de un momento a otro la acometida de su forzado compañero de lucha, y los segundos le parecían eternidades. Todo se había callado. La divina calma nocturna renacía dulcemente. Doria recordó la noche de su caída en el bosque, y llegó a creer que había sido herido nuevamente, y que estaba recobrando otra vez los sentidos, como cuando despertó con la boca sobre la yerba. Oía también el rumor solitario de un hilo de agua, un sordo rumor de algo líquido que

escurría, la voz de una fuente invisible. Pero esta vez la suave corriente se le iba acercando poco a poco, y en lugar de oirse más clara, se hacía más sorda, más difícil, más angustiosa; parecía que brotaba con burbujas de aire, con grumos de lodo. Parecía la garganta de un hombre que se desangra y suelta un estertor. Doria oyó a sus pies el rumor agonizante, y comprendió. No se atrevía a moverse, por no pisotear la carne todavía trémula que se arrastraba junto a él.

Los últimos defensores de la casa habrían huído, o intentarían ocultarse, como bestias acorraladas. Se adivinaba la proximidad de las tropas asaltantes, que se iban acercando cautelosamente. Se oyeron pasos lentos y exploradores. Al fin la puerta se abrió, y una luz de linterna iluminó el cuarto. Doria gritaba:

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!...

Los soldados llegaron en grupo violento, todavía con rabia de combate, y cogieron a Doria con su fusil caliente en la mano, junto al rebelde muerto. Ya lo obligaban a erguirse junto a la pared para ejecutarlo a quemarropa, sin dejarlo hablar, cuando un oficial que pasaba, alcanzó a verlo, se impresionó por la juventud azorada de aquel rostro y detuvo a su gente:

—¡Alto!

Doria sentía la necesidad apremiante de salvar su vida.

—Yo no soy rebelde. Yo soy el teniente Francisco Doria, aviador.

El oficial apenas lo miró, sin creerlo, y como le llevaban otros tres prisioneros, casi desnudos y lamentables, dio órdenes de salir. Poco después, entre los soldados del gobierno que montaban sus caballerías estragadas, marchando entre los presos, pudo al fin Doria respirar el aire libre, el resinoso y oxigenado aliento de los bosques.

Por el cansancio, la vergüenza y la depresión, sentía como si se arrastrara en vez de andar. Las piedras del camino se le figuraban insuperables y montañosas. El polvo espeso le sujetaba los pies como un aglutinante, y apenas tenía fuerzas para alzar los ojos, buscando algo en el cielo, ya lívido por la aurora lejana:

—Mis alas... me han quitado mis alas... ya no puedo volar!

### III

Al llegar a Pachuca no fue puesto en libertad como lo esperaba, porque los detalles de su aprehensión parecían sospechosos, lo mismo que su aspecto de rebelde salvático, desgarrado, los ojos hundidos, la cara con la pelusilla de diez días sin afeitarse, y las manos todavía ennegrecidas con las huellas del combate reciente. Cuando fue reconocida su personalidad, tampoco se desvaneció la sorda malevolencia que lo rodeaba. Se había perdonado la vida, cuando menos por lo pronto, pero no se le perdonaba haber sido sorprendido con las armas en la mano, peleando como un faccioso entre los facciosos. Cuando empezó a relatar sus aventuras, al ser interrogado por el mismo oficial aprehensor, fue escuchado con impaciencia. Se inició el diluvio de papel sellado, característico de las averiguaciones judiciales, y como no pudiera explicar de un modo sensato la excursión nocturna en compañía de Téllez, la desaparición absoluta del piloto; la permanencia dilatada entre los rebeldes, cuando su herida le hubiera permitido regresar varios días antes a su campamento; la desaparición de Doña Concepción y de Marina; la falta de aviso para sus jefes y para sus padres; la presencia de Salomé Canillas en la casa donde fue curado, y todos los menudos acontecimientos de su increíble aventura, se le tuvo por un reo peligroso, digno de poca fe, ladino o desequilibrado.

El cura de Huasca fue llamado a declarar, y su testimonio, lo mismo que las declaraciones de algunos soldados de la escolta, que confirmaron la salida inesperada de los dos aviadores, vinieron a mejorar su posición, hasta que al fin, sin resolver nada en definitiva, se recibieron órdenes superiores para que el prisionero se

presentara en el Departamento de Aviación, en la ciudad de México. Se le mandó que saliera inmediatamente de Pachuca, no como preso, pero sujeto a la vigilancia de la autoridad militar, y sin excusa para retardar su viaje. Salió del cuartel donde pasó los cinco días de averiguación judicial, con más humillación y desaliento que rabia. Comprendió que era inútil pedir autorización para buscar entre los montes las huellas del capitán Téllez, pues aunque nadie lo había inculpado con firmeza, bien entendía que las sospechas en su contra querían decir, o que se había pasado al campo enemigo, juntamente con Téllez, o que había sacrificado a su compañero, entregándolo a morir, y haciendo traición a su amistad, a su uniforme y a su bandera. La sospecha no se había formulado, pero la ausencia del piloto, que parecía haberse perdido bajo la tierra o deshecho en el aire, se agregaba a los otros incidentes que no se podían medir con el rasero de la vida corriente, y hacía más intolerable para Doria aquel ambiente impreciso de desconfianza.

Herido en cuerpo y alma, encadenado por su obediencia militar, telegrafió a sus padres, dedicó unas horas al aseo más preciso, comió con su apetito de muchacho y de convalesciente, y se dispuso a tomar el tren. Fue a la estación por su camino de costumbre, y las angostas banquetas que no le bastaban cuando iba por ahí con Téllez, le recordaron la separación dolorosa. Antes de llegar al jardín de San Francisco, reconoció los lugares por donde su compañero desaparecido se detenía para andar muy despacio, atisbando la ventana de gruesos barrotes, que a veces se entreabría para lucir la doble joya de unos ojos emocionantes.

Al llegar a las antiguas Casas Coloradas, que construyera el segundo Conde de Regla, y que ahora

sirve de Palacio de Justicia, se quedó inmóvil por un instante. La ventana de Clara la buena, de la Clara dulce y clarísima del romántico Téllez, se abrió de pronto para verlo pasar. ¿Qué sabía ella de la misteriosa desaparición de su moreno enamorado? Había oído sin duda los rumores, los cuentos transmitidos de boca en boca. Según la fantasía vulgar, los dos aviadores habían salido en un vuelo nocturno hacia los montes, y habían permanecido en el aire cerca de quince horas. Algunos aseguraban haber visto el aeroplano por encima de la presa de la Estanzuela, otros, haciendo espirales y vueltas de campana por el rumbo de Velasco, y no faltó quien dijera haberlo visto, muy de lejos, como un punto negro en el cielo, cerca de Zimapán.

Se habló de que habían caído en una barranca; y cuando fue conocida la aprehensión de Doria, se bordó una trampa negra, según la cual, el teniente había engañado a su compañero, lo había hecho aterrizar muy cerca de un campamento de rebeldes, y ya sea por salvar la vida, o por traición premeditada, había consentido en que fusilaran a Téllez ahí mismo, y se había prestado a servir entre aquellos hombres sin ley, como jefe de una proyectada escuadrilla de aviones de presa.

Y escuchando estos rumores disparatados, Clara la buena, ocultaba su dolor, porque no tenía derecho a lamentarse abiertamente. Lo que hubiera pasado entre ella y Juan Téllez, la invisible fusión de dos almas hechas para el secreto y las pasiones profundísimas; las palabras cambiadas, firmes, preciosas y escasas, como el oro; las cartas de límpida ingenuidad; el amor oculto por timidez y reserva de sentimentales, todo eso, no lo sabían más que ellos dos, el viento y las estrellas. Clara la buena no podía llorar ni preguntar a nadie por el ausente. Pero cuando reconoció al amigo inseparable

de su amado, al único que sabía algo de su prólogo de idilio, la niña provinciana fue audaz como una hembra libre y loca.

Miró al teniente Doria y le descubrió en los ojos la fresca lealtad. Ella no dudó ni tuvo sospechas infames. Abrió su ventana como nunca lo hiciera para un extraño, lo miró frente a frente como a nadie había mirado, y parecía querer decir:

—¡Aquí estoy! Háblame... Dime lo que sepas de él. Dime que no ha muerto. Dime donde lo has dejado para que yo lo busque. ¡Háblame...!

Pero Doria no supo entender el idioma de aquellos ojos llameantes de espectación, y aunque hubiera comprendido, no tenía nada que contestar. Continuó su camino lentamente, con la cabeza inclinada como un reo, y pensando:

—Ella también sospecha de mí. Y si me dijera: ¿Qué has hecho de tu hermano? Yo tendría que responderle: ¡No sé... no sé...! Y muy adentro de mí mismo tendría que acusarme: Si alguien lo llevó a la muerte, fui yo.

Clara la buena tradujo aquella actitud como aviso mortal y la ventana se fue cerrando poco a poco, mientras Doria desaparecía; se fue cerrando lentamente, y al fin se quedó algo entreabierta, como si el brazo que la empujaba, no pudiera ya más.

Doria siguió hacia el jardín de San Francisco y ya torcía por las callejas polvosas rumbo a la estación del ferrocarril, cuando le vino a la memoria la candida petición del Padre Juárez. Tenía que dar las gracias al buen San Francisco, su patrón nominal, por haberlo salvado del aire, de la tierra y de los hombres, y aunque su paganismo salvático no se hubiera amansado con la desgracia, una especie de superstición y de ternura inconciente, lo impulsó a dirigirse a la pobre

iglesia, engastada junto a los muros del viejo convento virreinal.

Vio de lejos la escalinata de cantera, comida por el tránsito de innumerables devotos, y de pronto se detuvo como hechizado. Oyó sonar junto a él una voz que le despertaba imágenes ardientes, sintió rumor de seda y olor agudo de aquel aroma de París, la esencia distintiva de la obra Clara, la Clara suya, Clara la mala.

—¿Qué miras ahí, chico? Piensas hacer tu primera comunión?

Él contestó ambigüamente, y ella lo aturdió con preguntas y narraciones truncadas. Contó que venía del Hospital Civil, de visitar a una amiga suya, y que no esperaba encontrarlo. Había oído contar que el aviador — mi lindo aviador, decía ella con cierto pliegue de beso en la boca roja—, estaba perdido entre los bosques, y que alguien lo suponía jefe de un grupo rebelde.

Clara.—¿No me has olvidado? ¿Me quieres todavía? ¿Cuándo nos veremos? Estaba tan triste, sin tí...

Doria.—Todo lo que han dicho es mentira. Hoy mismo salgo para México, y demostraré que no soy culpable. Muy pronto he de volver, y verás si te quiero.

Clara.—No te vayas ahora, Francisco. Ven conmigo esta tarde.

Doria.—Es imposible. Tengo órdenes de salir hoy mismo.

Clara.—Ya encontrarás un pretexto. Ven conmigo. Tengo muchas cosas para tí.

Doria.—No puedo... no puedo. Volveré muy pronto.

Clara.—¿Quieres que vaya contigo?

Doria.—No estoy aún completamente libre, y me vigilan sin cesar. Necesito vindicarme. Espérame unos días.

Se despidió violentamente, avergonzado de sí mismo. Por primera vez sentía impresión de bochorno, al sentirse entre las redes de una aventura carnal. Hasta entonces, el vino de su primavera lo había hecho caminar por el mundo, no como un embriagado vacilante, sino como un efebo en estado dionisiaco, más allá del bien y del mal. ¿Por qué sentía entonces un leve remordimiento, cuando cambiaba promesas y miradas como besos, estrechando unas manos pecadoras de mujer? Se acordaba de los ojos limpios de Clara la buena, del ofrecimiento espiritual que lo había impulsado hacia la iglesia, no por devoción de católico, sino por agradecimiento y cortesía del alma. Y de algo más hondo y lejano: la criatura del bosque, la virgen rústica, la auxiliadora, la protectora. La veía desaparecer arrebatada entre las manos negras y sórdidas, lanzando entre las detonaciones y el vocerío su aguda imploración:

—¡Francisco! ¡Francisco!

Por su causa el destino había galopado ya dos víctimas precisas, tal vez mortalmente. Y mientras su amigo fraternal y la frágil niña digna de amor, sufrían las amenazas de fuerzas desconocidas, precipitadas en medio de los mayores peligros, entre la muerte y la infancia, él se detenía frente al sagrario, sin cumplir un humilde voto místico, que tal vez hubiera desarmado a las divinidades hostiles, y con la sonriente serenidad de un día de fiesta, volvía la espalda al padre San Francisco, siervo de Dios, atraído por los halagos de la blanca Anadyomena.

En otra ocasión, se hubiera reído de sus escrúpulos, pero la evocación del grito angustioso de Marina dominaba su frivolidad juvenil, y la conciencia de un deber de hombre se fue precisando en su espíritu. Comprendió que no gozaría honradamente ni de la

luz del sol, mientras no hiciera todo lo que sus fuerzas alcanzaran, para lavar la sombra de sospechas que había caído sobre su nombre, y buscar a su amigo perdido y a su protectora abandonada entre fieras humanas.

Cuando el tren salió para la ciudad de México, se acomodó en su asiento y cerró los ojos, abstraído con energía en sus ideas de acción forjando planes, soñando empresas, y gozando con el júbilo anticipado de salvar a Téllez y rescatar a Marina.

## IV

Al llegar a México, lo esperaba su padre en la estación, y en su casa, el personal femenino y menudo, la madre, la hermana menor y los tres hermanillos, desbordantes de alegría ruidosa. Aquella noche de risas y lágrimas, de besos puros y de buenas palabras, de sueño largo y pacífico, le sirvió de estimulante para iniciar sus nuevas tareas.

En la mañana del día siguiente se presentó al jefe del Departamento de Aviación, pero una sombra de sospechas impalpables lo seguía. En vano hablaba y explicaba y ofrecía ir en persona a buscar las huellas de Téllez y de su aeroplano. Sus jefes, sus compañeros, los empleados, hasta los mozos, todos lo veían y lo oían con cierta expresión de irónica desconfianza, y varias veces estuvo a punto de estallar y huir para siempre de aquella atmósfera hostil que lo rodeaba. Se decidía a buscar otra clase de ocupaciones, pero después de vacilar y atormentarse, acababa siempre pensando:

—¡Mi arma es la aviación! No he de abandonar mi camino empezado, ni he de salir con la cabeza baja.

El Jefe del Departamento acabó por decirle con suavidad, que se conformara con la situación y tuviera paciencia; que su proceso quedaría paralizado definitivamente, y la busca de Téllez la harían comisionados especiales; que esperara algunos meses, y luego volviera silenciosamente a la Escuela de Aviación, para ir recobrando la confianza de sus compañeros y de sus jefes.

Cuando comprendió que esto era definitivo, estuvo más próximo que nunca a darse por vencido y a abandonar la empresa, pero al fin prevaleció en su espíritu el deseo

de rehabilitarse y se hacer cuanto pudiera por encontrar a Téllez y a Marina.

Trató de que al menos se le permitiera aprovechar su forzosa licencia explorando la sierra de Pachuca sin ningún carácter oficial, y con elementos propios, y hasta para obtener tal permiso, encontró sorda resistencia, dificultades materiales para llegar hasta las oficinas de sus superiores, a causa de su anterior insistencia que lo había convertido en una especie de pedigüeño impertinente, mueble de antesala temido por ujieres y secretarios particulares.

Fue una mañana a la Escuela de Aviación, y se acercó con fingido aspecto de tranquilidad a los grupos que charlaban. Iban a comenzar los vuelos de práctica, y algunos principiantes pasaron junto a él, con la palidez y la impetuosa ansiedad de los aviadores novatos. Los más antiguos, con cierto aire de aplomo, lucían su calma sonriente de veteranos y conversaban con gestos risueños.

Alguien comentaba las últimas hazañas aéreas, la travesía transcontinental de San Francisco a Nueva York, el viaje de Londres a Australia, la travesía de los Andes. Otro hablaba entre bromas y veras, del Manifiesto de Azari, el aviador futurista, que profetizaba la inauguración del Teatro Aéreo, con Vuelos Dialogados y Danzas y Pantomimas celestes, tales como las inició Busto Arsizio, en 1915, representando en el aire la farsa de “El aeroplano ebrio.” Todos reían al escuchar que, según Azari, se podía sugerir con los aviones hasta la suprema distinción de los sexos, porque un S. V. A. de doscientos caballos de fuerza, que se eleva roncando majestuosamente, es de un modo notorio masculino, y un Henriot ondulante de ciento diez caballos, es de una suave feminidad.

Doria intervino:

—También se podrían sugerir las distinciones raciales. Por ejemplo, los monoplanos Voisin o los Bebé Nieuport, simbolizarían el espíritu alado y ligerísimo de París, corazón de Francia. Los grandes Caproni de tres hélices, son máquinas romanas, cesáreas, dignas de conducir el séquito de un emperador. Los Handley-Page ingleses que soportan quince toneladas, son vehículos de viajeros, de exploradores y de comerciantes. Los Fokker, Albatross y Taubes germánicos son camiones de guerra, hechos para la destrucción marcial. Los Curtiss norteamericanos, mientras no los tomen por su cuenta Edison o Henry Ford, para construirlos por millares y vulgarizarlos, serán instrumentos de sport, para batir records de velocidad y de altura, para exhibiciones y simulacros, para extravagancias de millonarios que almuerzan en Nueva York y en la noche van a pasear al Boardwalk de Atlantic City. Y nuestros humildes monoplanos con su motor Aztatl y sus hélices trabajadas con maderas indígenas, son como piraguas voladoras donde los caballeros águilas se elevan para acercarse a estrellas...

—¡Doria!... ¡Doria!... Eres incorregible. Aún no sales de una aventura fantástica, y te empeñas en vivir fuera de la realidad. Esa profesión tan mexicana de cazadores de estrellas, es la que nos impide ver donde caminan nuestros pies. Mira una de tus víctimas.

El aludido era el pobre “Trece” recogido por el ayudante de Téllez en el hangar de la Estación de Hoyos. Anduvo algunos días abandonado, arrastrando su pata maltrecha. Cuando el ayudante se presentó en el aeródromo de Valbuena para entregar algunos útiles, ropa y libros que pertenecían al capitán desaparecido, llevó también a “Trece” enflaquecido por la tristeza y el

hambre. Cuando vió a Doria, lo reconoció inmediatamente con esa persistencia canina para el agradecimiento, que debía avergonzar a muchos racionales, y comenzó a manifestar su afecto con saltos cojos y ladridos alegres.

Doria correspondió a la cordial acogida:

—Tú sí me reconoces, “Trece”. Tú sabes que yo no soy culpable. Tú sabes que tarde o temprano, volverás a ladrar amistosamente a tu buen amo Juan Téllez. Toma... ven... toma...

Y lo acariciaba, fomentando así el meneo del rabo elocuente. Los demás aviadores sonreían con indulgencia y continuaban su charla. Llamaron a Doria la atención para que leyera los nombres puestos en los tres primeros hangares: Amado Paniagua.—Miguel Jacintes.—José Rivera.

—¿Ves? Ojalá que no sea preciso poner muy pronto un nombre al hangar número cuatro.

Al evocar a los tres muertos, todos guardaron silencio por algunos instantes. Pasaban por su imaginación los compañeros, y algunos revivían en su memoria hechos precisos y detalles sangrientos: Paniagua, infantil, audaz, alegre, caído en las playas de Veracruz, como si lo fulminara un rayo invisible; Miguel Jacintes, muerto en el mismo campo de Valbuena, por haber querido superarse a sí mismo, y exhibir ante ciertos ojos femeninos que lo contemplaban, alguna maniobra escalofriante.

Y José Rivera, el “As” tan diestro para los juegos acrobáticos, que se permitía hacer el looping-the-loop once veces seguidas, tan sereno y firme para volar sobre el campo de los enemigos y tan certero para remitir sus bombas a las mismas trincheras rebeldes; obligado a descender por causa de su motor, cogido por los facciosos de Chihuahua y asesinado cerca de la

Estación de Esmeralda... Doria hubiera querido romper aquel silencio conmemorativo, diciendo:

—El cuarto hangar llevará mi nombre, antes que el de Juan Téllez.

Pero su posición falsa entre sus antiguos camaradas, no le permitía soltar bombas líricas, y además la desaparición de Téllez era también para él un enigma. Prefirió callarse y desviar la conversación:

—¿No vendrá el Coronel esta mañana?

—Creo que no. En estos días visita otros establecimientos, la Fábrica de Cartuchos número 1, la Maestranza... Me parece que mañana se le podrá ver en la Fundición de Artillería.

Y el que hablaba continuó dirigiéndose a otro aviador:

—A propósito del Coronel, ¿has oído un detalle de su viaje? En un banquete organizado en su honor, en Turín, por los directores de una gran fundición italiana, pidió que se le sentara junto al jefe de la sección de aeroplanos. Este se hallaba en un concurso de aviación, en Amsterdam, pero fue avisado por el telégrafo, y llegó a la hora de la fiesta, justamente a tiempo para ocupar su sitio, aun con las huellas de aceite y de agua, por haber atravesado las nubes...

No se hablaba más que de aviones y de aire. Doria se esquivó discretamente, devorado por la tristeza de oír la constante evocación de un mundo prohibido.

—¡Mi arma es la aviación! Mañana estaré en la Fundición de Artillería.

Y se presentó, en efecto, al día siguiente en la Fundición de Artillería, antes de que llegara el Jefe del Departamento. La mala posición que tenía entre sus compañeros de arma, no había trascendido abiertamente

a todas las dependencias fabriles militares, y por lo tanto, fué recibido sin dificultad, permitiéndole que esperara pasean talleres.

En el taller de fundición se detuvo a contemplar unas grandes estatuas, fundidas poco tiempo antes, y que aún requerían pulimento y retoque. Una de ellas representaba la figura de Minerva, pero Doria apenas honró a la antigua divinidad con leve mirada, por atender a la otra diosa desnuda, que aparecía frente al gran ventanal del taller. Era una Victoria robusta, erguida sobre un hemisferio de nubes, apenas ceñida con el velo flotante que parece un girón de aire, según la imagen consagrada por D'Annunzio a la Nikké de Samotracia. En una mano tenía la doble paleta de una hélice dominadora del viento.

Tres obreros cincelaban la estatua, con verdadera devoción. Aquellos hombres habían contribuido para la forja de la Mujer Alada, desde que se recibió la maqueta del artista, en el acarreo de las barras metálicas, en la construcción de las cajas para moldes, en la mezcla de arcilla y arena para moldear por fragmentos la figura maciza, en la fundición del metal, en el vaciado... Hablaban con cierto orgullo paternal y honrado, deteniéndose de vez en cuando para contemplar las líneas de la estatua. Uno de ellos decía:

—El escultor italiano que hizo la maqueta, no creía que nosotros pudiéramos fundir una pieza de este tamaño, con los elementos disponibles. Cuando la vean ya en su pedestal, muy bañada, con su pátina y llena de luz, nadie se imaginará los trabajos que hemos tenido por ella. Nadie se acordará de nosotros...

Doria se acercó para verlos trabajar. Uno pulía los grandes muslos, otro cincelaba los pliegues del velo, y

el último, con lenta satisfacción, marcaba en las puntas de los senos los minúsculos poros de la piel distendida.

Doría lo vió absorto en su tarea, manejando sabiamente sus herramientas de cincelador, líneas finas, cortas y curvas, y pensaba al ver este rasgo ingénuo de aquel obrero artista, en los obreros artistas que iniciaron el Renacimiento, los Primitivos tanto tiempo desdeñados, que trabajaban el hierro, el oro y el mármol con el mismo entusiasmo simple, libres de la afectación del arte a la moda. En aquella figura de mujer, lo menos atractivo para Doria era el trabajo de escultor que hizo el modelo, reproducción clásica de las Victorias y los Arcángeles antiguos, y aunque no faltaba nobleza al perfil ni naturalidad a los pliegues del velo, creía encontrar gracia únicamente en el símbolo de la hélice, en el impulso de las alas, y en aquel milagro artístico de los obreros que habían labrado con sudor y con sangre los menudos cañones de las plumas, los hoyuelos de los brazos y de la espalda y el relieve de los pezones fecundos.

Lo sorprendió la llegada repentina del Coronel Jefe del Departamento, y apenas pudo balbucear excusas por no haber saludado con oportunidad. Tal vez la expresión de su cara juvenil, realzada en aquellos momentos por el entusiasmo y las evocaciones artísticas, descubría la nobleza de su espíritu y de su corazón. Tal vez el aire de la mañana o alguna satisfacción íntima tuvieran parte en la benevolencia del joven Coronel. Para Doria lo mas importante fue que pudo aprovecharse y dar explicaciones, que fue oído y obtuvo la autorización que deseaba. Antes de salir, miró con cierto agradecimiento a la Diosa del Aire, con algo de supersticiosa devoción.

Atravesó a pie el Bosque de Chapultepec, dominando difícilmente sus ímpetus de correr y saltar, excitado por el aire puro y el perfume tenuemente selvático, que le

recordaba aquel gran aire de las sierras, aromatizado por la resina.

—¡Encontraré a Téllez y a nuestro avión! Encontraré a Marina y le diré...

El atractivo de buscar las huellas de su capitán, se confundía en su pensamiento con la idea de buscar a Marina, y los dos anhelos reunidos se estimulaban mutuamente, formando un solo impulso, caldeado con fiebre de juventud y ansia de moverse y de vivir.

—Encontraré a Marina. Ella quería saber cómo es México. Yo se lo diré.

Miraba con tenacidad todos los panoramas, desde la ventanilla del tren que lo condujo hasta el centro de la ciudad, como si quisiera grabarse hondamente los paisajes, el aspecto de las gentes y de las cosas, compensar en unas cuantas horas la inercia de sus sentidos, que no habían sabido en que sus nervios se calmaron por la fatiga, y todo lo que veía se le figuraba contemplarlo por vez primera, pensando la impresión que tendría Marina cuando lo escuchara. Y hasta se permitía hacer algunos preparativos mentales:

—Le diré... le diré... En una ciudad muy grande, Marina, muy grande. No está sumida como estas poblaciones de la sierra, entre montes quebrados, sino extendida en un valle y rodeada de llanuras verdes y de lagos. Como el suelo es flojo, las casas no tienen muchos pisos, ni las bohardillas y mansardas que habrás visto en las estampas de Nueva York o de París. Son casas bajas, con azoteas y patios, plazas y portales... De la antigua ciudad fundada por los enemigos de tus abuelos, como diría el terrible Don Salomé, no quedan más que piedras en los museos y recuerdos en los libros. El tiempo ha vengado a tus abuelos, Marina, y los que fueron vencedores de razas, los orgullosos nahoas, han

sido hollados a su vez por otras razas más fuertes, han sido disueltos y empujados por las oleadas cada día más densas y más poderosas de aquellos hombres blancos, anunciados por los profetas de larga vista. El México de los mexicanos está bajo tierra, y sobre las ruinas del Templo Mayor, sagrario de rojas divinidades, se levanta la catedral de Jesucristo, majestuosa y sombría. La otra ciudad que sepultó a la metrópoli azteca, la capital de la Nueva España, la sede castellana de los virreyes, también se va perdiendo lentamente. Quedan las iglesias, capillas y conventos, las casonas de corredores con columnas, puertas de madera tallada, canales de cantería y muros de tezontle rojo. Es la arquitectura con adornos, que llaman los entendedores, churrigueresca o plateresca, con algo de gótico y algunos detalles de clásico, y que los simples mortales conocemos por estilo colonial o eclesiástico. Ya lo habrás visto en tus libros de geografía y tus estampas. No tiene la belleza tranquila y despejada, que sirve de modelo a través de los siglos, como el Partenon; ni la grandeza material y solemne del Arco de Triunfo de la Estrella o el Woolworth de Nueva York. Son iglesias y casas conventuales, decoradas con un estilo laborioso, historiado, llenas de figuras y de santos, como si los muros y las columnas se llenaran de reliquias y de ex-votos; retablos y hornacinas, escenas del Evangelio, versículos, toda la religión católica y romana, impresa en los muros de piedra mejor que en la carne y en el espíritu. Yo diría que estos adornos recargados evocan la ostentación oriental, adquirida a través de los árabes y de sus nietos europeos los andaluces. Pero ya sean góticos, vándalos o moros, vagamente orientales o fantásticamente mezclados, ya son de México. Son la cara de nuestra primera ciudad, y los afeites europeos y norteamericanos van tapando los atractivos criollos de

la virgen trigueña. Para crecer y renovarse, es necesario morir un poco, y sobre la vieja ciudad española, construida a su vez sobre la ciudad mexicana, crece la más pintoresca metrópoli de América, en pleno trópico y con el clima templado que concede la elevación de la altiplanicie, con barrios de chalets y búngalows y caseríos de adobe, palacetes de mármol y de azulejos y chozas de puro estilo africano...

Casas bajas de muros blancos con ventanas como celosías, patios llenos de sol y de intolerancia, con algarabía de zoco; tiendas que huelen al opio de la chinería; mercados donde los turcos herrantes levantan sus tiendas de baratijas, y los indios que apenas hablan castellano, tienden sobre petates frutas y legumbres; mestizos engañadores como gitanos que ofrecen pájaros maravillosos, con los siete colores del iris, indias de tipo amulatado de comercian con yerbas aromáticas y medicinales.

Y en iglesias, plazas, calles y mercados se confunden todos los tipos de Europa y Asia, como en las ciudades de tráfico internacional Suez, El Cairo, Londres, Alejandría, Hong-Kong, Buenos Aires y demás, la incontable variedad de las razas indígenas, cada una con sus rasgos típicos, llevando en la cara la huella de su origen: los descendientes de tribus nortañas, yaquis o tarahumaras, derechos y altos, la nariz aguileña y el aspecto que denuncia contactos con el piel-roja; los procedentes de la costa del Golfo, marcados en la piel tostada y el pelo crespo, por haberse cruzado con los negritios que importó la bondad de Fray Bartolomé de las Casas; los peninsulares que llevan en los pómulos, la cabeza de planos anchos y la boca delgada, la herencia de sus antepasados mayas; los mestizos del Interior, pálidos y calzonudos; los surianos lustrosos por el fuego

del trópico, terriblemente sellados por el mal del pinto, que les dibuja en la piel paisajes impresionistas...

¡Marina! ¡Marina! Para conocer a México, necesitas verlo con tus ojos. Yo te guiaré por calles y jardines, por los ruidosos laberintos donde el aire es humo y se enredan centenares de automóviles, trenes y coches; por las iglesias de cúpulas incrustadas con mosaicos y azulejos, y los atrios llenos de mendigos; por las grandes calzadas con árboles y palacios; te llevaré a que admires la figura del último rey azteca, flechador del cielo y a la columna que tiene en la cima un hermoso ángel dorado, ¡con las alas abiertas!

Veía la cara de Marina, entusiasmada con la perspectiva de un viaje, con los ojos negros, profundamente sencillos, iluminados por un destello de curiosidad y de ansia.

La hora de tomar el tren y comenzar sus exploraciones, se le figuraba remotísima. Cortó el vuelo de su imaginación al llegar a su casa, y para obtener el consentimiento a la bendición de sus padres, tuvo que disimular un poco, y ocultar sus verdaderos proyectos, asegurando simplemente que tenía órdenes superiores para regresar a Pachuca y buscar a Téllez.

## V

Su primera excursión, después de tres horas de ferrocarril y una noche de sueño ligero en el cuarto de un hotel, fué en busca del Padre Juárez. Salió para Real del Monte en tranvía eléctrico, almorzó poco más de queso, pan y sardinas, en una especie de venta o mesón, pudo tomar a tiempo la diligencia de El Grande, y sin ver el camino, pasando por Omitlán y Velasco, llegó a Huasca, cerca de la noche y se dirigió inmediatamente a la casa cural.

El Padre Juárez apenas se admiró al verlo, como si esperara su llegada muy naturalmente, lo hizo entrar a la salita de su vivienda, y escuchó a Doria que se empeñaba en exponer sus planes y pedir consejo:

Doria.—Padre, no puedo vivir tranquilo sin saber lo que haya pasado a Téllez. Necesito encontrar sus huellas; si ha caído prisionero, salvarlo; si ha muerto, darle sepultura. Necesito recuperar nuestra máquina o saber si fue destruída. Quiero pagar mi deuda de gratitud para Doña Concepción y Marina. Sólo usted puede ayudarme.

El Cura.—Todos esos propósitos son buenos. Pero es preciso empezar por alguna parte. ¿Tiene usted algunos soldados a sus órdenes?

Doria.—No señor, vengo completamente solo. Como usted ve, ni siquiera traigo uniforme, y no únicamente por prudencia, sino porque de hecho, estoy degradado. Nadie tiene confianza en mí, y si no me han dado de baja, ha sido por el testimonio favorable de usted. No tengo más arma que un revólver y veinte o treinta tiros.

El Cura.— Prefiero que venga usted así. Si trajera usted soldados, no me necesitaría. Y hasta suprimiría el

revólver, si en estos tiempos no fuera preciso prevenirse, como dijo nuestro poeta un Santo Cristo y una pistola.

Doria.—Lo que necesito con más urgencia, señor Cura, es reconocer el sitio donde me encontraron. Tal vez puedan hallarse algunas señales de la caída.

El Cura.—Mañana mismo iremos, y si mi sacristán, Juan Mateo, puede abandonar sus trabajos, irá con nosotros. Ahora está muy entretenido con una cosecha de haba o algo parecido.

El conoce mucho mejor que yo todas las veredas. Seguiremos el camino que yo hice aquella noche, rumbo a la casa de Marina, en San Nicolás. ¿No oyó usted decir nada en Pachuca?

Doria.—¿Respecto a Marina?

El Cura.—Respecto a Encarnación y Salomé, que es lo mismo. Porque supongo que no habrán dejado libres a esas pobres mujeres. Si usted oyó decir algo de esos caballeros, sería una buena pista.

Doria.—No me detuve en Pachuca más que para descansar y comer. No hablé con nadie.

El Cura.—Es una lástima. Aquí no sabemos nada con certidumbre. Se dice que esos excelentes bandoleros no se han retirado de sus guaridas por el rumbo de Izatla. Esa región está llena de barrancas y cuevas, y hasta me parece haber oído contar que, en la gruta de Sanctorum, tiene su escondite Encarnación. El comandante de la guarnición afirma que no hay cuidado, porque los rebeldes han huido como de costumbre, con dirección a la Huasteca potosina.

Doria.—Entonces, ¿usted tampoco ha tenido ningún informe?

El Cura.—Nada. No he procurado saber nada, porque sería inútil. Aunque algo supiera, no podría moverme ni nadie me haría caso.

Doria.—Necesitamos buscar, salir...

El Cura.—Mañana mismo. Esta noche es imposible, aunque usted se impacienta. Somos de carne y hueso, mi querido amigo. Usted estará seguramente derrengado, y yo necesito cenar y dormir. Le ofrezco a usted que me acompañe. No tendrá usted chocolate, pero sí buena leche y regular café. En el pueblo no hay restaurant, ni hotel, ni posada alguna, así es que no vale protestar. Tendrá usted que resignarse a mi café con leche y pan blanco, y una cama que arreglarán aquí mismo.

Fueron al comedor, y mientras la criada vieja preparaba un cubierto más, el Padre Juárez se proponía tranquilizar a Doria con palabras sedantes.

—Le extrañará que no se le ofrezca chocolate en casa de un cura. Pero yo soy cura de pueblo, sin prebendas, con parroquia pobre. Además, soy oaxaqueño, y en mi Estado se toma chocolate muy dulce: azúcar y cacao, libra con libra, sin otro ingrediente. No me atrevería a ofrecer a un huésped que llega de la capital, mi chocolate dulzón.

Doria.—Lo que usted muy bueno, padre. Lo que usted me ofrezca será bien recibido.

El Cura.—El chocolate debe ser amargo, según la etimología. Si hay tiempo, mandaré que se haga para usted una molienda especial, al estilo español.

Doria.—Yo me acomodo a cualquier estilo. No se tome usted ninguna molestia por mi... Me apenaría trastornar sus costumbres...

En realidad, la cena no fué tan sobria como dijo el cura, ni tan regalona como es de tradición en las moradas eclesiásticas. Sopa humeante, arroz recalentado, carne bien guisada en salsa verde, y el anunciado café con leche, con el sabor de la leche campesina, gruesa y untuosa, tales fueron los remedios que reintegraron a

Doria su tranquilidad corporal, dándole mayor aplomo y esperanza, más fuerza y confianza en sí mismo y en la suerte. Comprendió que el Padre Juárez quería tranquilizarlo para no discutir proyectos inútiles, forjados por la excitación nerviosa, sino más bien algún plan de campaña, práctico hasta donde fuera posible. Después de algún tiempo de conversación, convino en comenzar sus investigaciones por el sitio donde fué encontrado sin conocimiento y después por la casa de Marina.

Con estos propósitos salieron en la mañana del día siguiente. El Padre Juárez montaba su caballo negro, como si fuera, según su costumbre, a repartir auxilios religiosos, y Doria lo acompañaba, con el aspecto de un hijo de familia que le sirviera de guía para llevarlo a la cabecera de un moribundo. Tomaron por el camino que sale de la población hacia el Poniente, con rumbo al caserío de San Nicolás.

El Cura monologaba:

—No recuerdo con precisión el lugar, porque aquella noche me sentía con fatiga y adormillado. Recuerdo que fué un poco antes de la Cruz Negra.

Como a la hora y media de camino, llegaron a la Cruz Negra. Era una especie de plazoleta informe, un ensanchamiento de la ruta, donde se levantaba sobre un zócalo de piedras, apenas unidas con restos de aragonesa, una cruz de madera ennegrecida por el tiempo y por el humazo de los cirios, adornada por los caminantes con flores silvestres. Más lejos, el camino se internaba por el bosque de oyameles, y la sombra de los árboles fomentaba la humedad de la tierra, hacía crecer de un lado a otro los grandes helechos de hojas rizadas, y el musgo entre las piedras de las pendientes. Por la hojas secas se oía la fuga de los conejos y las ardillas, y el rostro de los animales rampantes.

—Por aquí fue... no... por aquí... un poco más adelante.

El Padre Juárez vacilaba, y Doria no tenía más indicio que la tubería de madera, hecha con troncos acanalados. Al fin llegaron a un sitio que les pareció era el que buscaban, y bajaron de sus cabalgaduras. Doria encontró muy pronto, junto al camino, el pequeño acueducto.

—Este es el sitio, padre. Por aquí llegué arrastrándome, muriéndome de sed, y encontré esta canal helada. Ahí recobré el conocimiento, después de la caída. No pude haber caminado mucho...

Se puso a recorrer las cercanías en todos sentidos, pero seguramente la humedad, el rocío, las lluvias o el viento habían borrado todas las huellas. Yervas y arbustos, troncos que no descubrían la menor albura de un araño o de una señal, lentos hilos de agua y rumores de animalillos invisibles, eso era todo. Doria comenzó a sentir la impaciencia febril de un exasperado, y se internó en el bosque, más tupido mientras más lejos del camino. Tenía algo de cólera infantil y de locura de hombre, gritando:

—¡Téllez! ¡Mi capitán! ¡Téllez! ¡Juan Téllez!

Su voz no encontraba ni el eco de los espacios sonoros, y se moría como en un salón encortinado. La memoria batallaba por reconstruir las escenas de la noche fatal, y no le venía más recuerdo que el golpe sentido junto al hombro, cuando se inclinaba desde las alturas, gritando el nombre de Guynemer. Después, nada; sombras y grandes zumbidos, un vacío negro, infinito, mortal.

Suponía que Téllez tuvo que aterrizar por fuerza, obligado por algún tropiezo de la máquina, por un viento imprevisto o por cualquiera otra circunstancia difícil de adivinar. ¿Y después? ¿Por qué había despertado

sobre la hierba, solo, herido y abandonado? ¿Al bajar sufrió Téllez algún accidente? ¿Habría sido víctima del aire o de la tierra, de las bestias o de los hombres? Por aquéllos rumbos las únicas fieras de gran alzada eran los hombres. Los tigrillos, los gatos monteses, los coyotes famélicos, no son temibles en combate singular. Pero un herido desfalleciente, puede ser víctima hasta de los torvos pájaros de presa o de las víboras ondulantes. Doria se acordaba con terror de haber oído relatar la muerte de un hombre, picado por una culebra llamada de naboa “palancacoate”, o sea, culebra podrida, mucho más terrible que la víbora de cascabel, porque tiene apariencia de carne llagada y produce una gangrena incurable y rapidísima. Se estremecía con el rumor de la hojas secas, y caminaba más deprisa, ya casi sin ver y sin atreverse a gritar. Volvió desalentado junto al Cura, y siguieron su camino. Mientras continuaban rumbo a San Nicolás, Doria decía:

—Es inútil seguir aquí. Se han borrado todas las huellas. Pero un hombre no puede perderse, como tragado por el bosque. Alguien lo habrá visto, algún cazador, algún carbonero, algún bandido. Yo necesito hablar con la gente de los pueblos cercanos. Necesito buscar... buscar...

Su compañero lo escuchaba en silencio, con la esperanza de encontrar algún indicio más adelante. El camino descendía sin cesar, primero en línea recta, después quebrándose en zigs-zags que se iban repitiendo con frecuencia. El descenso era tan notable, que el ambiente, las plantas, y el suelo mismo, denunciaban los efectos de un clima tranquilo.

Llegaron al sitio donde en otro tiempo estuviera el pueblo de San Nicolás, sin más apariencia de casa apenas habitable que la improvisada por el padre de

Marina, varios años antes. Aquello no era más que la ruina de una ruina. De las antiguas construcciones no quedaban más que muros de un palmo sobre la tierra, unos cuantos metros de pared en equilibrio, sombras de calles, esbozos de plazas, las reliquias de una fuente. Doria no había llegado a ver por fuera la casa de Doña Concepción, y no podía creer que el asilo donde volvió a la vida y donde sintiera tan profundas emociones de paz, de ternura, de espanto y de furor, se hubiera convertido en cuatro paredes con restos de techo, picoteadas por las balas, resquebrajadas y negras por el fuego, con las ventanas sin rejas como bocas sin dientes, asaltada, incendiada, saqueada y abandonada.

Y sin embargo, por la chimenea torcida y a punto de caer, brotaba una pobre columnita de humo. Los dos caminantes dejaron sus caballos sujetos a un árbol, y se acercaron silenciosamente a la casa. Doria sentía su corazón latir como en los días de grandes emociones: cuando voló por primera vez, cuando su madre estuvo a punto de morir, cuando empujó la puerta en aquella misma casa, justamente a tiempo para ver a Marina arrebatada por unos brazos negros y diabólicos. Un nombre le subía hasta los labios, entrecortado por el golpeteo ansioso de su corazón:

—¡Marina!... ¡Marina!

Llegaron hasta la puerta y se detuvieron azorados. En lo que fue cocina, sobre los restos del bracero, ardía una fogata de leña menuda, y en el comal improvisado con un trozo de hoja de lata, se tostaban las más rudimentarias tortillas de maíz, gruesas, toscas, amarillentas y martajadas. En un rincón, entre ayates, trapos y mantas, tres o cuatro niños dormían apretados, como en gusanera. Una vieja cuidaba el fuego, sentada en cuclillas. Se volvió sin gran interés hacia los recién

llegados, y se incorporó penosamente, luchando contra la fatiga de los años y de la miseria. Era una pobre India otomí, que sólo mascullaba unas cuantas palabras de castellano. A las preguntas de Francisco Doria, más bien contenido que secundado por el Padre Juárez, no respondía más que con vagos murmullos. Distinguió el aspecto sacerdotal del Cura, y se adelantó a besarle la mano, con balbuceos más calurosos:

—Padrecito... Padrecito de Tata Dios... Shadí... Shadí...

Lo que podía suponerse, era sencillamente que alguna familia de indios errantes, al pasar frente a las casa, todavía caliente por el incendio, saqueada y solitaria, había querido aprovecharse de aquellos despojos, y se había instalado sin más trabajo que entrar.

Un chiquillo que venía de merodear por el bosque, aumentó muy poco la información de la abuela inválida. Más bien que una familia, era una especie de tribu, tres generaciones de una familia, todos conviviendo en promiscuidad, sin cuidarse de parentescos ni de contactos incestuosos, en una horrible inocencia, libres de toda ley. El chiquillo pudo explicar que los hombres de la tribu, habían sido obligados unos días antes a unirse con un grupo de hombres armados, sin poder aclarar estas informaciones, y que las mujeres disponibles, capaces de caminar varias leguas al día, se dispersaban por los pueblos próximos, peregrinando con sus cargamentos de yerbas, polvo rojo para teñir, chiles de biznaga, shishi áspero y jabonoso y otras mercaderías naturales que trocaban por restos de comida.

Doria agotó su escasa paciencia, y el Cura sus mañas de pastor, adquiridas en la tarea semanal de adoctrinar chiquillos infieles y montaraces. La especialidad de aquel muchacho era responder a todo afirmativamente, y sólo

parecía redoblar sus afirmaciones cuando escuchaba los nombres de Encarnación "El Cascabel" y de Salomé Canillas.

—Sí... sí... Encarnación... sí.

—¿Han pasado ellos por aquí? ¿Tú padre se fué con ellos?

—Sí... mi padre con ellos.

—¿Llevaban también dos mujeres, como presas?

—Sí... sí... dos mujeres.

—¿No serían más bien cinco mujeres?

—Sí... sí...

Era inútil insistir. Se alejaron y se dispusieron a regresar, mientras la vieja y el chicuelo los despedían con sus murmullos casi irracionales:

—Tegui shadí... padrecito... Tegui shadí...

El camino fue más pesado por la fatiga y la decepción, y las palabras del Padre Juárez, dichas con el mismo propósito que lo animara cuando entretenía con sus pláticas al convalesciente, en los días de su residencia en la casa de Marina, no gozaban en esta ocasión de poder calmante. Decía:

—Estoy seguro de que fue José Salomé el reclutador de otomíes. Ya varias veces he oído, que entre los rebeldes figuran grupos de indios, que sirven de correos, de espías, de animales de carga y de carne de cañón. Cuentan las historias que estos otomíes fueron guerreros, como lo fueron y lo son mis paisanos de la sierra de Ixtlán. Pero cuatro siglos de servidumbre pesan como cuatro inmensas maldiciones de plomo, y ahora apenas sirven para representar con los cabecillas un papel inferior al que hicieron los tlaxcaltecas con Cortés.

Y lo peor de la actual servidumbre, es que se disfraza con dulces palabras. Las leyes de Indias, el gobierno

colonial y la autoridad eclesiástica, son tres cosas que siempre se juzgan reunidas. Así es que yo soy como confesante en causa propia, si digo que todo ello no fue para nuestros indios más que música celestial. Leyes protectoras, encomiendas, reales pragmáticas con espíritu de Isabel y hechos de Alvarado, todo puras letras, humo y retórica.

Y si esto digo como religioso, para que se me conceda fe, como Benito Juárez Hernández a secas, digo también en verdad, que todo esto de reparto de tierras y ejidos, desamortización, comisiones agrarias y fiestas de la raza, son también pura música. Una es música celestial y otra música modernista, poesía clásica y verso libre, todo retórica. Cuando los hombres blancos comienzan a discutir un nuevo modo de redimir a los indios, mal negocio para el indio, esa redención lo dejará con algo menos de tierra y de libertad. Pasan los hombres blancos por el aduar de una tribu de otomíes, que viven como animalitos del Señor, y se llevan a todos los machos servibles. Naturalmente, pronto se desertan y vuelven a sus guaridas. Esos mismos reclutas de Salomé estarán muy pronto de vuelta, para reanudar los tráficos que ahora desempeñan únicamente las mujeres, sin que las predicaciones libertarias puedan siquiera entrarles por una oreja y salirles por la otra, puesto que no saben más que diez palabras de castellano.

Si tengo esperanzas de encontrar muy pronto algún rastro de Doña Concepción y de Marina, o de su amigo Téllez, la debo precisamente a estos indios errantes, que llegan a nuestra población con frecuencia, y conocen la sierra palmo a palmo. No sé si usted tenga calma para esperar un día tras otro, en una población como Huasca, sin saber cuando terminará la espera. Yo tendría mucho gusto en alojarlo en mi casa, por años y felices días, pero

tal vez fuera demasiada quietud para un muchacho que no sólo sabe de automóviles, sino de aeroplanos.

También es cierto que su permanencia en Huasca podría ocasionar sospechas, y hacer más difíciles las investigaciones. Yo aconsejaría una temporada en Pachuca, esperando un aviso mío, excursionando discretamente por otros rumbos próximos, para ayudar un poco a la casualidad. Y tal vez llegará un momento oportuno, y se pudiera cumplir aquella visita que debemos al buen San Francisco, que seguramente no se pudo cumplir la vez pasada, por la prisa de regresar a México. No hay que despreciar al hermanito de Asís porque tenga su casa muy pobre.

El señor Virrey Don Álvaro Manríquez de Zúñiga le dio una morada más amplia, cuando fundó el convento con el nombre del Santo, pero probablemente fue demasiado para el amor de la pobreza, y se fueron cediendo sus propiedades, primero para las ovejas descarriadas, presas en la Cárcel de Mujeres, después, para los corderillos convertidos por fuerza en lobos y atraillados en el cuartel. Ahora no le queda a San Francisco más que su Iglesia obscura, muy alegre cuando repican las campanas y se llena de gente para boda o bautizo, pero muy triste cuando está sola, y nadie se digna a llevarle ni las florecitas de una oración.

Doria escuchaba en silencio, y las predicaciones del Padre Juárez parecían destinadas a igual esterilidad que los sermones libertarios de Salomé a los otomíes. Se avergonzaba de no haber cumplido la indicación de visitar a San Francisco, porque sentía faltar a su espíritu de caballero, leal, grato y cortés, y por la vaga humillación que produce quien adivina un pecado oculto, pero no por delicadezas místicas.

Si alguna tuviera que llegar a doblegarse sinceramente ante la Cruz, no habría sido en aquellos instantes, cuando la rabia le subía a la boca entre amargura de imprecaciones ahogadas. Todavía no se enfriaban los fuegos de la adolescencia, y podía pasar gentilmente de la esperanza a la desilusión, con la naturalidad de un niño. Pero la fatiga corporal y el agradecimiento debido al Padre Juárez, le impedían cualquier contradicción. También se daba cuenta de que los consejos que oía eran los únicos practicables, y tenía que responder:

—Así lo haré, padre, así lo haré. Yo también quisiera pasar con usted unos días, y agradezco todas sus bondades. Pero como usted piensa, creo que me sofocaría en la inacción. Seguiré sus consejos. Haré todo lo que usted dice.

Caminaron en silencio hasta llegar a poblado, y Doria se dispuso a regresar a Pachuca, por el mismo camino que siguiera el día anterior. El Padre Juárez lo hizo esperar hasta el otro sol, y aprovecharon la tarde y las primeras horas de la noche para conversar aún sobre sus proyectos. El Cura prometió escribir y Doria tener paciencia y acudir rápidamente a la primera llamada.

## VI

En tal situación expectante pasaron algunos días. Doria se acordaba de haber sentido la misma impresión de vida inestable y ansiosa, en el breve período que precediera a su vuelo nocturno, cuando se encontró con Téllez, bloqueados por los vientos y las lluvias. Al terminar Octubre, se reproducían las corrientes huracanadas, que al encajonarse en el hoyo que contiene a Pachuca, se convertían en remolinos capaces de levantar y suspender polvo grueso y basuras de mediano calibre. El viento de las tardes azotaba y ofendía como un látigo sucio, y era obstáculo para las conferencias con estudiantes en el Zócalo, al abrigo de la torre cuadrada.



*...al abrigo de la torre cuadrada...*

El aviador emprendía sus excursiones a pie, para caminar con más libertad, siempre con dirección hacia los montes. Trepaba por el camino de El Cristo, y seguía unas veces por el pueblecillo de Zerezo y la Sabanilla, y otras por el camino de El Bordo, hasta cerca de la Estanzuela, observando y acechando, haciendo preguntas a los arrieros y carreros, a los trabajadores de las minas y a los comerciantes menudos que subían y bajaban por las rutas escabrosas. Cuando veía algún indígena del tipo otomí, carbonero de la sierra o vendedor de plantas, aumentaba su interés, pero crecían las dificultades, porque toda la conversación era imposible, y toda pregunta recibida con expresión de ignorancia, de miedo y de encogimiento.

Una mañana, cuando los barreteros y peones subían hacia las minas de San Buenaventura. El Bordo y El Pabellón, se detuvo en la primera curva del camino, al salir de la ciudad, como si quisiera tomar aliento para continuar su marcha. Las neblinas velaban a su alrededor todo el paisaje. Apenas distinguía, mirando hacia abajo, el laberinto de calles y callejas, los contados árboles, las enormes chimeneas de las haciendas de beneficio, y hacia el Sur, el espacio abierto por donde parecían querer escaparse las casas con rumbo a los llanos.

Estaba junto a la orilla del camino, limitada en aquel punto por una cerca de mampostería, como para defender a los caminantes de la abismática atracción de una abra, no sólo fatídica por su profundidad impenetrable, sino por la inscripción que podía leerse sobre la tapia, debajo de una cruz:

Aquí murió Marciano González  
precipitado por su caballo. En...

Subían los barreteros, jadeando por la aspereza del camino de exagerada pendiente, cubierto de guijarros y quebraduras. Casi todos se cubrían con mantas amarillentas y terrosas, y algunos llevaban el sombrero redondo de ala corta, endurecido con brea. Se distinguían los forasteros, inmigrantes de las regiones mineras de Guanajuato y San Luis Potosí, por su lienzo triangular en la cintura, y en muchas caras se veía la huella del terrible mal de las minas, que hincha y reblandece las carnes, y se roba todo color sanguíneo, dejando a los enfermos, como si estuvieran “maduros.”

Un hombre iba cantando, con la tonada quejumbrosa y anhelante que se acostumbra, al trabajar en la perforación de los barrenos, a golpe de marro:

¡Cuela, cuela,  
Cuetito  
Chulo... bonito,  
Agua... Agua!

Camino abajo venían un grupo de indígenas, y Doria se acercó a ellos, procurando no excitar su desconfianza con manera imperiosa. Los hombres llevaban bultos de colorada, y las mujeres cargamentos de shishi, yerbas indefinibles, y bandejas de madera con hormigas de miel. Al principio, Doria fue tratado como si fuera un recaudador de impuestos, pero el más viejo del grupo entendía y hablaba el castellano, y pudo al fin comprender que no había que defenderse de una inquisición fiscal.

- Dime, José, ¿Vienes de muy lejos?  
—Sí señor, de muy lejos.  
—¿Más allá de El Chico?  
—Más allá, sí señor.

—¿No has oído hablar de Encarnación “El Cascabel” y de Salomé Canillas?

El interrogado se detuvo con espanto, y miró con terror para todos lados.

—No sé nada, patrón. De eso no sé nada.

—No te espantes, José. No soy del Gobierno ni te haré ningún mal. Yo me intereso particularmente, por unas mujeres que ha plagiado “El Cascabel”, y por un amigo mío que se perdió entre los rebeldes.

—No sé nada, patrón...

Doria suplicó en vano, y sólo pudo vencer la resistencia pasiva del indio, con el ofrecimiento de unas monedas de plata. El resplandor argentino pareció animar los ojos, intencionalmente entrecerrados. Las informaciones no fueron muy precisas, pero siquiera enseñaron a Doria que el hombre a quien hablaba, era de los reclutas que Salomé incorporaba por fuerza entre sus hordas. Aquellos ojos habían visto a Marina. La habían visto lo mismo que a Doña Concepción, retenida con algunas consideraciones, pero sin libertad. Aunque Salomé intentaba proteger a su hermana y a su sobrina, se veía imposibilitado por el ascendiente brutal de Encarnación. Por algunas medias palabras se podía traslucir, que la conducta de “El Cascabel” se guiaba por intenciones oscuras respecto a Marina. En cuanto al sitio donde pudiera hallarse “El Cascabel”, era imposible saberlo, aunque el informante desertor hubiera querido contarlo de buena fé. “El Cascabel” no dormía dos noches seguidas en el mismo paraje

—¿Y los presos?

—Yo no los he visto. Oí decir que los guardaba en una cueva. Antes mataba a todos los presos. Ahora le gusta pedir rescate. Por la barranca de Izatla hay tres cuevas grandes.

Doria no pudo saber más, y después de que los indios se perdieron de vista, emprendió el regreso a la ciudad.

No quería entregarse a la reflexión, porque solamente con la idea precisa de que Marina estaba secuestrada, y con las garras de “El Cascabel” suspendidas sobre su cuerpo, la sangre le subía en bruscas palpitaciones, y un velo rojo empañaba su vista. Fue inmediatamente a la Comandancia Militar, donde algunas amistades no extinguidas, a pesar de su desgracia, le concedieron atención. Uno de los empleados, Antón de la Garza, le dijo con reserva:

—¿Quiere usted saber algo del “El Cascabel”?

Hay dos versiones, mi amigo. Una para los periodistas y los partes oficiales: “Los rebeldes han sido batidos, escarmentados y dispersos. Unos cuantos hombres huyen hacia la Huasteca, y son perseguidos muy de cerca”. La otra versión es rigurosamente privada: Los señores bandoleros siguen instalados en la región de Izatla, sin que nadie los persiga.

—¿Y si la guarnición más próxima recibiera un aviso oportuno para atacarlos, se negaría a ello?

—Según y conforme. Si el aviso viene de buena fuente, y el combate se presenta favorable...

Si el jefe de la guarnición está disponible...si no hay órdenes superiores en contrario...En fin, si usted tiene interés, se podría hablar con el jefe de la Zona.

—No sólo tengo interés, sino urgencia vital. He buscado las huellas de Téllez y de nuestro biplano, y mi última esperanza es que alguna partida rebelde los haya cogido. También necesito demostrar que mi herida, y mi permanencia en la casa de unas mujeres que me auxiliaron, no son de mi fantasía, y que el Cura de Huasca no declaró únicamente por salvarme. Esas mujeres han sido secuestradas, y todo lo que yo pueda

hacer por ellas, será poco en comparación del servicio que les debo. Yo me comprometo a localizar la guarida de “El Cascabel” y a dar aviso en momento oportuno a la guarnición más próxima.

—Hoy mismo hablo con el comandante militar, y le prometo insistir todo lo que se necesite.

Doria volvió a su Hotel con mejor ánimo, y encontró dos cartas que lo esperaban. Una del Padre Juárez, confirmando los hechos conocidos poco antes por el mismo Doria. Decía entre otras cosas:

“He sabido que Doña Concepción y Marina han intentado varias veces escapar, protegidas indirectamente por Salomé. En cuanto a su amigo, el capitán Téllez, no he podido tener ninguna noticia.

—Puede usted creer que mi intervención en este asunto, en contra de mi estado y mis costumbres, se debe principalmente a la piedad que me inspiran aquellas pobres mujeres, amenazadas por tanto peligro. Conozco a Marina desde muy pequeña, y yo le enseñé lo poco que sabe. Creo haber tenido alguna influencia en que su educación haya sido algo superior al medio en que vive.—Hay algo de paternal en mi angustia por ella.”

La otra carta era de malísima letra, pero de atractivo perfume, y Doria adivinó más que leyó la firma de su pecadora amiga Clara. Modificando fundamentalmente la ortografía, y reconstruyendo ciertas frases, podía leerse lo siguiente:

“Mi adorado Francisco de mi corazón: No creas que haya podido olvidarte por la ausencia tan larga. Al contrario, en los días que no te he visto, me he convencido de que te quiero con locura. He tenido ideas muy extrañas, y hasta he cambiado en mi modo de pensar y de vivir. Si me vuelves a ver, casi no me reconocerás. Hace tres días

que supe tu regreso, por casualidad, y he procurado encontrarte. He ido todas las tardes al jardín de San Francisco, a donde tú ibas con tanta frecuencia, con tu amigo Téllez. ¿Has sabido algo de él?

Perdóname que te escriba, pero tengo muchos deseos de verte. He cambiado de vida, pero sigo siendo la misma para ti. No me niegues el gusto de venir esta tarde al jardín. Te espero. Recibe muchos besos y abrazos de quien te adora.”

El primer impulso de Francisco Doria fue desgarrar la carta y olvidar lo leído. Aquel perfume cortesano, sensual y capitoso, evocador de las pasadas fiestas de la carne, le parecía una frivolidad peligrosa, en medio de las preocupaciones que lo combatían. Pensaba en Marina, rodeada por oscuros peligros, en la misteriosa desaparición de Téllez, en la buena fe del Padre Juárez,



*...he ido todas las tardes...*

en su propia responsabilidad, y creía que la blandura amorosa y la atracción sexual, eran cadena invisible, que le impedirla lanzarse a cumplir su noble deber de paladín quijotesco.

Se propuso rechazar la tentación, hizo votos de firmeza y de castidad, y cuando el sol hubo caído dejando a la ciudad entregada al viento y a la sombra, se dirigió furtivamente, como si huyera de sí mismo, a buscar a la dulce amiga de los brazos acogedores y de la boca generosa. Lo atraía la curiosidad, por aquellas líneas ambiguas: “He cambiado mucho... Tengo ideas muy extrañas... Casi no me reconocerás.” ¿En qué podía haber cambiado aquella lánguida criatura, que no tenía más que sentidos y belleza? ¿Usaría otro perfume? ¿Un nuevo modo de besar? ¿Quería representar alguna escena, imitando a su abuela romántica Margarita Gautier? ¡Cuántas veces habían recitado juntos el soneto maravilloso!:

¿Te acuerdas que querías ser una Margarita  
Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está  
La noche que cenamos, en la primera cita  
De aquella noche alegre que nunca volverá.  
Tus labios escarlata de púrpura maldita...  
Sorbían el champaña del fino bacarat,  
Tus dedos deshojaban la blanca margarita,  
Sí... No... sí... No...

La encontró recatada junto a la penumbra de un arbolillo.

El perfume era el mismo. La opresión de las manos, cálida y mimosa, era la de siempre.

Clara.—Francisco... Francisco... ¡Qué bueno eres! Ya temía que no vinieras. La última vez te separaste de mí con tanta violencia... ¿Por qué?

Doria.—No me acuerdo. Tal vez la prisa por tomar el tren.

Clara.—No sé lo que tenías. Te ví tan excitado, que no me atreví a detenerte. Todo el tiempo que duró tu ausencia se me figuraba verte así, con los ojos brillantes, como si tuvieras una gran inquietud. ¿Me has olvidado?

Doria.—Ya ves que no te he olvidado. Aquí estoy.

Clara.—¿Me querrás todavía?

Doria.—Lo minino que antes.

Clara.—Y antes... ¿Me querías mucho?

Doria.—Más que tú a mí.

Clara.—No me gusta cómo hablas. Tú eras de buen humor, te reías como un niño contento...

Acércate más. Déjame verte los ojos. Vamos, hombre, sonríe como antes. No seas bobo, chico.

Doria.—Ya me sonrío, pero tal vez no pueda hacerlo con toda sinceridad. Hice mal en venir a buscarte, porque tal vez no sea un compañero divertido.

Clara.—¿Crees que yo te quiero para diversión? Te quiero porque me gustas, y nada más. Cuando te fuiste, comprendí que mi cariño era más que locura de un día. Quise olvidarte y no pude. Tú has sido siempre muy bueno para mí, y has tenido palabras muy dulces... No es un capricho, Francisco... He dejado la casa donde vivía, y estoy ahora sola, esperando lo que tú resuelvas. Estoy decidida, esperaré todo el tiempo que tú quieras, para convencerte de que soy tuya, completamente tuya. Me quedaré aquí, iré donde tú vayas, haré lo que dispongas.

Doria.—Clara... excelente Clara, sigo creyendo que hice mal en venir. Tus bromas no me suenan. No puedo ahora seguirte el humor.

Clara.—No es broma, Francisco, te lo juro. ¿Una mujer como yo, no puede hablar de cariño? No quiero

que te rías, como en las juergas de antes. Quiero que te sonrías, para probarme que estás contento junto a mí.

Doria.—Estoy dispuesto a sonreírme, pero por favor, háblame de cosas serias. ¿Cómo está nuestra amiga Rebeca? ¿Y La Paloma? ¿Y el gran pianista Rodolfo, único para rumbas y danzones?

Clara.—Ya te dije que vivo sola. Me haces sufrir hoy, más que cuando no te veía. Has pensado que te quiero sólo para fiestas, como un muchacho alegre y divertido, pero yo veo que tú me tienes para mucho menos aún. Me quieres nada más para...

Doria.—Óyeme, Clara, por favor...

Clara.—¡Déjame hablar! Si te has de ir para siempre, déjame decirte la verdad, aunque duela. Ya me imaginaba que te burlarlas, que te reirías de mí. Pero aunque me hicieras algo más duro, diré lo que siento. Te he llamado, para ver si en tí había un poco más que el cariño de una noche. Ya veo que no me quieres. ¡Vete!

Y como Doria hiciera un movimiento para obedecer y marcharse, la mujer lo detuvo con urgencia, lo hizo aproximarse más y cobijarse en la sombra, y lo estrechó llorando silenciosamente. El joven no era un experto en lances de amor, ni tampoco ingenuo como novicio; algo sabía ya de fingimientos pasionales y de espasmos apócrifos. Pero en aquella noche, la voz de Clara tenía esa trémula veladura, esa aterciopalada ronquera que produce la auténtica emoción. El contacto de los rostros, permitía sentir como rodaban tibiamente las lágrimas. Esta sensación húmeda, los besos empapados y salobres, el estremecimiento de los sollozos contenidos, eran algo nuevo para él, que sólo conocía pasiones de cuarto de hora y amoríos de ventana o de francachelas. Su amor propio, ligeramente infatuado por la savia excesiva de la primera juventud, y la dulzura inesperada de aquellas

caricias dolorosas, se le subían a la cabeza como un licor desconocido.

Había probado antes la excitación dionisiaca de las bacanales, pero no conocía el amor más que la forma primitiva, como la definieron brutalmente los Maestros de artistas, Edmundo y Julio Goncourt: el contacto de dos epidermis. Los últimos sucesos, al llevarlo tan cerca de la muerte y del amor integral, le iban revelando el verdadero sentido de la vida, y refinaban su antigua personalidad de faunillo suelto, anticipándole una especie de gravedad viril. Pero el inevitable romántico que vive en cada corazón adolescente, no había desaparecido, ni el fauno juvenil estaba completamente muerto. Le parecía que al besar el rostro lloroso, besaba en carne viva, y temblaba poseído de una impulsión sensual mucho más honda y terrible, que la causada por los besos instantáneos, nacidos entre risas, locuras, cabriolas y danzas.

Se decía:

—¿Será sincera? ¿Por qué no? Tal vez yo he despertado esta sombra de amor, esta ilusión de ilusión. Por mí ha oído una música nueva. Yo la envenené con locuras de novela y le enseñé los versos que ella repetía sin cesar: “Después, oh flor de historia, llorabas y reías.—Tus besos y tus lágrimas tuve en mi boca yo...” ¿Será sincera?

Y como si el instinto femenino descubriera el punto débil de la coraza, que apenas se iba formando sobre el pecho del joven, aumentó los alardes de su angustia seductora. ¿Era sincera? Quién sabe... Pero indudablemente tenía deseos de ser sincera.

—Oye mi corazón, Francisco, oye cómo late por tí, y comprenderás que no te engaño. ¿Crees que una pobre mujer como yo, no tiene corazón? Oye cómo palpita, por tu cariño. Para que veas cómo te quiero, ya no te hablaré

más de estas cosas, ni lloraré. Ya comprendo que te disgusta oírme hablar de amor, que no tengo derecho para sentir un cariño grande y verdadero. No te pido nada. Pero no te vayas. No quiero que tu me quieras. Pero no me dejes sola. Ven conmigo. No me dejes sola. Mañana iré a donde tú me digas, y no te preguntaré a dónde vas tú. Te esperaré cuanto quieras. Esta noche ven conmigo. Ya no te hablaré de amor. ¡Quiero besarte... quiero besarte!

El oscuro jardín se iba quedando solo, y las pobres plantas, los prados polvorientos y los árboles batidos por el viento incansable, no eran la decoración propicia para un éxtasis pasional. Clara la mala, quería huir cuanto antes del frío deprimente, y del aire libre que es purificador y casto. Había ido al jardín en coche de sitio, y el cochero tenía órdenes para esperarla un poco retirado, cerca de la Escuela de Minas.

—Ven conmigo, Francisco. Ya no te hablaré de mis locuras...

Doria se defendía como un gladiador casi vencido, con moratorias y pretextos:

—Tengo que regresar al hotel. Espero un recado urgente... Asuntos muy graves...

—Pasaremos al hotel. Iremos en el coche y yo te esperaré abajo.

Se acercaron al coche, subieron, y entre tumbos que los sacudían como si fueran una sola persona, por la fuerza del abrazo interminable que los ligaba, llegaron al hotel.

Doria bajó nerviosamente, y al dirigirse a tomar la llave de su cuarto, encontró el recado que realmente no esperaba, y un aviso, más inesperado aún:

—Aquí está un telegrama para el señor Doria. Y allá arriba, en el corredor, unas personas que lo aguardan.

—¿Unas personas? Les dirá usted que no he venido ni vendré en toda la noche. ¿Quiénes son?

—Son dos señoritas. Me parece que una de ellas dijo que venia para algo del capitán Téllez.

Sin abrir el telegrama, como si obedeciera a un ciego impulso, subió las escaleras y llegó al corredor. Las dos señoritas que lo esperaban, sentadas tímidamente en una banca, lo conocían con seguridad, porque desde luego le hablaron por su nombre. El también conocía cuando menos una de aquellas caras femeninas, pero sin poder precisar antecedentes. La que habló primero, tenía mayor aplomo y serenidad:

—Usted no se acordará de mi nombre... Soy Esther de la Garza, hermana de Antón, que trabaja en la Comandancia Militar, le presento a mi mejor amiga, Clara Urbino...

La más tímida era Clara, la otra Clara, Clara la buena.

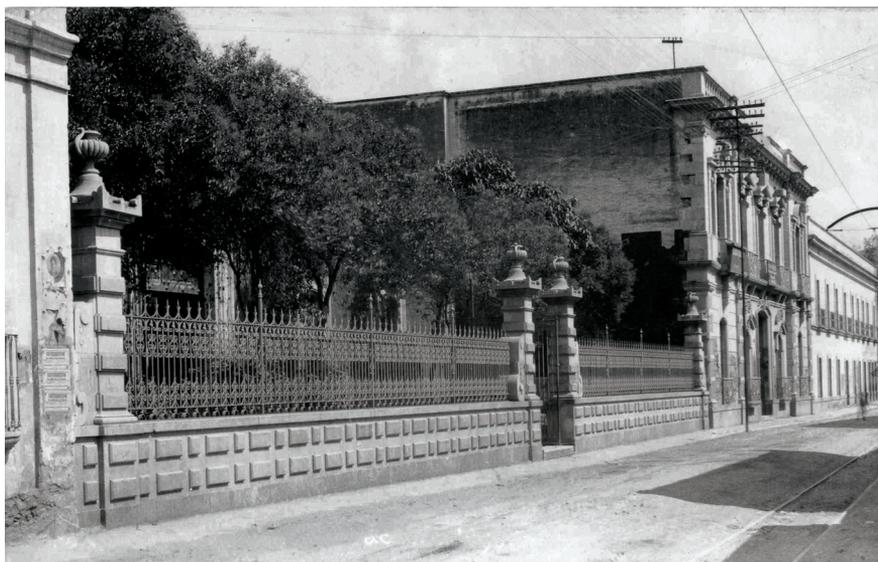
Doria hizo un esfuerzo para sobreponerse al torbellino de sus emociones, y al mirar a la joven que se estremecía de angustia y de mortificación, identificó inmediatamente aquellos ojos, hermanos de otros ojos de infinita pureza, que parecían mirarle con expresión de reproche adolorido. Las miradas de Marina se repetían en los ojos de Clara, como si expresaran igual acusación. Eran los mismos ojos criollos, con esa dulzura fiel y sumisa de nuestras vírgenes, tan fáciles para lucir con el brillo de las lágrimas, y para esconderse bajo los párpados con pudoroso encogimiento, celando el resplandor de la fiebre amorosa.

La señorita de la Garza dio a la situación un amable tono de tertulia, con su canora locuacidad:

—Clara no quería venir, por vergüenza de presentarse ante usted sin conocerlo, y también algo por miedo a

sus padres, que son muy exigentes, muy a la antigua. Yo no sabía que ella tuviera interés por la desaparición del amigo de usted, el capitán Téllez, y cuando esta tarde le repetí una conversación de mi hermano, sobre los proyectos de usted para buscar a su amigo, se conmovió tanto la pobre, que no pudo callar y me contó su angustia. Por lo que oí a mi hermano, y lo que ella me contó después, parece que hay algunas esperanzas. Yo pensé que era posible hablar con usted. Ella tenía miedo. Yo le he dicho que usted era una persona excelente, todo un caballero, según mis referencias.

Doria.—Muchas gracias, señorita. Ojalá que pueda usted confirmar su opinión. Me honra mucho conocer formalmente a la señorita Urbino. Y digo formalmente,



*...cuando pasaba con mi capitán Téllez por las calles de Hidalgo...*

porque de vista ya tenía el gusto de conocerla, cuando pasaba con mi capitán Téllez por las calles de Hidalgo,

rumbo a la Estación. Hubiera deseado verla antes, pero no he tenido oportunidad. Además, como yo he sido acusado falsamente, o cuando menos se han tenido sospechas de que yo fuera responsable por la pérdida de Téllez, y tal vez la misma señorita Clara llegó a oír y creer esas infamias, sólo quería hablar cuando mi vindicación fuera completa.

La señorita de la Garza.—¿Se ha dicho algo de eso?

Clara Urbino.—Es verdad. Algunas gentes murmuraban del teniente Doria. Yo nunca lo creí, porque sabía el cariño de Juan... del capitán Téllez para su compañero, y la confianza que los dos se tenían. Era imposible semejante traición.

Doria.—Y sin embargo, la última vez que vi a usted, en su ventana, me pareció adivinar en sus ojos la misma acusación. Al imaginar que usted también sospechaba de mí, sentí un dolor más grande que cuando me hirieron, allá arriba...

Clara Urbino.—Comprendió usted mal. Nunca he creído que usted fuera traidor, ni capaz de hacer ningún daño a un amigo que tanto lo quería... que tanto lo quiere, porque yo me niego a imaginar otra cosa.

La señorita de la Garza.—Vive, vive... estoy segura.

Doria.—Yo tengo esperanzas, y siempre las he tenido, aunque sin prueba. Es mi intuición, es mi deseo, es mi fe. He recorrido los sitios donde pudiera encontrarse el biplano caído. No he descubierto nada, ni nadie ha podido decirme que haya visto algo. Tengo informes de los campos rebeldes, y ninguno menciona la muerte de Téllez. Pero yo no quisiera causar a la señorita Urbino una decepción peor. Mis esperanzas son tan vagas...

Tengo tan pocos elementos, puedo hacer tan poco, que a veces me canso, me desaliento...

Clara Urbino.—No debe usted pensar así. Si me he atrevido a venir, fue precisamente para darle ánimos, para suplicarle, para estimularlo y aumentar sus esperanzas.

La señorita de la Garza.—Clara se empeñaba en ocultar algo que puede ser muy importante, por miedo a que fuera casualidad o burla.

Clara Urbino.—Es verdad, no quería decir nada. Pero con el señor Doria siento la misma confianza que le tenía el capitán Téllez. Estoy segura de que sólo usted, después de Dios, puede ayudarnos. Mire usted esto.

Y mostraba un papel arrugado, una hoja incompleta donde se leían estas palabras, escritas con lápiz: “No te olvido.” La escritura era muy parecida a la de Téllez, según los recuerdos de Doria y el testimonio de Clara la buena, confirmados por el peritaje telepático de Ester de la Garza. Clara había recogido aquel papel dos días antes, a las doce, en pleno sol. Había oído llamar a la puerta de su casa con toque discreto de mendigo, y salió sin prisa. Abrió, no encontró cerca a nadie, creyó haber soñado, y al cerrar, vió el papel caído. Lo tomó para leerlo, y al reconocer el carácter de letra, no supo si gritar o sollozar, con rabia y desfallecimiento a la vez, sospechando una burla o una casualidad inaudita.

Al levantar entre sus manos el misterioso mensaje, para acercarlo a la luz, se acordó Doria del telegrama, que inconscientemente había estrujado, con intención de ocultarlo y abrirlo después. Tuvo un presentimiento, y rasgando la cubierta amarilla, leyó: “Urgentísimo venga inmediatamente. Amigos nuestros muy próximos.—Si es posible avise autoridad militar.—B. Juárez Hernández.”

El telegrama había sido remitido tres horas antes, y entregado en el hotel, mientras Doria desfallecía bajo el

encanto perverso de Clara la mala. Con este pensamiento, sintió el joven que un profundo temblor le sacudía las entrañas, como si toda su sangre y todas las fibras de sus nervios se encabritaran, por la presencia invisible de un peligro. ¡Haber estado cerca de la meta, próximo a coger la cuerda salvadora, casi oyendo las imploraciones de Marina, y la voz firme de Téllez, y despreciar los auxilios de la suerte por un beso amargo y venenoso!

Clara.—¿Una mala noticia, señor Doria?

Doria.—No... es decir... Creo que será una buena noticia, si aún es tiempo.

Ester de la Garza.—¿Es algo personal?

Doria.—No, es otro indicio... otra esperanza. Por el papel que dice: “No te olvido”, tengo la completa seguridad de que mi capitán Téllez no ha muerto, y por este mensaje, si puedo salir inmediatamente, se abre la única vía posible de salvación. Si Téllez vive, estará entre los rebeldes, ya sea como prisionero, o confundido entre ellos para salvar la vida. Necesito salir inmediatamente. Necesito ir a donde me llama este aviso, localizar a los rebeldes, hacer que la guarnición más próxima me ayude, y salvarlos.

Ester de la Garza.—¿Salvarlos?

Doria.—Sí, salvar a todos los prisioneros. Tal vez los rebeldes piensen atacar algún poblado esta noche.

Clara.—¿Dice usted salir inmediatamente? ¿Cómo y a dónde? No es hora de ningún tren.

Ester de la Garza.—¿Podría usted ir en coche o en automóvil?

Doria.—¡Imposible! ¡Imposible! Necesito caminar más de siete leguas. No sé qué hacer...

Yo buscaré un caballo, un guía... Los trenes eléctricos ya no corren a estas horas para Real del Monte. De todos modos, iré.

Clara.—¿Me promete usted avisarme, mañana mismo?

Doria.—Mañana es demasiado pronto. Pero seguramente mandaré noticias para ustedes, apenas pueda.

Ester de la Garza.—¿Saldrá usted esta misma noche?

Doria.—Sí, señorita. Si es necesario, pediré ayuda en la Comandancia Militar, y creo obtendré un mal caballo y dos o tres hombres de escolta.

Ester de la Garza.—Si podemos ayudarle en algo...

Doria.—Muchas gracias. No tengo grandes preparativos que hacer. Dentro de cinco minutos estaré listo.

Ester de la Garza.—Entonces, adiós, y buena suerte!

Clara.—Que Dios lo acompañe, señor Doria. No se olvide usted de mí. ¡Adiós!

Salieron tratando de ocultar sus rostros como doncellas árabes, con los pliegues del velo obscuro hasta las sienas. Doria las siguió con la vista, y súbitamente pensó en el efecto que podrían causar a Clara la mala, olvidada en el coche de alquiler, aquellas dos siluetas femeninas y jóvenes. Antes de que reflexionara cómo eludir un conflicto posible, un criado del hotel subió con un recado.

—Dice la señora Clara que está esperando. Que si no baja usted luego, ella tendrá que subir.

El criado indudablemente la conocía, y transmitió el ultimátum con seriedad de embajador. Para evitar un ruido, y resuelto a conservar su firmeza, Doria bajó inmediatamente, y encontró a Clara la mala llena de impaciencia, pero no rabiosa, porque no había relacionado la presencia de la otra Clara y de la señorita de la Garza, con la morosidad de su amigo.

Clara la mala.—¡Vaya una correspondencia que has despachado, chico!

Doria.—Sí; he recibido una carta... Y un telegrama, muy urgente, por cierto. Tengo que salir inmediatamente.

Clara.—¿Estás loco? Salir de la ciudad, a estas horas... Vamos, hombre, sube conmigo y vamos a mi casa.

Doria.—Es imposible. Tengo que ir a la Comandancia Militar para un asunto del servicio.

Clara.—No seas malo, Francisco, tú me engañas. Tienes algo que me ocultas. Acuérdate que hace poco me prometiste acompañarme hasta mi casa. Cumple tu promesa, y ya no te diré más. Es cuestión de unos cuantos minutos. Me das un beso y luego te escapas. Ya sé que no saldrás de la ciudad, porque es imposible. Pero irás a donde quieras y no te diré una sola palabra. Voy a ser contigo como no he sido con nadie, tan débil y complaciente como una mujer honrada, como una esposa.

Lo atraía por el brazo y suavemente vencía su resistencia, mientras él imaginaba que la dominaría, y que haría de ella lo que quisiera, sin más condición que acompañarla unos minutos más. Y en el coche, ella se retiró hasta el extremo del asiento, y siguió hablando con dulzura, tal vez con sinceridad:

—Te quiero demostrar que he cambiado verdaderamente. Ya no podré ser una mujer de buena fama, pero si tú quieres, puedes hacer que sea una mujer tranquila. He vivido como una loca, como una ciega, como una delirante, y tú puedes salvarme. Me has conocido en los momentos de mayor alegría y en los ratos de cansancio y de tristeza. Tú me has dicho algunas cosas muy hondas, y por ti he comprendido que tengo corazón. No me abandones ahora. Me has hecho comprender que mi vida es perversa, que mi alegría es

falsa, que no tengo más porvenir que el hospital o el asilo. Si tú me dejas, haré mas locuras que antes y seré más mala y más ciega. Tú ya sabes entre nosotras cómo se busca el olvido y el descanso, con drogas horribles, con alcohol, con delirios...

Doria oía estas palabras, reflexionando al mismo tiempo sobre la manera de salir lo más pronto posible. La voz cadenciosa y humilde le llegaba como en sueños, y por un desdoblamiento de la personalidad, escuchaba y atendía casi serenamente.

Reconocía haber estimulado en su alegre compañera, pensamientos románticos de amor y redención, con las promesas de un cariño más grave y más íntimo. El mismo había creído posible despertar en aquella mujer extraviada por el destino, los sentimientos blancos que todas las mujeres guardan profundamente, aun en medio del vicio. Las palabras que escuchaba en aquellos instantes, no eran más que un eco y resumen de sus pasadas predicaciones sentimentales, cuando se complacía en representar con Clara los lances de una novela rusa a la manera de Tolstoi o Dostoyevski. Tal vez, si no le hubieran sobrevenido los sucesos rápidos y emocionantes que desviaron el curso de su vida, tal vez la belleza caliente, la brillante alegría de pájaro y la dulzura generosa de Clara la mala, lo hubieran excitado a continuar su aventura tejida con sensualidad y romanticismo, hecha de carne y de sueño, de vino y de juventud.

Clara la mala representaba para él toda su vida anterior, tan ligera como si caminara sobre nubes, sin responsabilidades ni deberes ceñudos, sin sangre y sin dolor. Y mientras ella seguía siendo la tibia amante con los brazos abiertos, él se había llenado el espíritu de nuevas cargas, y sentía la opresión de nuevas ligaduras.

Desde algunos días antes, el grito que le venía espontáneamente a la boca, en todos sus momentos de excitación o de abatimiento, el grito que unas veces dejaba salir valientemente, y otras sofocaba como si cometiera una profanación, el nombre que le servía de consuelo y exorcismo, de imprecación, de suspiro, de oración y de beso, era el nombre de la doncella rústica y auxiliadora.

Por eso en aquella hora de tentación, al sentir que el hierro incipiente de su voluntad se iba doblegando como si estuviera sometido al calor de una fragua, se repetía muy adentro el nombre mágico.

—¡Marina!... ¡Marina!...

Y un eco interior, una voz remotísima, reproducía largamente la imploración:

—¡Marina!... ¡Marina!...

El nombre puro no salía de los labios, y el eco se iba perdiendo como en profundas concavidades, mientras el canto de la sirena resonaba con elocuente melodía, y las manos, la boca, los ojos, toda la carne perfumada, temblorosa y magnética, despertaban al faunillo después de embriagar al romántico, y engañaban sus sentidos con la hechicería una alucinación.

Llegaron a la casa de Clara, bajaron del coche y entraron cogidos del brazo, como amantes felices. Doria se detuvo en medio de la salita, y su amiga lo miró tristemente:

Clara.—Ya has cumplido tu promesa. Ahora, un beso, y vete.

Doria.—Me duele dejarte sola, pero es preciso.

Clara.—Está bien, puedes irte. Sé muy bien que me engañas, pero no te rogaré más.

Doria.—No te engaño. Te juro que necesito salir de la ciudad con toda urgencia.

Clara.—Ya te dije que no te rogaré... ¿a dónde puedes ir a estas horas?

Doria.—Yo mismo no lo sé con seguridad. No sabría decírtelo.

Clara.—No sabes disimular, Francisco. Tú tienes algo más grave. Desde la última vez que saliste para México, te leí en los ojos una preocupación.

Yo siempre quise que nos fuéramos acercando el uno al otro, y lo estaba logrando. Aquel día comprendí que algo oculto nos comenzaba a separar. Tal vez por eso mismo creció la maldita locura de quererte. En fin ahora comprendo que es una locura; que tu última fineza para mi, es disimular otro cariño que tienes, y despedirte con suavidad. Muchas gracias.

Doria.—No seas tonta, mujer. Son asuntos del servicio. Ya sabes lo que me preocupa la desaparición del capitán Téllez. Tengo esperanzas de encontrar esta noche alguna huella. Volveré muy pronto.

Clara.—Vuelve cuando quieras... Vamos, te ofreceré como despedida, para brindar por tu regreso, las últimas gotas de esta botella. Será la verdadera copa del estribo.

No se podía esquivar el cumplimiento de aquella última ceremonia, y bebieron en la misma copa el vino color de miel. Después, un beso profundo.

Clara se despedía de un ensueño, porque su instinto de hembra adivinaba la transformación del adolescente que se iba haciendo hombre, y a su vez Doria comprendía que aquel beso era un adiós para su antigua existencia libre y desenfrenada. Otro sorbo de vino, para consumir la ceremonia báquica y sensual. Las últimas gotas de la botella se multiplicaban prodigiosamente. Clara quería alargar el instante definitivo de la separación, y se puso a preparar un cocktail, una especialidad

suya, recordándole que otras veces ella misma fue para él cantinera y escanciadora. La famosa bebida era una combinación infernal, verde y con olor a menta, turbadora y afrodisiaca. Doria bebió con miedo una copa, y después otra, a fuerza de besos y abrazos serpentinos. Su voluntad hizo un esfuerzo para enderezarse como una lámina de acero, y al ponerse en pié y sentir que su cuerpo vacilaba por las emociones de todo el día, por los venenos materiales y morales, por la sobreexcitación de los nervios, la fatiga y la ansiedad, le subió a la cara una especie de vergüenza rabiosa, y como si quisiera escapar de sus propios reproches, bebió más vino y más besos, hasta comenzar a perder la conciencia de su personalidad.

Vivió en una hora toda la existencia de placer y de espanto, sintió espasmos como espinas y ráfagas de remordimientos, llegó hasta los turbios linderos de la locura, y lo rozaron negros aletazos, al iniciar su caída en la inconciencia. Clara lo vió con terror cuando se escapaba de sus brazos, con los ojos dementes.

Ella siempre lo había conocido desbordante de alegría en las horas dionisiacas, y no esperaba que el vino fuera para él más que una especie de aperitivo. Pero aquella noche parecía un hechizado, y en vez de cantar o reír, murmuraba cosas incoherentes, se agitaba, se estremecía de furia de pavor:

—Mis alas... mis alas... Me han cortado las alas... Soy como una bestia de la tierra, como un gusano. No puedo ir, mi capitán... Estoy como sumido en tierra fangosa... no puedo moverme... ¡Adelante!... ¡Valor!

De repente abrió los ojos más aún, y se quedó como si viera un espectáculo tremendo, con la mirada fija, clavada en el espacio. Todo su cuerpo parecía combatido por el ímpetu de correr y la impotencia de moverse. Temblaba

hasta entrecuchar los dientes y la cara se le cubría de sudor. El hondo grito que parecía como suspenso en sus labios, brotaba al fin entre murmullos y sollozos:

—¡Marina!... ¡Marina!... Sálvala tú, mi capitán! ¡Sálvala tú, que puedes volar!... Vuela con ella... Mira que ya la cogen los brazos bestiales! ¡Adelante, Juan Téllez! ¡Arriba y adelante!... ¡Guynemer!

Luego se quedó en silencio, respirando ansiosamente, con todo el cuerpo contraído. Su imaginación desarreglada seguía contemplando algún desfile de sombras y visiones, y de repente, como si obedeciera a una voz de mando, se puso en pié, derecho y pálido, esbozó un saludo militar, se acercó a la puerta y la abrió para salir. Clara quiso detenerlo, asustada y mimosa, pero él la apartó serenamente, recogió en la sala su sombrero y su abrigo, y sin hablar llegó a la calle, caminando derechamente hacia su hotel. El frío de la alta noche y el movimiento de sus pasos, que resonaban secamente en la soledad, le devolvieron poco a poco su juicio. La enorme fatiga no le permitía analizar detalladamente sus ideas y su situación. Cuando llegó a su cuarto, a las tres de la mañana, se desplomó en el lecho sin desvestirse, y descansó dos horas, sin dejarse vencer por el sueño, a costa de una intensa contracción de la voluntad. Al amanecer, se levantó, se lavó ampliamente con agua bien fría, llamó a un criado para que le subiera algún alimento, y después de una visita a la Comandancia Militar, salió en el primer tren eléctrico para Real del Monte. En este pueblo se dirigió al jefe de la guarnición, que ya tenía aviso telefónico para proporcionarle cabalgadura, y siguiendo el mismo camino que recorriera en días anteriores, tomó la ruta de Huasca.

Los efectos del trastorno pasado, unidos al

remordimiento que le iba causando la plena conciencia de su situación, le hicieron sentir más largo y tedioso el viaje. La boca seca y amarga, los ojos escaldados, la cabeza como hueca y sensible, el estómago comprimido, el sol a plomo y los pensamientos grises, aumentaban su desaliento y su quietud. El paso de su rocín flacucho le parecía muy lento, al pensar que le faltaban por recorrer más de cinco leguas, y se le figuraba ligerísimo, al considerar que tendría que habérselas con los ojos sencillamente escrutadores del Padre Juárez.

Los paisajes, que en otras ocasiones asociaba sin querer a todos sus estados de alma, no le causaban aquel día más que una impresión penosa. Las colinas eran obstáculos para caminar en línea recta, y pretextos para cortar senderos a tajo, con subidas y bajadas. Los arroyos ahondaban sus cauces sin objeto y distraían al caballo medio muerto de sed. Los insectos rezumbaban en el aire como si dieran consejos o soltaran murmuraciones.

El sol quemaba. No eran dignos de verse los huertos de Omitán, con sus manzanos que se asomaban por encima de los muros, ni los jardines de Velasco, donde las rosas innumerables se deshojaban entre la frescura y la soledad.

Y así como cerraba sus ojos para la perspectiva exterior, se esforzaba en no ver dentro de sí mismo. No quería recordar ni reflexionar. No estaba dispuesto a la contrición ni a la atrición. Mientras no supiera los resultados materiales de su falta, no quería erigirse en tribunal de sí mismo. Tal vez no hubiera pasado nada... ¡Adelante!

Poco después del mediodía, vio al fin los acantilados de Las Navajas, y el caserío de Huasca, la antigua Huasoazoloya, peleada a muerte con la etimología de su nombre, porque no es ni “lugar de aguas” ni “sitio

de alegría”, sino manso y pobre pueblo, con su iglesia blanca, sus calles llenas de polvo, su plaza y sus portales sombreados. Dejó su caballo en el mesón, y se fue inmediatamente para la casa cural.

Lo recibió la criada vieja, y lo hizo pasar a la salita, indicándole que el señor cura estaba en aquellos instantes muy ocupado. No pudo sentarse en el sofá, de tapiz gastado y obscuro, porque la inquietud se lo impedía. Las piernas amortecidas le reclamaban un poco de movimiento, y se puso a caminar los diez pasos que media la sala de un extremo a otro, componiendo la expresión de su cara, para simular serenidad frente al sacerdote. Al acercarse a la puerta interior, oyó el acento de una voz conocida, que se elevaba agudamente, como en un acceso de aflicción.

¡Aquella voz! Era como un reflejo de la voz de Marina, con tonadas campestres y escolares, pero en aquellos momentos descompuesta por una indefinible sofocación.

Salió el cura violentamente, y tuvo que detener al joven, que ya se precipitaba hacia adentro:

—Espere usted... Necesito explicarle...

Doria. —¿Es Marina? ¿Qué tiene?

El Cura. — No; no es Marina.

Doria. —Entonces... esa voz...

El Cura. —Es Doña Concepción. Las dos iban a escaparse anoche, ayudadas por Salomé. Yo supe por Juan Mateo, mi sacristán, que los rebeldes se acercarían a este pueblo la noche pasada. Juan Mateo cultiva un terreno cerca de la laguna de Tezahuapa, y para poder levantar su cosecha, necesita entrar en arreglos con los facciosos. Aprovechando estas relaciones, supo que Encarnación “El Cascabel”...

Doria.—Dígame usted, señor Cura, ¿Marina está en poder de Encarnación?

El Cura.—Hasta anoche, sí. La madre y la hija estaban en su poder, y ya el ogro habría devorado su presa, a no ser por las consideraciones que ha insistido en obtener Salomé, con riesgo de una ruptura sangrienta.

Doria.—¿Y Marina?

El Cura.—No hemos perdido aún toda esperanza. Doña Concepción cree que su hija también pudo escaparse de las garras de “El Cascabel”. No me ha podido explicar los sucesos con claridad, porque está muy excitada y afligida. Necesita descansar, y por eso vale más que usted no entre a verla. Siéntese aquí, y déjeme contarle cuanto ella me ha dicho, y lo que yo he descifrado entre sus sollozos. Tenga usted un poco de paciencia. Cuando “El Cascabel” secuestró a Doña Concepción y a Marina, engañando primero a Salomé, y después forzándolo a consentir, parece que ya tenía algún propósito ambiguo en contra de Marina. Ya sea porque la conociera desde antes, o porque el atractivo de la juventud despertara la codicia del macho salvaje, parece que el bandolero pretendió dárselas de galán, y hasta habló de matrimonio o algo por el estilo, ofreciendo que iría con Marina al poblado más próximo, y haría que el Juez y el Cura, reducidos a la obediencia con cien rifles, consagraran semejante unión. Tanto Doña Concepción como Marina, se indignaron y Salomé acabó por desafiar abiertamente al bandido.

Los dos cabecillas tenían a sus órdenes inmediatas algunos centenares de hombres cada uno, que les obedecían personalmente. “El Cascabel” es un bandido profesional, antiguo salteador de caminos, preso por asesinato y fugado en algún tumulto, que se hace llamar rebelde cuando le conviene, pero no reconoce

autoridad, ni bandera política, ni plan revolucionario, ni ley ni Dios. Sus mesnadas son dignas de él. Salomé ya se iba acomodando sin sentirlo en esta escuela, y aunque al principio comenzó sus correrías como rebelde romántico, la realidad lo desilusionaba poco a poco.

Tenía un nombramiento de General de Brigada, expedido por no sé quién, pero toda su gente, reclutada con especialidad entre los otomíes de la región, se le desertaba con frecuencia, y no podía igualarse con la horda sanguinaria de “El Cascabel”. Los dos cabecillas se instalaron cerca de la barranca de Izatla, improvisando sus campamentos, y Salomé pudo custodiar con su gente de más confianza a Marina y Doña Concepción. “El Cascabel” sabe matar, pero no combatir cuando hay riesgo, y no se atrevía contra Salomé, mientras no tuviera certidumbre de aplastarlo con un zarpazo. Fingió una amistad viperina, pareció resignarse con el desdén de la muchacha, y ocultamente concertó su golpe. Las tropas del gobierno habían aumentado un poco su actividad en contra de los alzados, y en cualquiera otra ocasión, esto hubiera sido bastante para que “El Cascabel” levantara sus tiendas, y se internara hacia la Huasteca; en esta vez desafió el peligro, y aunque los rumores de siempre anunciaron su retirada, en realidad únicamente simuló fugarse, despachando algunos hombres para llamar la atención. Lo que deseaba era ponerse de acuerdo con un compadre suyo, también llamado.

General de Brigada, conocido con el nombre de Refugio Sagredo o Cuco Sagredo, más feroz que un puerco espín o un gato montés de la sierra. Con este refuerzo, esperaba dominar completamente a Salomé y disponer a su antojo de Marina. Para redondear su proyecto, invitó a sus dos colegas para dar juntos un buen golpe. En la Hacienda de Regla, abandonada desde

hace mucho tiempo, se está explotando el subsuelo de los antiguos patios, donde se beneficiaban los minerales de plata. Por entre las juntas de las losas, se escurría el azogue, llegando a formar verdaderos depósitos de mercurio argentado.

Cada mes salen de Regla los carros cargados con tubos de hierro, llenos de azogue, y “El Cascabel” se prometía asaltar el convoy, llevarse los carros a sus almacenes ocultos en alguna cueva, desbaliar a los arrieros y conductores, aprovechar las mulas y caballos, y después valerse de la amistad y apoyo de Cuco Sagredo, para imponer su voluntad a Salomé y a las dos mujeres. Salomé oyó la propuesta, y como el golpe tenía que darse en el camino de la Hacienda de Regla a Velasco, cerca de esta población, y como al mismo tiempo, según dice su hermana, ya pretendía separarse para siempre de los bandidos, fingió aceptar el proyecto de asalto. El mismo Salomé, o Doña Concepción, aprovecharon el conducto de mi sacristán Juan Mateo, para darme aviso y pedir ayuda. Yo había escrito un día antes a usted, y logré despachar un telegrama urgente.

Doria.—Lo recibí, Padre. Desgraciadamente, en la Comandancia Militar... Yo fuí para obtener una escolta, una orden para que la guarnición ayudara, si era preciso... Pero en la Comandancia, por las dificultades que he tenido... Y después, por culpa mía...

El Cura.—Lo comprendo... lo comprendo. Yo puse el mensaje con muy pocas esperanzas de que usted pudiera venir inmediatamente. Hubiera sido muy difícil. El caso es que no pudimos dar ningún auxilio oportuno. “El Cascabel”, Cuco Sagredo y Salomé, con lo más bravo de sus hordas, atacaron el convoy como a dos leguas de aquí. Marina y Doña Concepción estaban prevenidas, y

salieron del campamento de Izatla, con algunos hombres relativamente adictos.

Salomé abandonó a sus compañeros, mientras se iniciaba el combate con la escolta de los carros, y se dispuso a reunirse con su hermana y su sobrina, pero “El Cascabel” advirtió la maniobra, siguió a Salomé, y cuando ya las dos mujeres y el rebelde arrepentido, se aproximaban a este pueblo, les dió alcance y comenzó a tirotarlos. La gente de Salomé, confundida por la fuga de su jefe, los hombres de “El Cascabel” y de Cuco Sagredo, y los soldados de la guarnición, que al fin salieron con ametralladoras, armaron una tremolina infernal.

En el tumulto se vio Doña Concepción separada de su hija, y enloquecida por el dolor y el espanto, casi a ciegas, guiada por el instinto, llegó a esta casa. Esperaba a cada momento que llegaran su hija y su hermano, pero han pasado muchas horas, y va perdiendo la fe. Yo también creí al principio, por lo que decía Doña Concepción, que muy pronto llegarían Marina y Salomé. Es posible que estén extraviados, o escondidos en alguna parte...

Doria.—Es decir, que si yo hubiera estado aquí a tiempo, y hubiera dado aviso a la guarnición oportunamente...

El Cura.—Es inútil pensar lo que pudo haber sido. No hay que atormentarse. Ahora, es preciso buscar algún remedio.

Doria. —Yo estoy dispuesto a todo. Le aseguro que haré hasta lo imposible por compensar mi tardanza. Pediré una escolta, y si no la obtengo, saldré solo, inmediatamente.

El Cura.—¿Con qué rumbo? ¿Es necesario saber algo más.

La puerta interior se abrió, y en el dintel se detuvo la madre de Marina, pálida y vacilante. Cuando la conociera Francisco Doria, en San Nicolás, nunca le

había encontrado mucho parecido con Marina, pero al verla como estaba, con toda su energía vital concentrada en los ojos negros, con los rasgos acentuados y realzados, recordó instantáneamente la otra cara virginal.

Doña Concepción.—Perdone usted, señor Cura. Oí una voz y estuve a punto de creer que eran ellos. Perdóneme usted.

El Cura.—Mire quién es, Doña Concepción. ¿Ya no se acuerda?

Doña Concepción.—¡El señor Doria! ¿Ya sabe usted que nos pasa?

Doria.—Sí; sí. Lo sé. Tenga usted valor.

El Cura.—No llore usted así, señora. Es preciso tener confianza en Dios.

Doña Concepción.—¡No puedo más! No puedo más... Mientras estuvo ella conmigo aunque nos amenazaran los peores peligros, no sufría yo tanto, porque estaba dispuesta a defenderla, a taparla con mi cuerpo, a protegerla con mis manos, con mi boca, con mis dientes... Y ahora, ella sola, entre lobos, entre hombres más crueles que lobos... ¡Dios mío!

Doria.—Tenga usted valor; verá cómo la encontramos.

El Cura.—Tal vez haya podido escapar con Salomé.

Doña Concepción.—Encontrarla... escapar... ¿Quién podría ir a buscarla, entre guaridas de fieras? Yo iría, si tuviera fuerzas. Apenas puedo sostenerme.

Doria.—Yo iré, señora. Siempre he estado resuelto a buscar a ustedes y salvarías.

Doña Concepción.—Sí. Ya el señor Cura me ha dicho su buena voluntad. ¿Pero ahora, qué puede hacer usted?

El Cura.—Yo creo que “El Cascabel” estará corriendo todavía. Cuando se le persigue de verdad, desaparece de

la región por algunos meses. ¿No había usted convenido con Salomé los detalles de su fuga?

Doña Concepción.—Sí, señor; pero la sorpresa y los disparos al ser descubiertos, ya no dejaron tiempo para nada.

El Cura.—Parece que las tropas del gobierno continuaron la persecución de los alzados. Tal vez “El Cascabel” se esconda en alguna de sus guaridas. ¿No tiene usted idea de cual pudiera servirle ahora de escondite?

Doña Concepción.—Alguna de las cuevas grandes, la de Tianguillo, o la de Sanctorum, o la de Tezontel...

Doria.—¿Son las cuevas donde guarda sus presos?

Doña Concepción.—¿Presos? “El Cascabel” nunca tiene presos.

Doria.—¿Entonces no oyó usted hablar de un compañero mío, Juan Téllez?

Doña Concepción.—Marina se informó algunas veces, pero nunca supo nada. Sin embargo, es posible que en alguna de las cuevas tuviera algún preso. Yo nunca salí del campamento de Izatla.

El Cura.—¿Y usted cree, que si “El Cascabel” ha dispersado a su gente, estará escondido en alguna cueva?

Doña Concepción.—Es lo más probable.

El Cura.—De manera que, si se ha fugado para la Huasteca, Salomé y Marina podrán salvarse sin necesidad de nuestro auxilio. Si está escondido, y los tiene presos o cercados, se le podrá encontrar en una de las grutas.

Doña Concepción.—Eso creo yo, señor. Pero ¿quién puede llegar siquiera a la entrada de Tianguillo o de Tezontel, que apenas conocen los cazadores de jabalíes?

El Cura.—Yo tengo un guía: Juan Mateo, mi sacristán.

Doria.—Y yo puedo ir con él.

El Cura.—¿Con tropas?

Doria.—Como pueda. Estoy decidido a ir. Ahora mismo.

Si Doña Concepción y el Padre Juárez le hubieran tomado la palabra inmediatamente, no hubiera cumplido su promesa, porque la carne mortal iba ya cediendo a la fatiga. Por fortuna, era necesario prevenir a Juan Mateo, combinar itinerario, alimentarse, dormir, arreglar caballos, provisiones y parque.

Todo se hizo, en doce horas bien aprovechadas, que transcurrieron para Doria como en vértigo.

Sólo volvió a tener conciencia de su personalidad, al oír a su compañero, media hora después de llegar frente a la gruta de Sanctorum:

—Ahora, mucha calma, patrón.

Su compañero era Juan Mateo, el sacristán campesino, el guía silencioso, de cara inmutable, esculpida con duros golpes de cincel sobre basalto moreno. El Padre Juárez explicó antes de partir a Doria:

—Es un verdadero hijo de la tierra. Ya ve usted que su cara recuerda esos perfiles arqueológicos, como el Indio Triste o la cabeza del Caballero Águila. Conoce pocas palabras castellanas y las usa muy parcamente. Se le puede fiar la vida.

Hablaba tan poco, en efecto, que Doria no recordaba haber oído el timbre de su voz, hasta que escuchó aquel consejo.

—Mucha calma... mucha calma.

Media hora antes habían llegado, ya no por caminos, ni siquiera por senderos, sino atravesando el bosque y las hondonadas casi vírgenes, a aquella especie de

apostadero entre matorrales, desde donde alcanzaban a ver la entrada de la gruta. Mientras siguieron el camino real, encontraban rastros de caballerías y de peatones, señales de ruedas, marcas de tráfico reciente. Después, al salir de la ruta trillada, toda huella desaparecía. Ninguna voz, ningún ruido humano, ningún indicio. Cuando Juan Mateo detuvo su caballo, y bajó para sujetarlo por el cabestro a la rama de un arbusto achaparrado, Doria lo imitó casi maquinalmente. El guía exploró en silencio, y tendiendo el fusil, con los ojos guiñados, al joven la entrada de la cueva. Los dos se pusieron pecho a tierra. Taladrando el monte, perfección de túnel, se distinguía la negra boca abierta. El ingreso a la gruta no parecía fácil, porque la tierra ahuecada se hundía como si fuera cauce de torrente. Eran las diez de la mañana.

Al fin decidieron acercarse, con lenta precaución de cazadores que rastrean bestias astutas. El silencio y la soledad les fue dando audacia, y Doria, humillado y con los riñones dolidos por el viaje rampante se enderezó a cien metros de la gruta. Nada se movía. Se acercaron un poco más. Ya veían algo hacia adentro, hasta donde llegaba un leve resplandor: rocas grises y rojizas, con matas de yerba en las junturas, y más adentro, pura obscuridad. La entrada era como el cauce de un río en seco, con lecho de arena y piedras redondas. Ya los dos exploradores se acercaban plácidamente a la boca del túnel, como quien llega a casa hospitalaria, cuando los detuvo el silbido rápido de un proyectil, y el choque sordo del plomo sobre la roca, muy cerca de ellos. El disparo se oyó precisamente como si viniera del sitio donde quedaron los caballos. Juan Mateo y Doria retrocedieron a rastras, con toda la prisa que permite una marcha de cuadrumanos, y al llegar a su anterior apostadero, se vieron mutuamente con sorpresa y espanto. Los

caballos habían desaparecido. Doria hubiera querido inquirir, deliberar, reflexionar. Pero su compañero casi lo obligó a dirigirse nuevamente hacia la gruta, siempre a gatas. Mientras caminaba, con mayor rapidez que antes, murmuraba Juan Mateo:

—Lo más seguro es entrar a la gruta. Han disparado para allá. Los enemigos están afuera, espiando la entrada. La persona que buscamos debe estar adentro.

Al llegar a la cueva, Doria se iba a enderezar, como la primera vez, pero volvió a doblarse, impulsado por el guía que lo tomó bruscamente del brazo. Sin embargo, su entrada fue indudablemente advertida por alguien, porque el invisible portero de aquella gruta repitió su aviso brutal y silbante. La bala se perdió en tierra floja, sin señalar donde hizo blanco. Los dos hombres se pusieron al fin en pié, ya en la obscuridad, y antes de que pudieran encender alguna luz, oyeron hacia adentro un rumor incoherente, algo como un grito sofocado, un chasquido metálico, un golpe de acero contra la pared rocallosa... Al mismo tiempo, un fogonazo se encendió como tizón agitado y extinguido rápidamente. Doria extendió su rifle hacia la sombra, pero Juan Mateo lo detuvo:

—Puede ser la persona. Llámela.

Y él quiso gritar, pero más bien habló agudamente, con una voz que no le parecía brotar de su propia garganta:

—Marina... Marina...

Y el eco recogió el nombre, repitiendo hacia dentro, hasta perderse como en un soplo:

—Marina... ina... ina...

Todo quedó en silencio. Los rumores de fuga se detuvieron como por magia. Juan buscó en la mochila, que no había quitado un momento de su espalda, sacó una vela de estearina, como las que usan los mineros, la

encendió y quiso levantarla para iluminar hacia adentro. Pero una corriente de aire estuvo a punto de matar la pobre llama, y tuvo que hacerla bajar y protegerla con la mano arqueada. Se internaron un poco más. El suelo de la cueva, que al entrar estaba completamente seco, iba apareciendo más húmedo, y algunos charcos relucían, inmóviles y cristalinos. Doria tuvo la sensación de una presencia humana que se le acercaba, y poco después oyó pasos precavidos, respiraciones ahogadas, y una voz que decía con miedo, con tonalidades de flauta rústica soplada por un viento irregular, trémula, pueril, sollozante:

—Francisco... Francisco...

No pudo más y se adelantó ciegamente, con las manos tendidas en la oscuridad. La cueva se desviaba en aquel punto, y sus dedos rozaron las paredes húmedas y congeladas. Siguió adelante, pegado a la roca lisa, y de pronto oyó un grito, tocó un cuerpo blando, y se detuvo. Juan Mateo llegaba con su luz macilenta, y al acercarse, vio a su compañero que sostenía a la muchacha desfalleciente, con la cara entre las manos, llorando con dulce llanto de criatura. Salomé abrió junto a ellos unos ojazos enormes, como bestia acorralada, casi inconciente por la fatiga, la rabia, el esfuerzo y la ansiedad, Todos hablan en voz baja:

Salomé.—Entonces, este señor es...

Marina.—Si. Es el señor Doria.

Salomé.—¿El aviador? ¿El federal?

Marina.—El que ha venido a salvarnos.

Salomé.—Si puede. Estamos acorralados.

Doria.—¿Estamos acorralados? ¿“El Cascabel” sabe que hay gente aquí ?

Salomé.—Seguramente. Cuandomepersiguió, después del asalto al convoy de Regla, y me alcanzó ya cerca de

Huasca, tuve que buscar la fuga por cualquier parte. Pude recoger a Marina. ¿Y mi hermana Concepción?

Doria.—Llegó a Huasca, y está en salvo. Ella nos dio informes para buscar.

Salomé.—Yo recogí a Marina y huí como pude. No conozco muy bien las sierras. Mi gente se había desbandado, y era tan peligrosa para nosotros como la tropa de el mismo “Cascabel” o la de Cuco Sagredo. Pude darme cuenta de que todos los nuestros, digo, todos los revolucionarios, huían perseguidos por los gobiernistas. Esto me dio esperanzas. Nuestros caballos ya no podían.

Tuvimos que seguir a pie, llegamos a esta cueva. Esperamos a que hubiera luz para salir, pero apenas me asomé un poco hacia afuera, un disparo, y luego otro. “El Cascabel” dejó seguramente algunos hombres que están cuidando la entrada. Ya lo conozco. Hará la pantomima de escaparse con rumbo a la Huasteca, y cuando los gobiernistas paren su persecución, se regresa tranquilamente. Ha dejado nada más algunos hombres para cuidarnos, pero volverá pronto. Estoy seguro. Tres veces hemos intentado salir, y tres veces nos han detenido a tiros. Si estuviera solo, me dejaría matar, pero con esta muchacha...

Marina.—Déjame aquí, tío. Tal vez ustedes solos puedan salir.

Salomé.—Imposible. Mi última bala fue para ustedes, cuando los vi entrar.

Doria.—Nosotros sí tenemos parque. Podremos salir, antes de que llegue “El Cascabel” con más gente.

Salomé.—¿Salir entre las balas, con Marina?

Doria.—¿No es peor dejarla aquí? Si no se han atrevido a entrar, es porque son pocos. Más tarde vendrán a

buscarnos y nos cogerán como a ratas. Juan Mateo intervino, señalando hacia el interior:

—Caminando para allá, estamos seguros.

Todos miraron hacia adentro, sin comprender como sería posible hallar un camino de salvación entre la negrura tortuosa. La luz amarillenta no iluminaba más que un círculo de tres metros y un trozo de pared resquebrajada, con el sudor frío de las filtraciones. Hacia arriba, la llama lucía trémulamente un corto espacio, y el gran abismo invertido causaba pavor por su altura inescrutable. Doria recordó la garantía del cura Juárez: “Se le puede fiar la vida,” y se dispuso a seguir a Juan Mateo. Marina lo secundó con impulso espontáneo. Pero Salomé vacilaba, con el recelo aprendido en su vida errante de faccioso. No conocía ni a la gruta ni a Juan Mateo, y de buena gana hubiera interrogado al guía, para saber cuáles eran sus propósitos, si conocía algún socavón lateral donde esconderse o alguna otra salida. Pero la resolución era inminente. Por la boca del túnel se oían rumores solapados, y al acercarse un poco Francisco Doria, saliendo de la curva que ocultaba la luz, vio una cabeza que acechaba, luego el cañón de un rifle que se tendía hacia dentro, y un disparo.

El estampido resonó sordamente y se perdió en la altura. Era indudable que la entrada estaba cubierta por los hombres de “El Cascabel”, y al envalentonarse y tomar la ofensiva, era claro que los refuerzos habían llegado o estaban muy próximos. El último balazo no tenía más objeto que amedrentar, y el silencio que sobrevino, probablemente sugirió a los asaltantes la presunción de una emboscada, porque no continuaron su tiroteo y cambiaron de táctica. La débil corriente de aire se fue cargando de humo, y se comenzó a distinguir el reflejo de una llama crepitante, como si vinieran de

una gran fogata de leña verde. No era tiempo de más deliberaciones.

Salomé indicó a Juan Mateo que iniciara la marcha, tomó de la mano a su sobrina, y esta puso la otra mano libre en la de Francisco Doria, con un gesto de confianza sin segunda intención, y un esbozo de sonrisa entre lágrimas. El guía caminaba con aplomo de conocedor, con una mano hacia adelante, el rifle en bandolera, y facilitando a los demás la marcha con sus indicaciones. Anticipaba la presencia de curvas, declives y charcos, cada vez más frecuentes y abundantes estos últimos. La gruta no se estrechaba hacia adentro, y el techo era a veces visible, manchado en su bóveda irregular con los pezones blancos de las estalactitas, y luego se volvía a perder en la altura, inconmensurable y sombrío, como una especie de firmamento de otro mundo.

Al poco tiempo de caminar, los ojos y los pies iban amaestrándose, y la marcha era cada vez más rápida, por el acicate del peligro. El soplo de viento era más perceptible, pero la acritud del humo se había desvanecido. Caminaban de prisa, con todos los sentidos puestos en la tarea de eludir las piedras redondas del suelo y las piedras agudas de las paredes. Ya no se preocupaban por la humedad, y a cada paso sentían la arena crujiente como en el cauce de un río. Sin detenerse, Juan Mateo explicó:

—Este camino es seguro para nosotros. “El Cascabel” no se atreverá a seguirnos, porque tendría que venir solo.

Salomé.—¿Y por qué solo?

Juan Mateo.—Ya lo verá más adelante.

La persecución no había seguido, pero los fugitivos no retardaban su marcha. Probablemente los bandoleros

seguían atizando la fogata, para hacerlos salir, sofocados y ciegos.

El guía se detuvo un momento, como si vacilara, pero inmediatamente se rehizo:

—Mucho cuidado, ahora. En este hueco se ha juntado mucha agua. Hay que pegarse mucho a la pared.

No quedaba en efecto para caminar, mas que un corredor de medio metro. Un poco más adelante, el agua cubría la angosta faja, y era preciso andar chapoteando. Era tal vez un manantial subterráneo, o más bien una poza de agua estancada, que despedía en su negra inmovilidad un frío penetrante. Doria comenzó a sentir el agua hasta las rodillas, y un hielo impalpable hasta la garganta. Un impulso de retroceder conmovió a los fugitivos desde Salomé para atrás, pasando por Marina como un escalofrío. Pero no era ya tiempo de arrepentirse, y la firmeza del guía, ayudada por el embotamiento que produce la excitación intensa y sostenida, permitió seguir adelante. De pronto, Juan Mateo se detuvo, y comenzó a reírse con su risita sofocada de indio reservón:

—Mire por lo que no puede perseguirnos “El Cascabel”. Cuando quiere esconderse, hasta de su gente, este agujero le sirve. No quiere entrar solo, ni que nadie sepa su secreto. Creerá que estamos arrinconados, sin atrevernos a pasar más adelante, por el agua. Pero no sabe lo mejor. Esta cueva la conocemos bien muy pocos, algunos viejos de la tierra y nada más. “El Cascabel” no la conoce tan bien como nosotros. “El Cascabel” es de la Huasteca, de la tierra caliente. ¡Que siga quemando leña! No sabe lo mejor.

La gruta parecía dividirse en dos cañones, y Juan Mateo avanzó con sus compañeros por el túnel más pequeño, que se desviaba lateralmente.

Era una oquedad como un salón largo, y al entrar, Salomé recordó los rumores que había oído entre los soldados de “El Cascabel”. Hablaban de un escondite secreto, donde el jefe guardaba su propia persona en los trances más graves, y que la servía al mismo tiempo para ocultar sus parte de botín. Suponían que el escondite se hallaba en alguna de las cuevas de Tianguillo, Tezontel, Sanctorum u otra de las grutas menores, y estas hablillas fueron las que llegaron hasta Doña Concepción, la madre de Marina. Salomé había oído contar que el botín de “El Cascabel” era un verdadero tesoro: armas finas, dinero acuñado, ropa, vinos, tabaco, víveres... Especialmente se decía algo de un “gallo” de plata prodigioso, una de esas piedras que aparecen por excepción en las vetas argentíferas, con hilos e incrustaciones del metal nativo. Se decía que el “gallo” de plata lo robó “El Cascabel” a unos rebotalleros o sea buscones de contrabando, quienes a su vez lo encontraron en una mina vieja, y que la geoda era nunca vista, con bellos bordados y flores de filigrana. Algo de esto sabía también Juan Mateo, porque inmediatamente comenzó a explorar con vivacidad.

Muy pronto hallaron el famoso tesoro, pero reducido a su mínima expresión. Un costalillo con maíz y trozos de pan viejo, algunas latas de conservas, una caja con cartuchos de dinamita, botellas vacías, y un pequeño baúl casi desventrado con ropa vulgar. Lo más digno de aprovecharse fué una caja de velas, iguales a la que empuñaba Juan Mateo. Fue un hallazgo de precio, porque cada uno encendió su luz, y la iluminación fue más amplia. Salomé perdió todo interés por el tesoro descubierto, y preguntó:

—¿Y ahora? Si nos quedamos aquí, no tardará en hallamos “El Cascabel” o en sacarnos el hambre. Con este almacén, no viviríamos ni dos días.

Juan Mateo seguía escudriñando, y apenas respondió:

—No hay cuidado. Yo conozco esta cueva mejor que “El Cascabel”. Vamos a seguir adelante.

Con al punta del pie golpeó el baúl de la ropa, lo sintió pesado, lo abrió con desconfianza, y apareció el “gallo” famoso de la leyenda.

Era realmente una hermosa piedra, rarísima por el tamaño y la fantasía de las incrustaciones. La montadura era de sulfuro de plata, negro y riquísimo, y en el centro de la piedra, en un hueco ovalado, se colgaban los hilos argentinos, enmarañados y abundantes. En el fondo, engastado en rodocrosita color de carne, brillaba con leves irisaciones un perfecto cristal romboédrico de plata.

Marina y Doria se inclinaron con afán sobre aquel copo de escarcha argentina, y por un instante olvidaron el peligro de su aventura. Sin desunir las manos, admiraban los encajes metálicos y rutilantes, las anchas incrustaciones que figuraban pétalos divinamente blancos, y las facetas especulares del cristal que relucían sobre el engarce negro del sulfuro, como en arquilla de ébano.

Salomé era quien tenía la noción más exacta del peligro, por conocer mejor a la fiera que sin duda los seguía, olfateando sus huellas, y suspendió la contemplación, insistiendo para que se continuara la fuga. Juan Mateo envolvió cuidadosamente la piedra preciosa, la puso nuevamente en el baúl, lo sujetó con toda calma en su mochila, y volvieron a salir al cañón principal de la cueva.

Las cuatro luces se reflejaron en las aguas muertas, onduladas por el paso de aquellos inesperados visitantes. Siguieron por la orilla del estanque, mirando apenas

el paisaje de ensueño, la pequeña laguna tendida bajo un cielo de obsidiana impenetrable, las aguas de inútil transparencia, dejando adivinar en el fondo impreciso la vegetación de algas quietas y paralíticas, y el movimiento aletargado de los peces insensibles a la luz, las sombras de los peces ciegos que viven en las aguas subterráneas.

Cuando llegaron nuevamente a pisar tierra firme, las piernas entumecidas, se arrastraban por la arena, como si cada pie fuera de plomo. Necesitaban el tónico del peligro para sostenerse aún, sobre todo Marina, por su delicada feminidad, y Salomé por los trabajos críticos del día anterior, y el espanto que le producía la amenaza de “El Cascabel”, que se le figuraba próxima como un resoplido en la nuca.

Algunas veces se detenían, prontos a preparar los rifles en actitud de defensa, alarmados por algún ruido que parecía brotar a sus espaldas. Era un silbido lejano, un rumor como de pies desnudos sobre la arena mojada, la gran respiración de una multitud, y al detenerse y escuchar en tembloroso silencio, todo se reducía a la fina corriente de aire, incensante, impalpable y misteriosa, como si fuera el alma de la gruta. Pero al reanudar la marcha, el plomo de los pies era más grave, y cada paso más duro y doloroso.

De repente, sin transición, al dar la vuelta en una curva excesiva, un río de luz tibia y cegadora los envolvió. Con los ojos cerrados y en silencio gozaron la sagrada caricia del sol. Habían salido con toda sencillez de la gruta de Sanctorum, que atraviesa de parte a parte el río Amajaque, reducido en la sequía a un hilillo de sena que se pierde entre las arenas de su cauce, y que sólo deja parte de sus aguas en las pozas profundas, libres de la evaporación por la falta del fuego solar.

Salomé recordó entonces las rudas supersticiones

que impiden toda exploración, y la creencia vulgar que supone infranqueable el cauce del río a través de su camino subterráneo. Tal vez el mismo Encarnación no se había atrevido nunca a internarse más allá de su escondite, y no podía suponer que alguien más conocedor guiaba los pasos de sus víctimas.

Juan Mateo llevaba su mochila con la difícil facilidad que demuestran los indios para toda clase de cargamentos. El aire libre, el sol y la presencia de Marina fortificaron a Francisco Doria; la joven halló un auxilio en el brazo varonil que casi la sostenía al andar, y Salomé buscó donde pudo un resto de vigor para rematar la fuga.

Salieron del cauce arenoso en busca de un camino más transitable. Después de una corta deliberación, decidieron dirigirse con rumbo a San Nicolás, evitando las rutas de Huasca por temor a los dispersos de Encarnación “El Cascabel” o Cuco Sagredo. Era posible encontrar alguna recua, algún amparo militar, o la providencia misma en forma de carro, coche o cualquier vehículo con ruedas. Lo principal era ponerse fuera del alcance de “El Cascabel”.

Para llegar a San Nicolás, era preciso acercarse al camino de Huasca, cruzarlo rápidamente, y ganar el bosque próximo a la antigua y ruinosa población. Juan Mateo los condujo por las veredas más cortas, y cerca del mediodía llegaron a la laguna salobre de Tezahuapa, y se dispusieron a bordearla para disimularse entre los juncos resecos. El sol se reflejaba crudamente sobre las aguas verdosas, empañadas y espesas, que no se dejaban transparentar más allá de un metro, ni aproximándose a la orilla. Si lograban pasar al otro lado de la laguna sin ser vistos, lo más duro de la jornada estaba hecho. Extremaron las precauciones, y cada uno de los fugitivos se desvivía por caminar sobre las huellas de Juan Mateo,

sin alzar la voz ni agitar los juncos. Salvaron felizmente el primer sector de la curva que debía recorrer, pero se descubrieron al avanzar un poco más, por la calvicie absoluta del terreno. No crecía en aquella parte, junto al lago salado, ni una brizna de yerba. El bosque ya estaba a la vista, acogedor y sombreado. Todos caminaban hacia el refugio de los árboles, sin volver los ojos para atrás, pero Salomé no pudo resistir, como hipnotizado, y al mirar para el rumbo de Huasca, lanzó una exclamación violenta y nada católica. Había visto una efímera nube blanca surgir a flor de tierra, detrás de un peñasco, y antes de que pudiera advertir a sus compañeros, resonó el silbido y el tabletazo de un disparo, multiplicado por el eco.

Juan Mateo avivó su trote menudo, y los demás lo imitaron. Doria tomó a Marina por los dos brazos, y la llevaba casi en vilo, protegiéndola con su cuerpo. Las balas comenzaron a caer con mejor tino y más frecuencia. En la tierra gris alzaban un puñado de polvo, en la orilla del lago se clavaban silenciosamente y en el agua fingían el chapoteo de inverosímiles anfibios.

El lindero del bosque parecía muy próximo a los ojos, y lejanísimo para las piernas embarazadas por la fatiga y el terror. Salomé se fue quedando atrás, y mientras los otros se ponían casi fuera del alcance de los proyectiles, él sirvió de blanco a todos los rifles. De repente sintió un golpe en la pierna, como si una varilla flexible lo hubiera azotado al pasar. Dio tres pasos más y cayó en tierra gritando. Cayó boca abajo, con las manos tendidas hacia la laguna, su arma inservible sobre la espalda como un instrumento de suplicio, agitando su pierna herida y esforzándose aún por huir.

Juan Mateo y Doria se volvieron hacia él inmediatamente, obligando a Marina a que siguiera

adelante, para ganar terreno mientras ellos la alcanzaban. Quisieron levantar al herido y ayudarlo a caminar, pero la pierna derecha le colgaba como un miembro muerto, y la sangre le corría hasta el zapato lleno de polvo. Como se creía gravemente lesionado, balbuceaba:

—Socorro... agua... favor...

Y señalaba el lago. Juan Mateo intentaba hacerlo andar, explicándole que era imposible beber aquella agua salobre. Los disparos se oían más distintamente, y al fin fue preciso levantar a Salomé, y conducirlo sujeto por axilas y pies. A los pocos pasos, Juan Mateo, que había tomado la parte más pesada, sosteniendo al inválido por los brazos, tuvo que suspender su marcha, aplastado por la carga excesiva. La mochila llena, el baulillo con la geoda, el rifle y un cuerpo de hombre que se dejaba caer con toda su pesadumbre, eran ya insoportables. Miró a todos lados buscando una solución, vaciló la mitad de un segundo, consultó a Doria y no tuvo respuesta de aquellos ojos inexpresivos, enormemente abiertos, que sólo tenían capacidad para ver hacia el bosque, siguiendo la figurita femenina que se les iba perdiendo. A la mitad del segundo siguiente, la enorme joya mineral, con sus encajes de plata y su cristal rombeédrico, caía en el lago y se perdía como tragada por el agua caldosa, mientras Doria y Juan Mateo reanudaban su fuga con el herido.

—Ya vendrá “El Cascabel” para sacarla, amigo Juan Mateo.

—Que venga. Mejor. Tendrá qué hacer para mucho tiempo.

—Traerá ganchos y reatas.

—Que traiga reatas de a leguas. Es igual. Ese “gallo” no será para nadie. Estará más hondo que en la veta. Este charco de Tezahuapa no tiene fondo.

Instintivamente procuró Doria alejarse de la orilla del

lago negro, al oír que, además de su aspecto repelente, ya la superstición le formaba leyenda.

—No tiene fondo, señor Doria. Han venido ingenieros, han sondeado muchos metros, y nada. No tiene fondo. Ese “gallo” no será para “El Cascabel” ni para nadie.

Doria veía otra vez a Marina, ya muy próxima a perderse en la sombra del bosque, y hubiera dado todas las fuerzas de su propio cuerpo para hacerla correr más de prisa. No vio el polvo que levantaba junto a sus pies el choque de una bala. No oyó las voces alentadoras del guía ni la queja lamentable de Salomé. Y cuando al fin la forma frágil alcanzó el límite de la selva, y se perdió entre los árboles, suspiró abiertamente, como si todo peligro hubiera terminado.

Al poco tiempo, todos se volvieron a reunir entre los oyameles altos y tupidos, se internaron más aún, y la sombra, el musgo y el parapeto de los troncos, les dieron un poco de aliento. Encontraron agua corriente, fresca y saludable. Marina improvisó un vendaje en la rodilla de su tío, y Juan Mateo disminuyó algo su cargamento, repartiendo con equidad el pan, la cerveza y el queso que llevaba en su mochila.

El pueblo de San Nicolás estaba próximo, pero Doria no quiso llegar a él, por evitar a Marina el espectáculo de lo que fuera su casa, convertida en aduar de indios errantes. Caminaron un buen trecho por el bosque, y como el peso de Salomé fuera menos soportable a cada paso, tuvieron que perder un cuarto de hora, para improvisar con los rifles, ramas flexibles y el sedeno rebozo de Marina, algo semejante a una camilla, que sirvió, a pesar de su rusticidad, para descanso de los conductores y del herido.

Se atrevieron a tomar el camino real, y la relativa pulidez del suelo disminuyó la esperanza de la marcha.

Andar... andar... Toda la energía de los dos hombres y de la esbelta mujercita se concentraba en el esfuerzo redoblado y cruel de andar, con los pies insensibles y los músculos de las piernas contraídos y dolorosos. Doria veía con admiración aquella figura femenina, de apariencia tan frágil, no como princesa del país de la porcelana, porque su piel morena tenía la marca de los trópicos americanos, sino como estatua viviente de arcilla refinada, con rasgos árabes, latinos, hispánicos, indios, puros rasgos de razas y de tierras solares. Ella era la más débil y la más atormentada, pero su fuerza espiritual y nerviosa tenía algo más elástico y resistente que la fuerza masculina. Aún tenía ánimos para coger la mano de Salomé y alentarla blandamente, con voces maternas; para dar las gracias a Juan Mateo y a Doria, sonriendo con miradas húmedas, que parecían en su cara de palidez trigueña, como agua de mayo en campiñas bellas y tristes. Resistía el desesperado esfuerzo y el cansancio, con esa pasiva resistencia de las mujeres mexicanas, que son enfermeras, amas de casa, nodrizas y obreras de numerosos trabajos manuales, y podía caminar ágilmente, por su educación de chiquilla selvática y la frescura vigorosa de sus diez y ocho años.

El sol apenas inclinado para caer, relucía imperialmente en lo más alto de un cielo sin nubes, azul claro, levemente blanquecino en aquel día de principio de invierno.

Al llegar a un ensanchamiento de la ruta, los agobiados camilleros descansaron de su carga. Era la Cruz Negra, y Doria reconoció fácilmente el sitio, al contemplar el gran símbolo religioso, que abría sus dos brazos de madera con expresión casi humana. Marina se acercó a la cruz, pero no tuvo tiempo de iniciar la oración que ya le temblaba en los labios; Juan Mateo había inquietado a la caravana con una exclamación alarmante.

Doria, ni Marina, ni el desfallecido Salomé oían absolutamente nada, más que la voz eterna de los bosques, el rumor de los élitros invisibles y el suspiro del viento, incansable como el mar. El guía levantaba el rostro como si olfateara:

—Un galope... atrás de nosotros.

—Puede ser algún caminante, un viajero pacífico. “El Cascabel” no se atrevería. Esta región está bien cuidada por las tropas. De todos modos, es preferible ocultarse.

Se metieron entre los árboles, y sólo Juan Mateo, tendido boca abajo, asomó lo más indispensable de su cabeza para atisbar. A veces pegaba la oreja para auscultar los estremecimientos de la tierra.

—Es un galope de caballo cansado... Apenas puede correr... Ya miro algo... Un poco de polvo. El jinete lo azota... Lleva en la mano... rifle... rifle. Hay que esconderse más adentro. ¡Ese hombre trae mi caballo!

—¿Pero ha visto usted bien?

—Ya lo creo. Es mi caballo guinduri, dos-albo. Y no poder quitárselo... Porque no ha de venir solo. Debe ser un explorador, como el maldito espía que nos disparó en la puerta de la gruta. Se conoce que “El Cascabel” está caliente, y se atreve a seguirnos. Cómo llevamos a esta niña...

Antes de reanudar la fuga, Doria arriesgó un ojo. Si el caballo era guinduri y dos-albo, o simplemente gris de polvo y casi reventado, no hubiera podido decirlo. El jinete hostigaba a la bestia con manos y pies, y tremolaba su rifle como estímulo sobre la cabeza del caballo. De la cara no se veía más que una sombra negra bajo las alas del sombrero de palma. Blanqueaba la camisa. Así tenía retratado en su fantasía Doria al invisible portero de la gruta de Sanctorum, el siniestro centinela que había comenzado la rabiosa persecución; Debía ser uno de los

hombres de confianza de “El Cascabel”, el ejecutor de las empresas temerarias, el primero en el fuego y el más duro para las víctimas, como perro de presa.

Era necesario huir, esconderse en lo más profundo del bosque. La camilla del herido pesaba veces más, y los arbustos, las ramas y los troncos, se interponían como si fueran cómplices del perseguidor. Cien metros más adelante se creyeron a salvo, y se apostaron otra vez en acecho. Entre los árboles sinuosos y las ramas entrelazadas, distinguían los dos brazos abiertos de la cruz, notables por su línea recta en medio de la desordenada fantasía del bosque. El perseguidor llegó a la plazoleta de la Cruz Negra y se detuvo. ¿Buscaba algunas huellas? ¿Iba a rezar?

Juan Mateo y Doria esperaban ansiosamente. Adivinaron los movimientos de su enemigo, que bajaba del caballo, y conduciendo al animal por las riendas, entraba en el bosque como ellos habían entrado.

En silencio, sin ponerse de acuerdo ni con media palabra, ambos cogieron la camilla y volvieron a emprender su marcha, con las espaldas encorvadas, como resignados frente al destino. Marina los seguía como una sombra implorante, desmelenada y lívida.

La fuga era más penosa, porque ya ni Juan Mateo era capaz de seguir por sendero conocido, entre la maleza casi virgen. Iban como en un laberinto, a ciegas, tal vez sin alejarse del peligro, tal vez para caer de pronto entre los asaltantes. A lo lejos se oía el paso del hombre y las pisadas cuádruples del caballo. El perseguidor también caminaba entre los árboles, probablemente sobre la pista. Los fugitivos no se atrevían a salir por alguno de los claros del bosque, y más bien buscaban los sitios donde los troncos se agrupaban más densamente. Doria creía reconocer algún detalle del sitio donde recobró

el conocimiento, después de la caída del biplano. Y por contiguidad de ideas, pasó como un relámpago en su memoria la imagen de Téllez. No fue más que un relámpago, porque la situación no le permitía fijar sus pensamientos, ni consagrar un minuto al desaparecido.

A lo lejos, probablemente cerca de la Cruz Negra, se escuchó vagamente un rumor atropellado, un vocerío y luego el desesperante traqueteo de los disparos. Juan Mateo y Doria, lo mismo que Marina en su aflicción y Salomé en su desfallecimiento, pensaron sin vacilar en “El Cascabel” y sus hordas, que venían detrás del explorador. Avivaron la marcha, con esfuerzo angustioso, y mientras más se esforzaban, parecía que adelantaban menos. Aquel mar de troncos y musgos, helechos y varillas, arbustos y hoyancos, ramas caídas y hojas secas, sin horizonte, sin rumbos, sin linderos, sin fin, era una especie de tormento. Se detenían un instante, y el ruido inexorable del caballo y del hombre, enredados en el mismo laberinto, los obligaba a caminar de nuevo. Otro claro de bosque. Era necesario bordearlo, como antes la fúnebre laguna, y seguir por entre los árboles, como antes entre los juncos, en una fuga humillante de alimañas. Les atrajo la vista una masa más compacta que los grupos de árboles, muy cerca del lindero del bosque y del llano.

Parecía una casucha rústica, un apostadero de cazadores o una cabaña de carboneros. Era ancha y baja, con techo de ramas secas. Mas bien era una especie de montículo de ramas, apenas útil para guardarse de la lluvia o para no morirte de frío.

El pensamiento de un lugar de abrigo y de reposo, aunque fuera aquella choza troglodita, ablandó a Doria como si fuera una seducción de voluptuosidad. Por

Marina pasaba algo semejante. Pero Juan Mateo los contuvo frente a la tentación:

—¿Y si esta es la guarida del hombre que nos persigue?

Marina—Yo ya no puedo más

Doria—Ya estoy cansado de huir. Es una humillación inútil. Parece que es sólo un hombre. Ya no hemos oído más disparos ni ruidos, excepto los pasos de ese hombre y de su caballo. Es decir, el caballo de Juan Mateo. Yo prefiero esperarlo.

Juan Mateo—Yo quisiera también. Me gustaría quitarle mi guinduri ¿Pero esta niña? ¿Y este herido?

Marina—Ya no puedo andar más. Si es necesario quedarse aquí, me quedaré para siempre. Ya no puedo...

Juan Mateo—Mi caballo... mi caballo... Con él podríamos seguir adelante. El llevaría a la niña y al herido. Aunque este muy cansado, yo sabría hacerlo andar. Entonces nadie nos alcanzaría.

Doria.—Aunque después nos alcancen, yo prefiero esperar al que nos persigue. No he disparado un solo tiro. Ya es tiempo.

Tal vez la idea de recobrar su caballo sedujo a Juan Mateo, como el pensamiento de buscar una decisión a Doria y el cansancio a Marina. Salomé no tenía voz ni voto. Marina se inclinó junto a él y le sostuvo la cabeza entre las manos, mientras Doria y Juan Mateo volvían a tomar sus rifles y se preparaban. Convinieron en caminar al encuentro del perseguidor, para evitar a Marina el combate lo más que pudieran. Ambos irían separados, pero sin alejarse mucho el uno del otro, para no perder el contacto.

Marina se quedó junto a su tío, murmurando las palabras consagradas: “Glorifica mi alma al Señor y mi

espíritu se llena de gozo...” ¿De gozo? Marina rezaba maquinalmente, porque su alma iba con Doria.

El tropel lejano no se había vuelto a oír. Tal vez las hordas siguieron adelante, o retrocedieron engañadas por una falsa pista. Pero en cambio, el jinete singular que los perseguía, caminaba acercándose fatalmente a la choza de junto al claro del bosque.

Doria y Mateo lo esperaban, con los rifles tendidos, como cazadores de venados. El rumor de hojas despedazadas era cada vez más próximo. Doria avanzó unos pasos, para aprovechar el mampuesto de una rama ahorquillada. El perseguidor se desvió un poco, como si quisiera cogerlos por la retaguardia, y pareció ir acercándose por el otro lado hacia la cabaña informe, como describiendo un semi-círculo. Se aproximaba a Marina, más bien que a los dos hombres armados que lo aguardaban. Se oía el resoplido indiferente del caballo, y los pasos lentos y exploradores del hombre. Doria temió que Marina fuera descubierta, inerme y sola, y se volvió hacia el rumbo de la choza. Ya el perseguidor estaba más cerca, únicamente separado de Marina y del herido por el amontonamiento cónico de ramas. Salomé sintió la aproximación de alguien que venía con pasos de lobo, y lanzó un grito agudo:

—¡Socorro!... ¡Ya está aquí!

Doria corrió cerca de Marina, con el rifle en guardia. Una gran paz reinó súbitamente en todo el bosque, como si no se turbara su quietud por ninguna presencia humana. El perseguidor detrás de la choza, se había detenido como en trinchera, pero el caballo lo denunció, con relincho cansado.

Juan Mateo se fué acercando a rastras, buscando a su animal. Doria seguía junto a Marina, dispuesto a todo, y contemplaba una de las ramas que le había parecido

moverse, en un extremo de la cabaña. Marina miraba precisamente el otro extremo, y vio con claridad, no sólo una rama que se movía, sino el cañón del rifle que se asomaba poco a poco. Quiso gritar, pero no tuvo tiempo ni fuerzas, porque el hombre asomó la cara y el busto, y apuntó rectamente a Doria, para fusilarlo sin remedio a cinco pasos.

La joven cerró los ojos, esperando el estampido, y gritó algo inarticulado y silbante. Pero inútilmente aguardó breves segundos, con todo su cuerpo contraído. Solo seguía escuchando la voz del viento entre los árboles y el rumor de los élitros invisibles. Lentamente abrió los ojos, como resucitada, y vio a Francisco Doria, que se volviera bruscamente hacia el lugar del peligro, todavía con el cañón de su arma apuntando al perseguidor, pero suspenso, inmovilizado, contemplando a su enemigo frente a frente, también con el rifle aún levantado en actitud de combate. Los dos se veían con expresión que ya casi no era humana, próximos a estallar en una risa tremenda o en furor demoniaco.

Como si los moviera un hilo invisible, fueron bajando al mismo tiempo sus armas, los pliegues duros de sus rostros se fueron ablandando y distendiendo, y al fin, un doble grito resonó alegremente y corrió por toda la selva con sonoridades y ecos de campana:

—¡Téllez! ¡Mi capitán!

—¡Francisco Doria! ¡Hermano!

Juan Mateo se acercaba, en la grata compañía de su caballo guinduri, y estuvo a punto de perder su impassibilidad; Marina se puso en pié, sin saber ella misma si lloraba o reía, y hasta Salomé sobreponiéndose a sus dolores, se incorporó a medias y saboreó mentalmente la satisfacción de aquel abrazo interminable.

Doria.—Estás negro, mi capitán, inconocible. Con esa cara, y esas barbas cerriles, y ese equipo... Pero dime, ¿cómo estás aquí? ¿Eres tú, verdaderamente? ¿Y el biplano? ¿No es verdad que me hirieron, y después caímos? ¿Díme... dónde has estado ? ¡Otro abrazo!

Téllez.—Ya te contaré todo. Ahora es imposible conversar. Por lo tanto, hay que escaparse. Me persigue Cuco Sagredo y a ustedes “El Cascabel” Venían muy cerca de mí.

Doria.—¿Y como podemos escapar? Mira, toda esta gente viene conmigo.

Juan Mateo.— Tenemos un caballo. En él pueden subir la niña y el herido.

Doria.—Parece que nadie nos sigue. Nos darán por perdidos en el bosque. No se ha oído ya ningún disparo.

Téllez.—Más bien temo que nos preparen alguna trampa. Venían muy cerca de mí. Yo bajé del caballo, porque reconocía, el sitio y tenía esperanzas de alcanzar a ustedes. Tal vez a estas horas, están rodeándonos. Cuco Sagredo y “El Cascabel” están furiosos. Nos perseguirán hasta lo último. Pero no importa...

Doria.—¿Qué vamos a hacer, si estamos rodeados? Ya no hay esperanza.

Téllez.—Sí hay esperanza. Este hombre y el herido, pueden huir a caballo. Y nosotros, es decir, la señorita, tú y yo...

Doria.—¿Marina, tú y yo?

Téllez.—Sí; los tres podemos huir...

Doria.—¿Huir?

Téllez.—...en el biplano.

Doria.—¿En el biplano? ¿Estás loco?

Téllez.—No estoy loco. Y, además, prefiero estar loco y no muerto. No hay tiempo para más explicaciones.

Después hablaremos. (A Salomé) ¿Usted, amigo, puede subir al caballo?

Salomé.—Subir, yo solo, no puedo. Pero si me ayudan, puedo sostenerme montado.

Téllez.—(A Juan Mateo) Y usted.

Doria.—Es nuestro guía, Juan Mateo.

Téllez.—¿Usted, Juan Mateo, ¿podrá llevar al herido?

Juan Mateo.—¿En mi caballo? ¡Ya lo creo!

El herido irá en la silla, yo en ancas, con las riendas y abrazándolo. Si nos vamos luego, respondo que antes de anoecer, llegamos a Huasca. Pero ustedes, no entiendo cómo...

Téllez.—Ya verá usted. Ayude a subir al herido. ¿Es el general Salomé Canillas, verdad? Ya le arreglaremos su amnistía.

Sin alzar la voz, Téllez iba disponiendo toda la maniobra, como si estuviera en una práctica en la Escuela de Aviación. Como un eco perdido entre los árboles, el relincho de un caballo anunció que la persecución de los rebeldes no había terminado.

Juan Téllez—¿Has oído? Es necesario darse prisa. Sólo necesito a Juan Mateo diez minutos. Inmediatamente que nosotros salgamos, sin preocuparse por la señorita, ni por Doria, ni por mí, buscarán ustedes la fuga como puedan. Creo que el camino de El Grande, estará libre. Favor de ayudarme.

Marina estaba azorada, inmóvil junto a Doria, creyendo soñar. Téllez siguió dando órdenes sencillamente. Se acercó a la choza de ramas y comenzó a separar los troncos delgados. Doria y Juan Mateo lo imitaron, con actividad ansiosa, y fueron descubriendo rápidamente, primero las alas amarillas, después el fuselaje y el timón, las ruedas, el motor, la hélice, todo el biplano, íntegro y

esbelto, bello como un gran pájaro de cuento de hadas, que se hubiera perdido en la selva, y al fin fuera libertado por príncipes encantadores.

Tenia manchas de humedad, motas de musgo, hojas secas entre los alambres, y las dos ruedas un poco torcidas, pero ninguna lesión de muerte. Todavía colgaban debajo del asiento de Francisco Doria cuatro bombas con aletas. Lo hicieron caminar un poco hacia el claro bosque, y Juan Mateo fué comisionado para detener dos morillos, a manera de zapata, mientras se iniciaba el vuelo. Entre Doria y el capitán Téllez, subieron a Marina al asiento delantero.

Ella temblaba y quería resistirse. Pero su tío le dijo:

—Sube, Marina. Es la única esperanza.

Volvió entonces los ojos a Doria, como para preguntar algo, y el joven como si entendiera la pregunta sin palabras, contestó:

—Vamos arriba, Marina. Mi capitán Téllez nunca llevó carga tan preciosa. Nuestras vidas están en buenas manos.

La acomodó en la silleta, sujetándola con el cinturón de cuero, y luego comenzó a dar impulsos a la hélice.

Téllez ocupó su asiento, y encontrando aún su yelmo abandonado junto a la rueda de dirección, se lo encasquetó tranquilamente y comenzó a reconocer su máquina, moviendo palancas y llaves. A cada impulso que Doria imprimía a la hélice, Téllez abría y cerraba la llave de alimentación con movimientos precisos, sin olvidar las voces de costumbre:

—Cortado... puesto... cortado... puesto...

Y agregaba, para instruir a Doria:

—Cuando aterrizamos en ese llano, todavía nos quedaba motor para 3 horas, o más. Ya te contaré cómo escondí la máquina y todo lo que pasó. Nadie la ha

tocado. Tenemos aceite, gas... La hélice estará dura, por el tiempo.

Por cinco veces Doria impulsó la hélice inútilmente, con un esfuerzo de todo su cuerpo.



*...Ya te contaré cómo escondí la máquina y todo...*

Después, en lugar de que su empuje aumentara, iba desfalleciendo, como agotado. Salomé desde el caballo, se tendía como si quisiera ayudar con los ojos, creyendo que cada instante se apretaba el círculo de las hordas que los perseguían. Todos sentían la impresión de que un peligro rampante, invisible, silencioso, se filtraba por entre los árboles y corría por el laberinto de troncos y de ramas. Tal vez algunos ojos ya se deleitaban con el espectáculo de la presa próxima. Un alarido múltiple, todavía distante, pero bien perceptible, denunció con franqueza la proximidad de los rebeldes.

A cada intento inútil para poner en rotación la hélice, reacia, Téllez repetía con serenidad que irritaba y estremecía a Doria:

—Cortado... puesto... cortado...

Se cogía de la paleta pulida, apretaba los dientes, recogía todos sus alientos, y daba el brusco tirón. La hélice giraba un poco, se volvía, oscilaba un instante y se paraba otra vez, inmóvil sobre su eje endurecido.

El vocerío ululante se aproximó algo más, como si fuera un tropel de coyotes salvajes, rondando cerca de un gallinero sin defensa.

Juan Mateo ya iba a dejar los troncos que servían de freno a las ruedas, cuando al fin la hélice se perdió de vista en rotación acelerada, y el viento levantó hacia atrás una corriente de hojas secas y encorvó las ramazones bajas.

Subió Doria junto a Marina, hizo la señal a Juan Mateo, y el aeroplano en libertad avanzó casi de un salto. El guía no vio ya nada más, ni escuchó las voces de Doria: ¡Hasta la vista! Trepó de un brinco al trasero del caballo, sujetó a Salomé entre sus brazos, tomó las riendas, azuzó a la bestia con un grito familiar, y se perdió entre los árboles.

## VII

El biplano corría levantando la cola, pero sin desprenderse, como si estuviera un poco aterido por el golpe y el encierro y agobiado por el peso anormal. El claro del bosque se extendía hacia los aviadores limitado por la arboleda. Tenían que ascender cuanto antes, o chocarían contra los troncos macizos. El piloto maniobró con el timón de profundidad y los alerones para subir, a la maquina se levantó unos cuantos metros, voló un poco y volvió a tierra, siempre avanzando. Téllez ordenó

—Suelta las bombas.

Doria desató los cordones que sujetaban las cuatro bombas de percusión, una por una. En el lindero del bosque, frente a ellos, asomaban entre los árboles los exploiradores rebeldes. La primera explosión resonó casi al mismo tiempo que el biplano se desprendía, y las demás se fueron oyendo sucesivamente más lejanas, seguidas por el eco de la fusilería y los silbidos largos de las balas próximas. Cuando doria soltó su último “armadillo”, se asomó por el agujero de observación, y aseguró que el proyectil había caído entre un grupo de facciosos. Mezclando su optimismo, su deseo y su credulidad, afirmó que había reconocido a “El Cascabel”, precisamente en el centro de la nube explosiva.

—¿No sería otro horno de carbón? — preguntó Téllez con suavidad.

—No. Estoy seguro. He visto a “El Cascabel” por aires, con la cabeza rota.

—Amén.

Ya volaban por encima del bosque, y el piloto sentía las emanaciones silvestres, que forman inmensos surtidores de aire en la atmósfera, y empujan los aeroplanos hacia la altura. Avisó:

—Vamos a tener baile.

Marina se juntaba con Doria, buscando refugio. Sus ojos se abrían con espanto, apretaba los labios para que el chorro de aire sobre su rostro no la sofocara, respirando ansiosamente, con las aletas de la nariz dilatadas. No se atrevía a mirar hacia abajo, y todos sus sentidos seguían la sombra de la hélice, convertida en fantasma por la rotación. En el cielo pálido y vagamente sonrosado, algunas nubes corrían, deformadas a cada instante por los vientos. El sol de la tarde se había inclinado para morir, y en el fondo de algunos valles se cuajaban profundos lagos de sombra.

Doria sentía el contacto de Marina, y procuraba sostenerla con el brazo. Por primera vez en su vida, estrechaba un hermoso cuerpo femenino, sin que el pensamiento caminara más velozmente que las manos.

A los veinte minutos pasaron sobre Pachuca, en línea recta hacia el sur. La gente de la ciudad levantaba los ojos al cielo, atraída por el zumbido del motor, y Doria, asomándose y explorando con los ojos de la fantasía, más bien que con sus ojos mortales, veía las caras levantadas en pasmo, las manos tendidas para aplaudir, los chiquillos de bocas abiertas y los indígenas azorados que parecían contemplar una aparición agorera.

Decía:

—Veo muy bien, mi capitán. Veo las calles enredadas, los alambres, la plaza con la estatua y la plaza con la torre, el Instituto, y nuestro jardín, mi capitán, la iglesia de San Francisco. Por allí cerca, tal vez alguien nos verá con emoción...

Clara la buena, la señorita Clara Urbino... Al oír el aeroplano y vernos pasar, dirá: “No ha muerto Juan Téllez. ¡Bendito sea Dios!”



*...la plaza con la estatua y la plaza con la torre, el Instituto y nuestro jardín...*

El piloto no respondía, reservado como un árabe. Doria calló también, pero al distinguir junto a la pobre iglesia el humilde cuadro apenas verdecido, y los puntos blancos y móviles que indicaban seres vivientes, pensó que tal vez uno de aquellos fuera la otra Clara, la hembra libre y generosa que vivió con él un esbozo de novela pasional, con mezcla de chulapería y de tolstoísmo.

Pero su pensamiento volaba, como su cuerpo, antes de saborear la pecaminosa emoción, sazonada con acre remordimiento, por el tibio contacto de Marina, ya sus ojos habían perdido la perspectiva urbana, y sólo veían llanos y montes.

El aeroplano se agitaba estremecido por el funcionamiento del motor, y azotado por los vientos del norte, a cada minuto más intensos. Eran sin duda vientos bajos y rasantes, que se tendían sobre los llanos con su cargamento de polvo; oleadas y torbellinos de

polvo cubrían la llanura, y apenas dejaban ver los cuadros de sembradío, las filas de magueyes, las charcas empañadas, y la doble línea del ferrocarril que marcaba la ruta.

El piloto buscó aire más tranquilo ascendiendo, y al acercarse al sitio donde estuviera su hangar, giró en curva larga, dispuesto a cortar el motor para bajar en vol-plané. Pero no se decidió a parar la máquina y consultó con Doria:

—No veo señales del hangar. El viento está imposible allá abajo.

—¿No es posible bajar?

—No quisiera hacerlo. En otra ocasión me atrevería. Pero estamos a diez kilómetros de la ciudad, en un desierto. Pronto será de noche. ¿Qué haremos ahí?

—¿No podemos volver a aterrizar más cerca de Pachuca?

—Imposible. El viento es del norte y no hay un sitio plano más cerca.

—Entonces, no sé qué decir...

—¿Tengo absoluta libertad?

—Absoluta.

—Está bien. ¿La señorita Marina, tendrá valor una hora más?

Marina apenas comprendía. Sin embargo, pudo responder:

—¿Valor? Quién sabe... No sé ya siquiera si estoy viva. Una hora, un minuto, un siglo, me es igual. Tengo confianza en ustedes. Lo que hagan, está bien hecho.

—Entonces, ¡adelante! Francisco Doria, esta noche, la casa de tus padres recibirá un huésped maravilloso, y Marina descansará bajo un techo honrado. Dentro de una hora, tal vez antes, aterrizaremos en el campo de Valbuena.

—Téllez, mi capitán... ¿piensas volar hasta...

—Hasta México. Habremos caminado veinte minutos. Tengo motor para más de dos horas. Cuida a tu compañera.

Y completando la vuelta circular, volvió a dirigirse, guiado por la línea del ferrocarril, hacia el suroeste, con el viento del norte en las espaldas. Encontró como a cuatrocientos metros de altura una atmósfera propicia que mejoraba la carburación del motor, y continuó en línea recta, avanzando prodigiosamente a más de ciento veinte kilómetros por hora.

No se veían abajo más que las figuras geométricas de las tierras en cultivo, verdes, pajizas, negras por el riego y blancas por la sequía; los erizos grises; las líneas de canales y zanjas; los techos de alguna estación de ferrocarril o casucha perdida. Las montañas y los cerros que a gran distancia parecían azules, se iban obscureciendo al acercarse, como si estuvieran sujetos a transformaciones químicas, pasando por el azul cobalto y el pardo azulado, hasta convertirse en café claro con manchas grises y verdes. Un tren que corría hacia México, probablemente con toda su velocidad, pareció primero como si caminara muy lentamente, luego, como si estuviera parado, y al alcanzarlo, como si marchara retrocediendo a toda prisa. Los grandes jagüeyes figuraban espejos irregulares.

Al llegar a una curva pronunciada del ferrocarril, Téllez abandonó el rumbo de la doble lista de acero, y se dirigió por camino que ya conocía en exploraciones anteriores, pasando por encima del cerro del Chiquihuite, hacia la villa de Guadalupe.

Doria sentía que el temblor de Marina aumentaba, exacerbado por el frío cortante, y quiso distraerla un poco:

—La última estación que dejamos atrás, se llama como nuestro piloto, Téllez. Después vamos a pasar por la Villa de Guadalupe, y nos aprovecharemos para pedir a Nuestra Señora un feliz final de viaje. Será la primera oración que reciba desde lo alto, por encima de su basílica. Pero la diremos con tanta devoción, como si estuviéramos a sus pies. ¿Se acuerda usted que le ofrecí hablarle, y contarle cómo es nuestra gran ciudad de los palacios y de las iglesias? Ya tenía preparada una descripción, pero ahora podrá usted verla mucho mejor de que como yo se la hubiera pintado. Ya se ve algo... allá... aquellas luces. Todavía queda un poco de sol, pero ya la ciudad se ilumina con sus resplandores eléctricos.

Marina temblaba como si la sacudiera un acceso febril, y sus ojos abiertos querían afocar todos los rumbos. Hasta entonces había tenido la sensación de una pesadilla, de un sueño disparatado, pero en los últimos instantes, lo que veía era más insólito aún que todas las visiones que hubiera podido tener dormida. Salía de un valle donde viviera encerrada como entre cuatro muros inmensos, sin más imágenes que las imprecisas nociones de los libros y las nebulosas figuras de la imaginación. No se atrevía a representarse mentalmente la ciudad de México, tal como pudiera verla caminando por las calles, y se le aparecía de pronto en una perspectiva que muy pocos mortales han llegado a contemplar.

Fué una visión rápida. Al poniente, los montes recortados como nubes inmóviles y negras, sobre un horizonte de bermellón diluido; una gran mancha gris surcada por líneas rectas y dominada por cúpulas y torres, los focos que se encendían y parpadeaban, y culminando macizamente, las dos torres gemelas de la Catedral, con sus remates en forma de campana.

En aquellos instantes el cuerpo de Marina era como un vaso demasiado frágil para el tumulto de sus emociones. Todos los recuerdos se le agolparon de pronto, todas las angustias sufridas se concentraron en su pecho jadeante; al mismo tiempo que sentía la sangre como si le diera martillazos en las sienes, le pasaban por la imaginación sombras conmovedoras, su madre dolorosa, su casa abandonada, su propia vida como pendiente de un hilo; el viento la flagelaba como si estuviera desnuda, y sus dientes en vano querían enclavijarse, chocando miserablemente.

Las palabras de Doria le parecían venir de muy lejos; ya no veía ni reflexionaba, ni esperaba nada. Cuando pasaron por encima de la basílica de Guadalupe, no tuvo alientos para dejar caer una palabra devota, ella, que tenía como una de sus grandes ilusiones ir en peregrinación para rezar a la Virgen. No se dio cuenta



...Rodó sobre la yerba seca, se detuvo poco a poco...

de que el aeroplano volaba por encima de la ciudad, que giraba, por último, para buscar su nido, y que volvía la dirección hacia el oriente. Sintió que el motor se paraba, y se creyó en el vacío. Tuvo la sensación de caer y cerró los ojos. El zumbido del viento no le permitía escuchar a Doria:

—Ya veo la torrecilla de señales, con sus cuadros de ajedrez!... Y los seis hangares... ¡Bravo, mi capitán!... ¡Qué hermoso descenso!... ¡Eso es volplanear!... ¡Bravo!

El biplano tocó la tierra con agilidad, y sin un salto, como si avanzara muellemente, convertido en automóvil, rodó sobre la yerba seca, se detuvo poco a poco, y se paró al fin a cien metros del hangar.

## VIII

Aquella noche, el comedor de la familia Doria lucía como si fuera Navidad, Año nuevo, o gran fiesta de fiesta de familia. En la mesa brillaba la vajilla de lujo, estrenada el año anterior con motivo de las Bodas de Porcelana, en el año XX de la libertad perdida, como decía el señor Francisco Doria, padre del aviador. Los tres hermanillos menores pugnaban por iniciar la comida aunque fuera empezando por los dulces, especialmente una crema de leche y huevos, con sabor de coco, puesta en un tazón vidriado de Oaxaca. La mamá los contenía, anunciando para muy pronto al señor Doria y a su hijo.

—¿Por qué no han venido ya?

—¿No tiene hambre Francisco, después de tanto tiempo sin comer aquí?

—¿Para quién es un cubierto más?

—¿Qué hablando tanto mi papá y Francisco?

El padre y el hijo hablaban, en efecto, desde media hora antes, y el aviador exponía como es de rigor los sucesos pasados, mientras Marina se arreglaba un poco, auxiliada por la hija única de la familia, Elena, de quince años. Al llegar a su casa, acompañado por Marina y Téllez, dio la primera explicación a sus padres, muy condensada. Téllez ofreció ampliar los informes poco tiempo después, porque tenía urgencia de ir al telégrafo, para tranquilizar a la madre de Marina, y luego quería bañarse y vestirse como gente.

La segunda versión de sus aventuras, ya únicamente para sus padres, fué un poco pintoresca, con algunas ocultaciones legítimas, como la intervención de Clara la mala, y unas cuantas modestas exageraciones. Una vez a solas con su padre, quiso avanzar como si volara, y comenzó a descubrir su cariño para Marina, hablando

indirectamente de noviazgo oficial, de matrimonio... Su padre lo detuvo sin violencia, y quiso explorar, también indirectamente, para saber algo más acerca de Marina, de su familia, de su educación, de su carácter.

El padre.—Es necesario tener paciencia, hijo mío. No te digo que sigas mi ejemplo, porque tal vez a tus años yo pensara como tú. Pero de algo te servirá mi experiencia.

El hijo.—¿He dicho algo malo?

El padre.—Has dicho muy poco. Pero estoy seguro de que piensas algo malo. Esa niña que ha venido contigo, no merece que la engañes. No debes jugar con ella.

El hijo.—Es que yo tengo muy buenas intenciones.

El padre.—Lo creo. De otro modo, no te habrías atrevido a decirme nada. Pero no bastan buenas intenciones para casarse, ni siquiera para hablar honradamente de casarse. Tú has conocido a Marina en su casa, en un pueblo. Tal vez al verla en la ciudad, notes sus rasgos de campesina, sus modales...

El hijo.—Si, es muy sencilla. Pero tiene educación, es más instruída que yo mismo.

El padre.—No es mucho. Por tu parte, no te fío gran cosa. Ya sé que no eres un perdido, pero tampoco eres formal, serio, hombre hecho y derecho.

El hijo.—Yo... yo...

El padre.—No te hablaría de esto, si no me dieras ocasión. Los padres vemos mucho más de lo que se imaginan los hijos. Yo también fui joven, y se lo que hacen los muchachos después de las diez de la noche. Seguramente no fui como tú. Tú eres aviador y en mi tiempo un automóvil era cosa de magia. Hoy se vive más de prisa. Aviador... aviador... No vivirás con tu mujer volando.

El hijo.— No pienso vivir volando. Cuando tenga mi título de piloto, y conozca bien la teoría y la práctica de construcción de aeroplanos, podré trabajar como jefe de taller, como instructor, seguir la carrera, hacer campañas. Puedo trabajar aquí o en cualquier parte del mundo.

El padre.— Entonces me hablarás de matrimonio. No me importa que seas esto o aquello. No quiero saber cómo te ganarás la vida, sino que eres digno de ganarla.

Marina se irá con su madre. Si tú insistes en buscarla, si tu cariño es de verdad y resiste a tiempo, entonces tendrás mi bendición.

El hijo.—¿Y ahora? Me dolería verla en mi casa como si fuera una extraña. La quiero de veras... ¡la quiero! Me ha salvado la vida, pero eso no importa. La he salvado yo, pero no es por eso tampoco. La quiero sin saber por qué.

El padre.—Si los dos han sufrido juntos, en ninguna parte será una extraña para ti. Pero si quieres respetarla, y que tus padres no la miren con prevención, cállate... Y vamos al comedor, que ya es tiempo.

Cuando iban a entrar al comedor, Marina y Elena llegaban por el pasillo. El señor Doria tomó a Marina por el brazo, indicando a sus hijos que se adelantaran para tomar sus asientos. Al rededor de la mesa, los muchachos esperaban ansiosamente, y la luz de la lámpara caía sobre sus melenillas agitadas, como un oro fluido sobre oro ensortijado, y sobre la cabeza plateada de la madre como una coronación. Téllez también esperaba, de pié junto a su silla, con el uniforme gris de los aviadores, limpio y derecho.

Marina se adelantó, atemorizada por el repentino silencio, comprimida dentro del traje de cuadros negros y blancos que le pusiera la hermana de Francisco. La luz

de la lámpara figuraba un cono sobre la mesa reluciente y las sillas.

El señor Doria dijo:

—Muchachos, Francisco les ha traído una nueva hermana.

Y suavemente hizo que Marina diera un paso, para entrar en el cono de luz.

El teniente Doria comenzó por tercera vez la relación de sus aventuras, ampliando los detalles con toda la claridad posible para satisfacer al auditorio menudo. Se interrumpió para suplicar a Téllez que a su vez contara lo que le había hecho y a dónde fue después de la caída del biplano. Como el capitán no accediera inmediatamente, volvió el teniente a su propia relación.

Se volvió a interrumpir para suplicar a Marina que contara sus impresiones del asalto a la casa de San Nicolás, su secuestro, su prisión en “El Cascabel”, su intento de fuga, la persecución a través de la gruta, por la orilla del lago y entre el bosque, y el vuelo final. Marina dijo algunas palabras con tal timidez, que Doria tuvo que ayudarla y reanudar el relato por su propia cuenta. Contaba los sucesos con tal calor y buena fe, que el más pequeñín de los Doria tenía ya los ojos llenos de piedad y de llanto, por los dolores del tío Salomé y las angustias de su hermano Francisco, y poco le faltó para aplaudir, como en las escenas fulminantes del cinematógrafo cuando oyó como “El Cascabel” fue levantado patas arriba, convertido en polvo por la explosión de una bomba relampagueante.

—Pero lo mejor debe ser la relación de Téllez. Cuenta, mi capitán.

Téllez.— No vale la pena. No es que quiera hacerme el modesto, pero realmente no vale la pena. Después de lo que tú has contado, mis aventuras sin juegos de

niños. Me di cuenta de que estabas herido, al verte en peligro de caer. Te sujeté por el cinturón, y tuve que subir para escaparnos de las balas. Hacia tanto frío, que me sentí como paralizado, perdí el control del aparato, y comenzamos a caer. No puedo decir cómo ni por dónde fué la caída. Ya muy cerca de tierra, distinguí un espacio abierto, un claro de bosque, y con el brazo contraído, corté el motor. No habíamos llegado a perder el equilibrio. Tal vez instintivamente di la inclinación necesaria, o como ha sucedido alguna ocasión, aunque parezca increíble, el biplano bajó por su propio peso, sostenido por sus alas, y aterrizó sin accidente por verdadero milagro.

El teniente Doria.—Si no es un milagro, es cuando menos una rara casualidad. Pero es verdad que ha sucedido. Durante la guerra, en el frente francés, un aeroplano volaba sobre campo enemigo, con un piloto y un observador. El piloto fue muerto, con una bala en el corazón. El observador no podía ni sabía manejar el aparato. El último movimiento del piloto fue para cortar el motor, y el aeroplano cayó, dio vueltas, viró, hizo varias veces el looping-the-loop, y al fin aterrizó en volplané, con el piloto muerto y el observador perfectamente vivo...

Téllez.—Permíteme que te interrumpa. Ya comencé con mi cuento, y lo he de terminar, porque no estoy dispuesto a decirlo más que una vez.

Nuestro aterrizaje no fue tan blando como en el aeródromo. El biplano saltó dos o tres veces, y los dos salimos volteados con violencia. Tú habías perdido el conocimiento. Te llevé como pude en busca de agua. Como no podía arrastrarte más y no encontraba ningún arroyo, ni fuente, ni manantial, me desvié un poco, y cuando regresé a buscarte, ya no estabas.

Doria.—Junto al sitio donde recobré los sentidos, había un conducto de agua.

Téllez.—Pero yo no te ví, te busqué inútilmente y volví al aeroplano. No es por ofenderte, pero nuestra máquina me preocupaba tanto como tú. Como no sabía cuando pudiera volver a recogerla, la escondí en un chozón abandonado, tapé las alas y el fuselaje lo mejor que me fue posible, con ramas, troncos y varillas. Volví a buscarte, me extravié por el bosque, y cuando menos pensaba me vi entre los rebeldes. Era una partida exploradora, unos diez hombres. Según supe después, su jefe era el llamado general Sagredo.

Doria.—Cuco Sagredo.

Téllez.—El mismo. Me llevaron a la presencia del cabecilla, como, si fuera un prisionero de guerra, pero no se llegó a saber que tuviera carácter militar. Me tomaron por un mecánico de las minas, y me creyeron más idiota de lo que soy, por la estupidez de mis contestaciones. No por eso me soltaron. Tuve que seguir a Cuco Sargredo, agregado a su Estado Mayor, en calidad de teniente coronel mecánico. Sagredo tenía o tiene un cañón sin cierre, escondido en un lugar de nombre imposible, algo así como Metzquititlán, y me creyó capaz de ponerlo en estado de servicio. Logré convencerlo de mis facultades no llegaban a tanto, me perdonó me concedió un poco de confianza.

Yo sólo esperaba una ocasión para escaparme, cuando me proposiciones que mandaba el compañero “Cascabel”, para saquear un convoy de Regla. Cuco Sagredo aceptó y aunque el camino de Regla no está dentro de su zona militar, fuimos al asalto, nos dimos cuenta de la desertión del general Salomé Canillas, perseguimos a ciertos fugitivos hasta cerca de Huasca, nos batimos en retirada por la aproximación de los gobiernistas, y yo recibí, junto con un soldado de las confianzas de “El Cascabel”, la comisión de vigiar la gruta de Sanctorum,

con instrucciones de esperar a “El Cascabel” en persona, que volvería con refuerzos.

Mi compañero vigilaba la gruta y yo vigilaba a mi compañero, para ver si podía escaparme. Me dijo que adentro estaban un hombre y una mujer, espías del gobierno, y después me avisó que otros dos hombres querían entrar y les habían disparado.

Exploramos los alrededores, nos encontramos unos caballos y nos los apropiamos con tranquilidad de facciosos. Poco después supe que llegó “El Cascabel” con más gente, quiso entrar a la cueva y salió echando espuma. Mandó prender fuego en la entrada, y esperó que sus víctimas salieran pidiendo perdón. Pero las víctimas se escaparon por otra salida que “El Cascabel” no suponía practicable, y hubo que reanudar la persecución. Yo comencé a darme cuenta, por lo que hablaba “El Cascabel” con su gente, de que entre los perseguidos estaba un tal Doria, aviador, que había sido encontrado con un balazo, y después curado en una casa de la hermana de Salomé. Quise aprovechar la ocasión, me adelanté con mi magnífico caballo y la buena suerte hizo lo demás.

No fue posible hacer que Téllez ampliara su relato. Nadie quedó conforme con la manera lacónico aquel extracto de aventura. En vano, el teniente multiplicó las preguntas, y los viejos pidieron más detalles, y la chiquillería reclamó porque Cuco Sagredo no había tenido el mismo final que “El Cascabel”, como Judas de Semana Santa. Elena demostró mayor interés por un papelito con tres palabras escritas a lápiz, entregado misteriosamente en una casa de la calle Hidalgo, en Pachuca.

Téllez.—Voy a dar gusto a esta simpática tribu de los Doria, y especialmente a la niña curiosa. Este recado

yo lo escribí únicamente para informar al mundo de que vivía, y se lo mandé a la única persona que podía interesarse por mí en Pachuca. Lo escribí repetido en dos papeles, despaché un mensaje con una india vieja y el otro con un español que recorría los campamentos rebeldes cambiando cartuchos por ganado. Les di instrucciones para que dejaran el recado sin ser vistos, y uno de los dos cumplió su encargo. Ahora les voy a contar el suceso más dramático, que pude presenciar, mientras viví entre esos hombres sin ley, para que se imaginaran hasta donde llega el amor a la sangre y el desprecio a la vida agena.

Todos se dispusieron a escuchar. Los mayores plácidamente, saboreando el café, la señora y la hija escalofriadas de antemano, con deseos de oír y de no oír, por miedo a las pesadillas, Marina pálida, todavía temblorosa, y los tres últimos Dorias con forzada atención, peleando con el sueño. El más pequeño clavó los codos en la mesa, y con la cara entre las manos, se acomodó para no doblarse y cerrar los ojos.

Téllez.—Pocos días antes de recibir la proposición de “El Cascabel” para el asalto al convoy de Regla, mi general Cuco Sagredo estaba instalado con el grueso de sus tropas en esa población, que se llama aproximadamente Metzquitlán. A falta de otras diversiones peores, se organizó una pelea de gallos, con todas las reglas de costumbre y apuestas de todos géneros. Se apostaban rifles contra billetes americanos, bolsas con cartuchos contra botellas de aguardiente, toquillas de pluma de achiquilichi...

Elena Doria.—¿Y eso qué es?

Téllez.—Plumas de ave, una especie de garza

El señor Doria.—Es preciso no interrumpir. Siga usted, señor Téllez.

Téllez.—Los coroneles y el general apostaban con oro, generosamente. Las peleas fueron duras, y el héroe de la fiesta resultaba un hermoso gallo japonés, invencible, de enormes zancas y cola negra, y que parecía con sus plumas erizadas un tremendo animal de combate. Era el favorito de Cuco Sagredo, y cinco veces seguidas rajó a sus pobres adversarios con su formidable navaja en forma de luna nueva. En cada pelea, no sólo apuñaleaba a su enemigo, si no que lo hacía rodar con la embestida, y lo dejaba fuera de la raya hecho un plumero manchado y deshecho... Ya no quedaban más combatientes, y el gallo japonés, cerca del general Sagredo, imperaba como un samurai. El gritón de la plaza o sea el pregonero de las apuestas, anunció que el general aceptaba todos los desafíos, con gallos de cualquier peso, con navajas de cualquier tamaño, con el amarrador que se quisiera, por cualquier cantidad y veinte pesos más. Nadie se presentó. Todos los dueños de gallos meneaban la cabeza. El gritón repitió su desafío con arrogancia.

Al fin salió de entre las vigas y tablados que formaban algo así como tribuna, un charrito del pueblo, con cara muy humilde. Llevaba un gallo envuelto en su paliacate de colores, tan modesto como su amo. Apenas asomaba la cabeza descrestada y el pescuezo desnudo. El charrito pidió que se fijara una cantidad como apuesta. El general Sagredo se reía, el público se agitaba entre divertido y asombrado, y el gritón afirmó:

—Ya dije que cualquier cantidad, y veinte pesos más.

—Está bien; pero hay que decir un límite.

—Bueno... pues ponga usted mil pesos.

—Y veinte más, son mil veinte pesos. Muy bien.

El charrito se desenrolló el cinturón de cuero y fue sacando sus “aztecas” de oro, los contó cuidadosamente, los alineó en columnitas, y comenzó a desenvolver su

gallo. Daba lástima. Era un animal con plumas contadas, flacucho, de ojos tristes, y para colmo, con una pata vendada. Todos se reían.

Y empezó la pelea. El gritón aviso:

—¡Cierren la puerta! ¡A la raya...!

No había ninguna puerta, pero sí dos rayas para indicar el palenque. El gallo japonés y el gallito de la pata vendada se pusieron frente a frente, se miraron, avanzaron uno contra otro, uno con majestad y otro cojeando, agitaron las alas y chocaron en el aire. El gallito de la pata vendada sufrió tal empuje, que fue a dar hasta su raya, próximo a salir fuera del palenque, con una ala caída, hecho un infeliz... Como todos lo esperaban así, sólo aumentó el rumor de las risotadas. El gallo japonés ya estaba listo para soltar su grito de triunfo. Pero de repente, el gallito que se creía moribundo, alzó el pico, se enderezó, con toda calma se puso a desenrollar la venda de su pata, sacó de entre la venda una pistola Mausser miniatura que llevaba escondida, apuntó al gallo japonés, le disparó uno tras otro cinco tiros, y lo dejó tieso en el palenque...

El único que halló la gracia del cuento, fue el penúltimo de los Doria, porque el último ya estaba completamente dormido. Los demás preguntaron sucesivamente:

El señor Doria.—¿Y qué más?

La señora Doria.—Es imposible, señor Téllez. ¿Cómo había de llevar una pistola entre la venda?

Elena Doria.— ¿Y qué hizo el general Sagredo?

El teniente Doria.—Eso no se vale, Juan Téllez! Un cuento alemán a estas horas. ¡Eso no se vale!

El señor Doria.—Es un pretexto para desviar la conversación y no hablar de los misteriosos mensajes dirigidos a una misteriosa mujer.

Téllez.—No hay tal misterio. Los mensajes eran para la

señorita Clara Urbiño. Francisco la conoce. Es la única persona a quien yo podría escribir.

El teniente Doria.—Sí, la conozco. Que Dios te la conceda, mi capitán.

La señora Doria.—¿Y por qué no escribió usted a sus padres?

Téllez.—No tengo padres, señora. Sólo parientes lejanos.

El señor Doria.—Entonces no tiene usted más que un camino: casarse.

Doria.—Debes ir a Pachuca lo más pronto posible.

Téllez.—Mañana mismo.

Doria.—Y yo también. Necesito llevar a Marina, arreglar la amnistía de Salomé, dar las gracias al cura Juárez...

Téllez.—Tú no debes ir, ni menos inmediatamente. Es imposible que la señorita Marina pueda salir mañana mismo. Esta muy fatigada. Lo demás puedo arreglarlo yo. Espera mis noticias. Tú no debes ir.

Cuando se habló de Marina, todos la miraron más atentamente, sorprendidos por no oírla dar su opinión. Estaba palidísima, con los labios exangües, derecha en su asiento casi por inercia. Fue necesario llevarla a su cuarto y recostarla en el lecho de Elena. El último esfuerzo para asistir a la comida remató sus esfuerzos, y al agotarse la excitación nerviosa, se quedó como un foco eléctrico sin corriente. A pesar de los abrigos temblaba y se estremecía, y la fiebre le iba llegando por oleadas. El ofrecimiento de Juan Téllez pero lo único practicable, y después de cambiar opiniones y ponerse definitivamente de acuerdo, se aceptó su plan.

## IX

El teniente Doria se dio prisa al día siguiente, para telegrafiar a Doña Concepción y al Cura Juárez, avisando el viaje de Téllez, y comunicando que Marina estaba un poco enferma. Fue al Departamento de Aviación para rendir su parte y pedir ayuda con el objeto de lograr la amnistía de Salomé.

La noticia de la reaparición de Téllez y su llegada al aeródromo de Valbuena con el biplano maltratado, pero completo, fue un recurso mágico para Doria. Se le volvieron a franquear las puertas, el Coronel Jefe del Departamento lo recibió y escuchó bondadosamente, sus compañeros y superiores inmediatos lo festejaron, y pudo obtener recomendaciones para que el Ministerio de guerra le telegraficara al jefe de las operaciones militares en el Estado de Hidalgo, indicando que se diera auxilio al ex rebelde, ex general José Salomé Canillas. Todo hubiera terminado así, como en los cuentos de hadas. Pero Doria sentía que le faltaba lo principal.

Marina estaba enferma. Probablemente no era más que un transtorno ligero, una irritación febril y nerviosa, curable con un descanso y paz. Pero la fiebre, tal vez por efímera, fue más violenta y aparatosa, y Marina deliró toda la noche y el día siguiente, pronunciando palabras ininteligibles. Sólo se adivinaba el grito supremo:

—¡Mamá!... ¡Mamá!...

En la noche se recibieron telegramas de Juan Téllez, avisando la salvación de Salomé y la buena disposición de las autoridades para concederle su resurrección civil, y del padre Benito Juárez, comunicando que Doria Concepción saldría inmediatamente para Mexico.

Llegó efectivamente la madre de Marina, y ya encontró a su hija en las dulzuras de la dieta casera, sin fuerzas,

blanca de palidez, sostenida maternalmente por la señora Doria. Todos se eclipsaron, para dejar correr libremente lágrimas y besos.

Después, cuando la conversación fue posible, dijo Doña Concepción al señor Doria y al teniente, que su hermano Salomé se había escapado gracias a la destreza del guía Juan Mateo y a la abnegación del caballo guinduri, pero como la bala que lo hiriera se le había quedado cerca de la rodilla, tenía la pierna hinchada, con peligro de perderla. Doña Concepción había salido violentamente, por el ansia de ver a Marina, pero una vez que terminaran los trámites de la amnistía, esperaba que el Padre Juárez hiciera el favor de traer al herido hasta México, para que si era posible, lo curaran en algún sanatorio.

A los dos días llegó el cura de Huasca, acompañando a Salomé, que venía con la pierna por delante, obligado a sujetarse a una inmediata operación de cirugía, con riesgo de amputación o algo más grave. Se requerían un cirujano de exquisita destreza, cuidados especiales y pocos gastos. Los recursos de la familia, obligaban a buscar un establecimiento de beneficencia, y las gestiones del Cura, sirvieron para obtener una cama en el Hospital de Jesús. El señor Doria, a su vez, pudo arreglar que hiciera la operación el mismo Director del Hospital, famoso cirujano.

El primer día que salió Marina a la calle, fue para ir al Hospital de Jesús, en compañía de su madre y del teniente Doria. Desde la calle de Tres Guerras, hasta el antiguo edificio que mandó elevar Don Fernando Cortés, el Conquistador de México, atravesaron la ciudad para llegar a la calle de Mesones, entrando al Hospital con el corazón oprimido, más por la sensación que instintivamente surge en todo caso de dolor, que

por el aspecto noble, antiguo y severo del edificio: muros blancos, patios con jardines, anchas escaleras de honor, corredores capaces de contener una procesión, arcos y pilares del tiempo de los Virreyes.

Cuando entraron a la salita de la dirección, ya el padre Juárez platicaba, con su tono entre ranchero y doctoral, atendido por el cirujano.

El religioso y el médico esperaban a los familiares del enfermo, porque Salomé, antes de sumirse en la inconciencia del cloroformo, y tal vez de la muerte, deseaba decir algo a su hermana.

El cirujano ya tenía puesto el gorro blanco y el blusón de la ceremonia, y escuchaba pacientemente la conversación del cura del pueblo. Se entendían tal vez por la afinidad racial. El médico tenía también rasgos indígenas, afinados por su vida de estudio, como si la atmósfera de las Universidades europeas, y el ejercicio constante de una profesión, que requiere gran delicadeza de mano y de alma, hubieran atenuado las huellas de su raza bravía. Tenía las manos pequeñas y finas, según dijo el poeta:

Que son la herencia de una raza fina  
De cuyo arte magnífico y bizarro,  
Ofrecen arqueológicos ejemplos,  
La curva de sus ánforas de barro  
Y el encaje de Piera de sus templos.

Como ya las había lavado con alguna solución aséptica, las tenía levantadas, con los brazos encogidos, para evitar todo contacto. La conversación había comenzado con motivo del retrato de Cortés, que adornaba la salita.

El Cura.—Me da gusto ver al Conquistado frente a frente, señor Doctor. Yo tuve desde niño un odio negro

para Cortés, no sólo por mí sangre india, sino por mi vocación religiosa. Los Conquistadores y los Misioneros se disputaron a los indios, y como era natural, pudieron más los hombres de armas. Ya sabe usted lo que dicen nuestros libros de historia escolar: Cortés fue un aventurero; traicionó a Velázquez; engañó a Moctezuma; atormentó a Cuauhtémoc y lo asesinó; ahorcó a su mujer; fue disoluto, codicioso, desalmado... Y sin embargo, al mirar en este Hospital su efigie, quisiera saludarlo con una reverencia y decir oraciones por su alma. Mire usted su cabeza, su aire de caballero. Era hijo de padres pobres, pero cristianos viejos, “hijosdalgo”. Murió en la desgracia y fundó este Hospital.

El médico.—No me sorprende lo que usted dice. Todo el que visita este Hospital, y comprende, tiene algún recuerdo de desagravio para el fundador.

El Cura.—Es muy poco. No faltarán maliciosos que recuerden el epigrama de aquel señor Don Juan de Robres, el que fundó un hospital, pero antes hizo a los pobres. La única manera de agradecer una fundación benéfica, es ayudarla con hechos. Los legítimos descendientes y herederos de lo que hay de gloria en Cortés, son los que contribuyen al sostenimiento de esta casa.

El médico.— Es verdad. Yo también aprendí en la escuela a odiar la memoria de Cortés. Más que usted mismo, padre. Porque en las escuelas de gobierno somos muy liberales, enemigos de régimen colonial, del dominio español, y mucho más de la Conquista. En nuestros libros, la Conquista es una matanza de indios en grande.

El Cura.— Yo creo que es la verdad.

El médico.— Cuando menos, la verdad aproximada.

En historia, soy muy escéptico, padre. Pero nada más en historia. Pues bien, a pesar de mi oído tan bien alimentado desde la infancia, he perdonado a Cortés, no sólo por su grandeza de guerrero, sino por tanto beneficio como ha venido realizando aquí desde hace cuatro siglos. Y lo admiro porque supo fundar. Cualquiera sabe dejar un legado para los pobres, o más bien dicho, para los albaceas. Pero Don Fernando era de la estirpe de los constructores. Mire usted la casa: está hecha con espíritu de eternidad...

El Cura.— Eternidad es mucha palabra, señor Doctor, basta decir que es una casa colonial, virreinal; que está flanqueada por una iglesia, servida por monjas...

El médico.— Y también por médicos que salen de las escuelas jacobinas. Mire usted aquél ciudadano, que ayudará con la mascarilla de cloroformo... En la Escuela de Medicina es un radical rojo, de los que tragan curas. Y aquí trabaja humildemente mano a mano con las Hermanitas, en este Hospital de Jesús de Nazareno y de la Purísima Concepción.

En ese punto llegaron Marina y su madre con Doria, irrumpiendo lo la plática de los dos doctores. El médico dijo después de saludar:

—Vaya usted, mujer, vaya con su hermano, Que le diga cuanto quiera. Y nada de lágrimas, ¿eh? No es ocasión de lágrimas, ni de últimas instrucciones, ni de confesión. El señor cura ya estuvo él, pero sólo para conversar amistosamente. Voy a enseñarle el camino. Vamos, señor Cura, esperaremos en la antesala, mientras dura la conferencia.

Se fueron Doña Concepción, el Cura y el cirujano, y los dos jóvenes permanecieron en el saloncito. Por primera vez se hallaban a solas, desde su encuentro en la gruta

de Sanctorum, y aunque Doria sentía que era necesario decir muchas cosas, no hallaba por donde empezar.

Los dos se pusieron en pie, salieron al corredor, y se acercaron juntos lentamente al barandal de hierro. Una conversación sencillamente galante, en aquel sitio que, a pesar de su aspecto conventual y tranquilo, era de todos modos una casa de dolor, le parecía desde luego a Doria inconveniente.

Detrás de ellos pasaban las monjas, recoletas y calladas, los practicantes de medicina y las enfermeras, con lienzos, gasas, frascos, tisanas y cajas de instrumentos. Se advertían los olores de mal agüero que exhalan las drogas desinfectantes. En los corredores tomaban el aire, sentados en las bancas, o paseando, los convalescientes, algunos vendados todavía, con las caras lívidas por el sufrimiento de la enfermedad o la sangría de algún acuchillamiento curativo.

Doria.—Estos convalecientes habrán visto muy de cerca la muerte, como nosotras la vimos. Cuando salgan de aquí, le encontrarán a la vida un sabor más intenso. Así siento yo ahora. Después de los peligros que pasamos juntos, me parece haber nacido otra vez.

Marina.—Yo también me siento muy cambiada. He sufrido tantas sensaciones y he visto tantas cosas en estos días, como no había visto diez años antes. Todavía no vuelvo en mí completamente.

Doria.—Entonces, los dos hemos cambiado. Aunque tal vez yo comencé a cambiar primero. Se me figura que mi vida tiene dos partes. Una que terminó cuando me sentí herido, antes de la caída del aeroplano, y la otra que empieza cuando fui volviendo a la vida, en la casa de usted, curado por sus manos.

Marina.—Yo no siento un cambio tan completo. Más

bien me parece que antes no había comenzado a vivir...  
Que hasta ahora empiezo.

Doria.—¿Hasta ahora?

Marina.—Hasta hace algunos días.

Doria.—¿Desde que nos encontramos en la gruta?

Marina.—Desde antes.

Doria.—¿Desde que nos separamos en San Nicolás?

Marina.—No puedo precisar bien.

Doria.—¿Y qué prefiere usted, vivir como antes, sin sentirlo, o vivir como ahora?

Marina.— Todavía no puedo decir. He sufrido mucho, he tenido instantes de espanto, unas angustias que me parecían eternas, unos desfallecimientos en todo el cuerpo... y luego alegrías tan grandes, tan dulces...

Doria.—Así es la vida, Marina. De niño y de joven, es uno casi insensible, mira las cosas por encima, no sufre ni frío ni calor, y se le pasan los años como en sueños. Pero después, todos los sentidos se afinan. Unas gentes poco a poco, por la fuerza de los años, otras repentinamente, por algún suceso que renueve toda la sangre, encuentran que la vida tiene sabor y color. No es dulce ni amarga, ni absolutamente negra o color de rosa, sino con todos los matices de las cosas vivas, con el sabor de todos los licores y los alimentos, con el aspecto de la tierra y del cielo, de los árboles y del mar. Estos enfermos, que resucitan después de sentir la carne cortada y los huesos aserrados, deben hallar un buen sabor hasta en el aire y un color en el cielo que otros no ven. Marina se quedaba sin responder, ligeramente confusa por las sutilezas verbales que escuchaba por primera vez. Su instinto adivinaba que Doria tenía oculto un pensamiento, y antes de expresarlo, quería llevar la conversación por caminos sentimentales. Tal vez en otra oportunidad, ella habría facilitado la marcha por tales

senderos, porque la provinciana más pura domina las artes amatorias, como los peces la natación, es decir, muy naturalmente y sin perversidad inicial.

Pero Marina habló de veras al afirmar que aún no volvía completamente en sí. Las emociones, el choque físico, y la inquietud que no terminaba mientras su tío estuviera esperando el cuchillo quirúrgico, eran obstáculos para desarrollar sus inconcientes habilidades de mujer. Doria comprendía la situación espiritual de su amiga, y a su vez, recordaba la indicación paterna, que había creado una dulcísima fraternidad provisional. Marina era su hermana. Por eso se detenían en las vaguedades de una conversación tendenciosa, y hablaba mejor con el silencio.

El Padre Juárez los encontró muy juciosamente callados, y les avisó que la operación iba a empezar. El médico dispuso que únicamente asistiera Doña Concepción y el sacerdote, y eso por súplicas del herido, que deseaba tener a su lado auxilios espirituales y temporales.

Se volvieron a quedar solos, y al principio, los dos imaginaban con nervios contraídos, como el médico ayudante sujetaba la mascarilla del cloroformo sobre la boca y las narices de Salomé, el cirujano desnudaba la herida y con las hojas finísimas de su cuchillo, iba tajando, raspando, abriendo en carne doliente, entre huesos menudos y cartílagos roídos por la infección... Luego se les fue calmando el escalofrío. La juventud y el amor realizaban su tarea.

Se sentían mutuamente confortados simplemente por estar juntos. Lo que no se atrevió a provocar Marina ni a decir Doria, lo que hubiera sonado como campanilleo discordante en aquella paz de hospital, lo que ambos tenían en el corazón sin dejarlo subir a los

labios, brotaba como fuente invisible, tal vez a causa de la misma emoción que suscitaron las imágenes de sufrimiento, de sangre y de muerte. Los dos sentían una conformidad de sentimientos comparable con los acordes de una melodía, dialogaban sin hablar, sin moverse, como si estuvieran solos y encantados en el antiguo corredor lleno de sol. Sentían y comprendían que cuando llegara la hora buena, el momento oportuno, serían ya inútiles las palabras eternas y balbuceantes de todos los enamorados, y que cuando pudieran salvar los obstáculos que aún los separaban, aflicciones pasajeras, dificultades materiales, escrúpulos de familia, tiempo lento, ya no tendrían más que mirarse en silencio, y acercarse el uno al otro para consumir la suprema elevación, con los brazos abiertos, como alas.

Volvió Juan Téllez a los pocos días y cuando se halló a solas con el teniente Doria, le dijo:

—Tengo una comisión para tí. No he podido negarme a cumplirla, porque no quise provocar una escena de llanto. Y una vez prometido, no hay remedio. Supongo que no habrás olvidado a tu alegre Clara. No sé cómo supo mi presencia en Pachuca, me buscó, me rogó que le diera tu dirección, me hizo preguntas... En fin, para no excitarla, prometí traerte una carta. Aquí está.

Doria.—¡Qué difícil es rematar el pasado, mi capitán! Tenía las mejores intenciones de olvidar.

Pero en fin, venda la carta. Voy a estudiar una contestación muy suave y definitiva.

Téllez.—Para eso, lo mejor es callar. El silencio es de oro.

Doria.—¿Estás seguro?

Téllez.—Completamente

Doria.—¿Por eso no hablas nunca de la otra Clara, de Clara la buena? De ella sí podríamos hablar, sin

remordimientos, santa y dulcemente. Borraremos a la pobre Clara la mala, y háblame de la otra, aunque sea por esta vez.

Téllez.—Por esta vez, sólo te diré que la señorita Clara Urbino te manda muchos recuerdos y muchas gracias.

Doria.—¿Y nada más? Dime cómo la viste, y la cara de gusto que tenía al encontrarte, y las primeras palabras que se cambiaron, y los proyectos que tengan. Díme...

Téllez.—No puedo responderte como deseas. Tengo mucha prisa. Necesito ver hoy mismo al Coronel Jefe del Departamento, para informarle detenidamente. He sabido que se va a formar una Escuadrilla de Operaciones para el norte.

Doria.—Lo que tú quieres es no hablar conmigo de Clara. No me tienes confianza.

Téllez.—¿Confianza? Te voy a demostrar lo contrario. Mi propósito es pedir que si me designan para salir a campaña, me den órdenes para ir contigo, con nuestro biplano heroico. Imagínate. Doria, volar en la frontera, en Ciudad Juárez o en Mexicalli, como centinelas en las puertas de más peligro.

Doria.—No hablan en serio, mi capitán. Cuando te invito a confidencias casi matrimoniales, me resultas con una expedición al otro mundo.

Téllez.—Precisamente para hablar después, de la gran expedición matrimonial. ¿Qué le vas a ofrecer hoy a tu prometida? ¿Tu blanca mano vacía? Antes de gozar placeres de hombre, hay que cumplir trabajos de hombre.

Doria.—¿Y tú le has dicho eso a Clara Urbino?

Téllez.—Yo no te he hablado de Clara Urbino. Te he dicho que tengo prisa por ver al Coronel Jefe del Departamento. Y por lo tanto, me voy. Pero antes, óyeme. Encontré en un periódico francés la traducción de un

poema árabe. Trabajé varias noches con el diccionario para ponerlo en español, porque explica indirectamente lo que siento en asuntos amorosos, y lo guardaba casi exclusivamente para tí. Aquí está. Puede servirte como inspiración para la respuesta que piensas mandar a tu Clara. Nos veremos.

Y se fué. Una vez solo en su cuarto, leyó Francisco Doria la traducción o invención de su amigo:

### **Confesión del poeta All-Fared.**

¡Ya leilí! ¡Ya einí!  
¡Oh noche! ¡Oh tus ojos!

Cuando yo era joven y fuerte, y podía morder a mi gusto la fruta de amor; cuando otros corrían hacia los placeres, y yo sentía que los deseos se apoderaban de mi cuerpo y lo retorcían; cuando yo podía atreverme a todo, si el fruto del amor se acercaba a mis labios ardientes, prefería saborearlo sin prisa, para deleitar mi cuerpo, mi corazón y mi espíritu.

Mis amigos me llamaban ingénuo, me creían de sangre helada, y decían de mí a las mujeres con tono afligido: Es un poeta...

Sí, poeta, pero no elegiaco, porque yo soy antes que todo de mi raza. Yo soy de la misma arcilla que los hombres cristianos, siervos del error. Cuando los cristianos hablan de amores, hacen creer que la dulce fruta es algo terrible, una fiebre del alma. Así hablan del amor los rumíes, porque están llenos de orgullo, porque son amigos de la violencia: porque no tienen derecho a amar más que a una sola mujer y sí tienen deseos para amar a muchas; porque en sus países las doncellas salen con las caras descubiertas; porque tienen una palabra en los labios y otra en el corazón.

Yo no soy como ellos. ¡Oh noche! ¡Oh tus ojos! Yo soy un poeta tímido, pero no elegiaco. Quiero que a la mujer la oculten la noche y el silencio. Yo moriría de voluptuosidad sin preferir una palabra. Me gusta sentir, como se aquieta, en el silencio y entre mis besos, el pecho que antes jadeaba convulsivo. Yo amo, pero amo con delicadeza, no creo necesario decir a todos cuándo y cómo amo.

Yo no soy de aquellos que puede traicionar, aún antes de que llegue el olvido. Yo no olvido, ni traiciono, ni a mi amor, ni a mi país, ni a mi familia. Pero hasta a Dios ocultaría algunos secretos de mi alma, si Dios no sondeara las almas.

Y cuando hablo de amor, me gusta hacerlo con palabras veladas, como caras de mujeres.

¡Ya leilí! ¡Ya einí!

## X

Al terminar esta lectura se dijo el teniente:

—Yo no soy árabe, no tengo ganas de serlo. Dicen que todos los hombres tienen dos patrias, en primer lugar, la propia, y en segundo, Francia. Si yo no fuera mexicano, querría ser mexicano, y si no fuera posible, francés. Pero francés de Gascuña, hablador y soberbio, con rasgos de Quijote y de Cyrano. Y si éste tampoco fuera posible, entonces quisiera ser un señorito de Madrid, con algo de poeta, de golfo y de banderillero. O un pícaro de Sevilla. No; de Sevilla no, porque vuelvo a caer en morería...

Divagando así, daba vueltas entre sus manos a la carta. Le llegó de pronto una oleada incitante, y sintió como si del papel insensible se escapara un beso. Y pensó que sus frívolas divagaciones, eran el último síntoma de la influencia de Clara la mala. Aquel perfume era como el alma de su amiga sensual, el veneno de su juventud, el vino de sus horas enloquecidas de fauno adolescente. Pero ya la tentación no pasó de la superficie y apenas alteró un poco los sentidos. Todavía la carne temblaba y la sangre sabía como veneno terminal, encendiendo rubores afrodisiacos. Pero ya el espíritu sabía, enderezarse como una hoja de acero retemplada, batida en yunque de pasión y de sufrimiento.

¡Marina! ¡Marina! Ella es la mujer. Ya no quiero ser gascón, ni árabe, ni castellano. Sino simplemente hombre, de mi país y de mi raza. No tengo miedo a clara la mala por temor al pecado, sino por huir de la voluptuosidad estéril. Yo quiero placeres de hombre.

Iba a desgarrar la carta, pero imaginó con algo más definitivo. En la cubierta se leía: “Si no es entregada la presente, devuélvase a Tampico.— Hotel Imperial”.— ¿Por qué a Tampico? Esta indicación despertó la

curiosidad de Doria. La carta contenía sin duda un adiós. No era peligroso abrirla. Tal vez contaba Clara la mala su decisión de buscar el olvido en el emporio petrolero, famoso por su riqueza improvisada, como un torbellino de oro y de vicios. ¿Iría en busca de fortuna, o a suicidarse con paludismo?

Pero al fin Doria venció la curiosidad mala encaminadora, y encerrando en otra cubierta la carta, escribió la dirección tranquilamente y la mandó al correo.

Su padre no le había vuelto a hablar de Marina, desde la noche de su llegada, pero se comprendía que estaba satisfecho por la actitud de su hijo, reservada y cortés para la niña silvestre. Mientras vivieron bajo el mismo techo, cumplió con los deberes de la fraternidad, tan gentilmente impuesta por el señor Doria, y sólo se consideró libre cuando Marina salió de su casa, para ir con su madre a un alojamiento de ocasión, en espera de la sanidad absoluta de Salomé.

Era seguro también que el señor Doria no encontró ninguno de los obstáculos que esperaba, porque Marina, aunque sin los modales afinados de una señorita, era sencilla, maleable, de un buen gusto instintivo, y capaz de acomodarse a cualquier medio, conducida con tacto y suavidad.

Tampoco tenía motivos para juzgar ligereza o llamarada juvenil la inclinación de su hijo, y hasta veía con gusto que el muchacho impetuoso y frívolo, se iba transformando en hombre. Los ojos paternos examinaban más hondamente que el sujeto mismo, y advertían los gestos nuevos, el aire más viril, la serenidad de aquella adolescencia en crepúsculo, envuelta en delicada melancolía, como todo lo que se despide o se muere.

También el señor Doria sabía algo respecto a la formación de una Escuadrilla con destino a la frontera del Norte, y aunque muy en el fondo se dolía por los peligros irremediables, agravados por su imaginación de padre, no dejaba de ver con satisfacción aquella oportunidad de que su hijo fuera rehabilitado expresamente, con una comisión honrosa, bastante para borrar las falsas impresiones que se hubieran formado al principio de su aventura.

Para completar su juicio sobre Marina, ya prevenido amablemente por los días en los cuales ejerció para ella funciones de padre, tuvo una excelente ocasión.

El Padre Juárez fué a visitarlo para dar las gracias en nombre de Doña Concepción. Lo acompañaba el ex-rebelde, apoyado en su muleta, con la doble tristeza de su fracaso político y de su pierna maltratada. El médico le había dicho que cojearía por algún tiempo, pero si tenía paciencia para conservar la muleta, reposo y cuidados, llegaría tal vez a quedar como antes. Los tres hombres cambiaron los cumplidos de ritual, y el señor Doria encauzó la conversación:

—No hay qué agradecerme. El gusto de conocer y tratar a Marina, y después a Doña Concepción, ha sido bastante recompensa. Las dos son excelentes mujeres, dignas de todo respeto.

Salomé.—Muchas gracias, señor. Yo temía que usted hubiera tenido una mala impresión, tal vez con motivo.

El señor Doria.—¿Mala impresión? ¿Por qué?

Salomé.—Por la manera de conocer a mi sobrina y a mi hermana, tan fuera de lo acostumbrado. Yo me pongo en lugar de usted: una muchacha humilde, en compañía de un hijo tan joven y seguramente un poco galante; la madre, que viene después desalada, y luego el tío, un amnistiado, un antiguo compañero de

bandidos... Había lo suficiente para tomar a toda la familia por aventureros peligrosos. Por fortuna, aquí está el señor Cura. El conoció al padre de Marina, y sabe todos nuestros antecedentes.

El señor Doria.—No es necesario... Le aseguro que...

El Cura.—Permítame usted, señor Doria. Yo quiero aumentar la satisfacción de usted, por la gran caridad que hizo al recoger como un padre a Marina. Usted mismo ha visto que la muchacha no es una ranchera, y que tiene corazón. Si yo procuré enseñarle un poco, despertarle buenas ideas, fomentar sus inclinaciones, instruirla y afinarla, fue porque bien sabía que el hijo de buenos padres merece ayuda y confianza. Yo conocí al padre de Marina. Era un hombre honrado. Doña Concepción y sus parientes han sido también buenas y cristianas persona. En cuanto a Salomé...

Salomé.—Quisiera no estar presente, señor Cura, para que usted hablara con libertad. He sufrido muchos desengaños y no me importa ya mucho mi fama. Pero todo lo malo que hice, no creo que deba recaer sobre dos pobres mujeres. De todas maneras, le suplico que diga la verdad.

El Cura.—Lo mismo hablaría si no estuvieras presente. No soy adulator ni busco agradar a nadie. Yo conozco a Salomé lo mismo que a su hermana, desde hace mucho tiempo, desde que su familia fue a radicarse a mi pueblo.

Este muchacho, por algunas lecturas sin guía, por ideas cogidas al vuelo, por cierta inclinación levantisca y soberbia, y principalmente —oye si hablo con franqueza— por la irritación que produce a los jóvenes ansiosos no poder satisfacer todos sus deseos y a los descontentos que se creen injustamente humillados el afán de subir, aprovechó la primera oportunidad que tuvo para reunirse

a los rebeldes. Estoy seguro que al principio combatió de buena fe. Sus contactos con hombres como “El Cascabel” y Cuco Sagrado, se explican: nuestra historia está llena de hombres honrados y grandes almas, que se juntan por un ideal con grandes bandidos.

Salomé.—Usted me defiende, padre, y no lo merezco. Yo mismo no podría hacerlo. Pero sí quiero aceptar lo que usted dice; he tenido buena fe. Si mis ideas son cogidas al vuelo, equivocadas, ilusorias, disparatadas, ahora mismo no puedo decirlo. Usted ya sabe mi gran idea, mi obsesión, mi religión, fundada precisamente en palabras de usted. Yo he soñado con restablecer y emancipar las comunidades indígenas.

El Cura.—Un momento... El señor Doria podría creer que yo soy un comunista agrario, un repartidor de tierras y de utopías.

El señor Doria.—O un socialista cristiano, señor Cura.

El Cura.—Pues no señor, nada de eso. Lo único que yo deseo para los indios, es que no los protejan tanto, que los dejen vivir. Pero no es tiempo ahora de estas divagaciones. Si yo comienzo a discurrir, no sobre el problema, sino sobre los infinitos problemas indios, me alargo como en misa de tres padres. Y para que ustedes se fastidien, con uno basta. Lo importante hoy, es dar las gracias a la familia Doria, y demostrarle que no hizo un beneficio a descastados.

El señor Doria.—Yo agradezco mucho la atención. Lo poco que pude hacer, lo hice con gusto. No hubiera disminuido mi buena voluntad, porque Marina fuera de casa humilde o porque su tío se batiera contra el gobierno. Bastaba con que fuera mis huéspedes y protectores de mi hijo. Y ahora, yo tengo que dar las gracias, por

haber recogido a Francisco, y haberlo llevado a donde lo curaron y volvieron a la vida.

El Cura.—Si usted está contento por haber sido útil a Marina, lo mismo estamos nosotros por haber servido en algo al joven Doria. ¿Me permite usted que hable con libertad, como cura de aldea, acostumbrado a repartir consejos? Cuide usted mucho a su hijo. Es de fuego.

El señor Doria.—¿ Y qué quiere usted que haga, padre? Lo mismo que con los indios, dejar vivir y no proteger demasiado. Uno que otro consejo, buen ejemplo, tolerancia y nada más. Más bien pida usted a Dios que me lo cuide.

El Cura.—Así lo haré, señor Doria. ¿Qué manda usted para el pueblo?

El señor Doria.—Un feliz viaje, y que nos volvamos a ver. Recuerdos a Juan Mateo.

Ya se despedían, cuando llegaron Téllez y Francisco Doria, y al enterarse del motivo de la visita, suplicaron al sacerdote que esperara unos días para su regreso, y que influyera para que Doña Concepción, Marina y Salomé, aplazaran igualmente su viaje. Téllez informó que ya era casi segura la designación de él mismo y de su compañero para formar parte de la Escuadrilla del Norte. Sólo se esperaba la tramitación de oficina y el arreglo de algunos detalles. De un momento a otro recibirán las órdenes, y ya estaban citados para enterarse de ciertas instrucciones, seguramente delicadas y secretas.

Pero el motivo principal que justificaba la súplica, era el deseo de que sus amigos asistieran una fiesta muy significativa El domingo siguiente se debía descubrir con solemnidad la Victoria con alas, la estatua simbólica de la aviación, que el teniente Doria viera recién salida de los hornos, en la Fundición Nacional de Artillería.

El teniente Doria.—Para mí es una estatua de buen augurio. La estaban cincelando y puliendo el mismo día en que obtuve permiso para volver en busca de Téllez, después de mi proceso, cuando estuve casi degradado. La inauguración oficial de recepción. Es el primer acto expreso que me reconoce nuevamente mi carácter, es mi rehabilitación pública.

Téllez.—Y no sólo habrá discursos, versos y música, sino exhibición extraordinaria de aeroplanos. La Escuadrilla del Norte maniobrará en formación de combate.

El teniente Doria.—Y si el piloto capitán Téllez no vuela ese día, es porque tendrá en la fiesta un sitio de honor.

Téllez.—Lo mismo que el piloto teniente Doria.

El teniente Doria.—Y podemos arreglar magníficos asientos para la familia y los amigos.

El señor Doria.—Diga usted que sí, señor Cura.

—Y usted también (A Salomé).

Salomé.—Yo... por mi parte...

El Cura.—Yo acepto con gusto el ofrecimiento, pero sólo a medias. Personalmente, me es imposible, porque no tengo licencia para más tiempo. Pero, en cambio, dejo mis representantes. Me obligo a comprometer a Doña Concepción y a Marina, con la ayuda del amigo Salomé, para que aplacen algunos días su regreso y se queden a la fiesta. No costará mucho trabajo, porque la muchacha se volverá loca si la privaran de semejante novedad, y la madre y el tío no son capaces de atormentarla.

## XI

El domingo se preparó Francisco Doria como si fuera a un examen o a un baile. Se arregló el uniforme con alegría de cadete, tan jubiloso como si por primera vez se endosara la guerrera gris con las insignias de la hélice alada y el kepí recto a la francesa. Cuando estuvo listo, entró a la sala donde su madre y sus hermanos vieron, tocaron y admiraron al flamante guerrero del aire. El señor Doria estaba tan emocionado como el resto de la familia. Era el único que sabía con detalles el nombramiento de su hijo, y la importancia de la comisión que se le confiara. Había sido confidente excepcional de todos los informes que su hijo pudo darle, sin más límites que el riguroso secreto militar que sus superiores le ordenaron.

Y sin necesidad de confidencia, lo mismo que la madre del teniente, estaba enterado también, de la persistencia del cariño consagrado a Marina. Cuando deliberaban los dos esposos, el señor Doria se alegraba por fuera del nombramiento de Francisco, pero la madre, sin saber otra cosa sino que era necesario separarse, se afligía por dentro y por fuera. Decía el padre que la ausencia y la campaña eran oportunas para decidir una crisis vital.

Sería una prueba múltiple: prueba de fuego para su carácter, prueba de tiempo y de distancia para su amor, prueba de constancia para Marina.

La madre, sin convencerse, se callaba y escondía su dolor.

Aquel día tal vez hubieran salido a relucir las lágrimas, si la llegada del capitán Téllez no hubiera servido para devolver la tranquilidad a los viejos padres, al menos en apariencia.

El señor Doria y su hija Elena, tenían que salir en busca de Doña y el teniente se adelantaban para identificar los asientos, apartados de antemano. La chiquillería fue condenada a reclusión matinal, sin más derecho que asomarse a las ventanas.

Antes de partir, el señor Doria detuvo a su hijo y al capitán Téllez, y con el aire exageradamente natural de quien busca ocultar su emoción, aprovechando la urgencia de la salida y el alboroto de los chicos, hizo entrega a cada uno de su obsequio de despedida. Les dijo atropelladamente:

—Es un recuerdo, un anticipo... Ustedes se quieren como hermanos y yo voy a juntarlos más. Estos son los anillos de alianza, con el nombre de cada una. Clara y Marina... Ustedes lo merecen. Ya son hombres.

Y luego, como si quisiera provocar alegría con una evocación añorada:

—Qué les sirvan de veras para una alianza de amor, y que dura su felicidad como en los cuentos de las Mil y Una Noches, hasta que los visite la Separadora de los Amigos, la Destructor de las Alegrías, la Inevitable del Eterno Sueño...

Téllez sonreía pálidamente, y Francisco Doria, del brazo de su madre, sentía como si le oprimieran las garganta con el nudo de un gran sollozo.

## XII

La Victoria con alas aparecía ya descubierta, en medio de la fuente y sobre su pedestal, adelantando con el brazo derecho las palas perpendiculares de la hélice. El bronce patinado tenía bajo el fuego del sol extraños matices, como si la Diosa del aire hubiera cambiado su nitidez olímpica, por la morena oscuridad de las vírgenes criollas.

En frente de la estatua, bajo un toldo blanco, la plataforma oficial apenas contenía el cortejo de los altos funcionarios, encabezados por el Presidente de la República, el séquito militar y diplomático, y los favorecidos con asientos a la sombra.

La multitud se extendía por la antigua Plaza de la Ciudadela, enaltecida y purificada con tres estatuas: a la derecha, Minerva pensativa; en el centro, el máximo batallador del México independiente, Don José María Morelos, y a la izquierda, con la cara hacia el norte, la Victoria alada.

Por sugestión intencional de los organizadores, la mayor parte del auditorio estaba integrada con la juventud de las escuelas, y no únicamente los estudiantes de profesiones liberales, sino también los alumnos de Artes y Oficios, de Ingenieros electricistas y mecánicos, los obreros jóvenes de las escuelas nocturnas, los delincuentes precoces de la Correccional, los hijos abandonados del Hospicio, toda la juventud de México, la floreciente, la descarriada y la desvalida.

En la plataforma oficial, cerca del estado, Téllez y Doria gozaban de cierta preminencia, y junto a ellos, enrojecían de satisfacción los padres y a hermana del teniente, abría los ojos negros Marina, llena de gracia, y Doña Concepción se admiraba de todo, sonriendo

humildemente, como una monja exclaustrada. Salomé alegó a última hora el peligro de un golpe sobre la pierna resentida, a causa de la aglomeración, y como nadie le rogara, se quedó en su alojamiento, estudiando línea por línea los periódicos.

El teniente Doria aventuraba de vez en cuando una exploración visual hacia Marina, ansioso por colocar en su sitio el anillo que le regaló su padre, pero ella creía tal vez que los ojos innumerables de muchedumbre la vigilaban, sin perdonar un gesto. Dirigía la vista para la estatua, y la bajaba discretamente, asustada por la divina desnudez del bronce. Buscaba refugio contemplando la tribuna presidencial, las oleadas de la muchedumbre, y el cielo blanco y azul, donde todos esperaban ver de pronto cómo aparecían los aeroplanos de la Escuadrilla del Norte. Sabía por el Cura de Huasca, la noticia del viaje próximo a la frontera y temía que al encontrarse sus miradas con las de Francisco Doria, le faltaran firmeza, y tuviera que palidecer y llorar, a la vista de tanta gente desconocida.

La música terminó estruendosamente una metálica sinfonía. Una tregua de mar en calma apaciguó todos los rumores. Los ojos se volvieron hacia el oriente. Un punto negro se acercaba y crecía. Luego otro, y otro. El sol ya cerca del zenit, había desvanecido los últimos vapores de la mañana, y todo el firmamento no era más que azul pálido, infinitamente puro. Los puntos negros se aproximaban formando ángulo. El más delantero, ya parecía un águila remota. Poco después, el gran silencio fue turbado por un rumor que venía de muy alto y de muy lejos, como traído por las ondulaciones del aire. Era un ruido mecánico, zumbador, rítmico y preciso. El águila que venía en el vértice del ángulo volador, ya se miraba con su figura real, con sus alas dobles, y

en cada extremo un resplandor albo, como plumón de garza. Era un biplano de combate, y en la punta de sus alas resplandecía la faja blanca del escudo tricolor.

Muy pronto la Escuadrilla culminó por encima de la ciudad, y al zumbido ronco de los motores fue respondiendo la voz de la muchedumbre. Se alzaban manos y sombreros, subían los gritos y los aplausos, mientras las máquinas celestes, siempre formando ángulo, sin maniobras de fantasía, volaban en línea recta.

Al llegar el primer avión, como buque almirante, sobre la Plaza de la Ciudadela, la multitud reunida bajo el toldo blanco de la tribuna oficial, olvidando por un momento el rigor de la ceremonia, abandonó la sillería para buscar más amplio observatorio. Fue una confusión instantánea, y si el señor Doria no hubiera tranquilizado con su presencia y su brazo a Doña Concepción, la buena señora hubiera creída en la inminencia de una catástrofe. El teniente y Marina se juntaron por instinto, y pudieron contemplar el desfile de aeroplanos. Doria quiso hablar primero de cosas neutrales, adivinando la excitación reprimida de la joven:

—Mire usted, Marina... ¿No reconoce aquel biplano, el que va por delante? Es el nuestro, el 40-A-36. Yo lo quería mucho desde que lo ví nacer, porque está hecho en nuestros talleres, desde el timón hasta la hélice. Pero lo quise más desde que me llevó a caer en la sierra, para conocer...

Marina.—Yo también lo quería, pero ya se me va pasando el cariño.

Doria.—¿Por qué?

Marina.—No sé. Tal ve porque usted se va con su biplano, muy lejos, rumbo a la frontera.

Doria.—Pero volveré. ¿Se acuerda usted cuando le dije

en San Nicolás que volvería, volando o arrastrándome? ¿No cumplí mi palabra? Ahora voy a dejarle otra prenda. Es un regalo que mi padre le manda por conducto.

Marina.—¿Está usted loco? Aquí, delante de todo el mundo...

Doria.—No se preocupe usted. Nadie nos mira.

En verdad, todos miraban hacia arriba, y la fiesta de tiesura oficial se transformaba por momentos en alborotada romería. Los aeroplanos pasaban por encima de la plaza, y seguían hacia el oeste, dejando atrás las volutas de su estela vaporosa. Nadie vió al teniente Doria, perdido con su prometida en el desierto de una muchedumbre, cuando entregó el obsequio paternal, entreabriendo la cajita para enseñar el simbólico anillo de oro. Tal vez Téllez advirtió algo, porque en aquellos momentos se acercaba custodiando a Elena, pero no hubiera podido encontrarse testigo más discreto para la improvisada ceremonia.

Toda la gente recobraba su puesto, una vez pasado el primer ímpetu de entusiasmo y curiosidad. Al volver a sus asientos, Doria estrechó la mano de su amigo Téllez, y le dijo suavemente:

—¿Has visto?

—Sí.

—¿Has comprendido?

—Sí.

—¿Mañana harás tú lo mismo?

—Esta noche. Salgo a Pachuca por el tren de las tres.

—Mis respetos a Clara Urbino. Y ya sabes, hasta que nos visite la Separadora, la Destructora...

—Está bien. Por lo pronto, oiremos el discurso final.

Un orador ocupaba la tribuna, y al principio sus palabras se perdieron entre el ruido indefinible de la

muchedumbre, que se recogía y se acomodaba para escuchar y el rumor aún vibrante de los motores que se alejaban por su alto camino. La voz grave, ensordecida por la emoción, trémula viril, se acordaba con el eco rítmico de las máquinas, y algo del ímpetu ligero y ascendente de un aeroplano en trepidación, había en la cadencia de los períodos, y en el ademán de los brazos extendidos.

Decía:

...Los americanos de origen español, decoramos nuestro nombre geográfico con el distintivo de una remota latinidad. Si los Conquistadores de hace cuatro siglos, ya descendían de godos, vándalos y árabes, tan extraños a la loba romana como los celtíberos y los cántabros hijos del suelo, a mayor distancia tenemos que estar nosotros, arraigados a la tierra de un nuevo mundo, entroncados con las razas aborígenes, nutridos desde hace muchas generaciones con pura savia de América. Y sin embargo, recibimos y aceptamos el nombre de latinos, no sólo para distinguir nuestra estirpe de la estirpe anglo-americana, sino porque la huella que profundizaron las legiones romanas sobre los países iberos, descubren su vitalidad en el idioma, su grandeza política en el ensueño de unión latina-americano, y su trascendencia en las manifestaciones del arte y de la moral. No somos latinos por la sangre. Nuestra sangre y nuestra carne son de América. Queremos ser latinos por el idioma y por la cultura, y si deseamos en verdad ser dignos de tal designación, debemos ejercitar y fortalecer entre nosotros las grandes virtudes latinas.

Hoy no me refiero a las virtudes prácticas, ni a todas las cualidades espirituales que son el adorno y la riqueza de la civilización mediterránea. Únicamente hablo de una virtud sutil, a veces despreciada, confundida

frecuentemente con la retórica, la declamación, el delirio y la demencia.

Hablo de la virtud poética de los pueblos latinos, en el noble concepto de la palabra poesía, el don de penetrar el sentido oculto de las cosas; la tendencia mística de transformar lo que se admira y lo que se ama en símbolos y en alegorías.

Así es como debemos sentir a nuestra aviación mexicana. Y así como la aviación francesa recibió los honores supremos, cuando Godefroy pasó con su aeroplano bajo la gloria del Arco del Triunfo, para que la Cuarta Arma recibiera las mismas honras napoleónicas, que el resto de los ejércitos vencedores en la gran guerra, nosotros consagramos a nuestros soldados del aire un bronce moldeado, fundido y cincelado por manos mexicanas.

Medidos y contados con criterio práctico y fenicio, ¿qué son nuestros dieciocho aviones en campaña, nuestros motores de ciento treinta caballos, nuestros seis hangares y las tres sombras gloriosas de los aviadores muertos? ¿Qué son al compararse con las flotas innumerables, las máquinas enormes y los hidroplanos que cruzan el Atlántico? Balbuceos, ensayos, intentos, dirá el razonador que piensa con números. Pero el latino se recogerá orgullosamente en los límites de su heredad, y gozará de sus bienes sin envidias, buscando no sólo el provecho bruto, sino las cualidades decorativas, espirituales y simbólicas.

Nuestros aviadores y nuestros aeroplanos no son puramente decorativos, porque ya pasó el tiempo de la exhibición y las maniobras acrobáticas sin objeto. Sus tareas materiales ya se inician; ya las máquinas de guerra han explorado en El Ébano senderos de triunfo y la tierra conoce el sabor de la sangre noble de los aguiluchos

caídos. Pero la lección espiritual, la eficacia simbólica de nuestra aviación, es lo que debemos desentrañar y chupar con el apetito fogoso de los gemelos legendarios nutridos con la leche de loba.

La aviación es una fuente de juventud. Por ella volvió a sentirse joven el más armonioso de los poetas que viven, y al volar sobre los Alpes atrincherados, dejó en tierra, con su equipo de lujo, los afeites del histrión y los perfumes de la decadencia. Sólo un gran poeta inflamado de juventud, pudo decir como él, cuando la ingratitud parisiense volvió sus flechas contra su rebeldía de italianismo: “Han olvidado las palabras que yo dije a la hora del peligro. No importa. Yo diré otras más bellas” Es la juventud que se siente capaz de volar y cuenta con el futuro como cosa propia. Así diremos nosotros. Nuestra República es joven y ya tiene alas.

Si su historia de cuatro siglos muestra páginas rojas y tristes, trescientos años de clausura lente, cien años de inquietudes y desgarramientos de entrañas, no importa; nosotros hemos de hacer para la historia futura páginas aladas, vibrantes de pasión y de trabajo. Si los años de paz en la superficie no han producido la verdadera paz profunda de las conciencias y de los corazones, no importa; nosotros trabajaremos por conquistar una paz alada y ascendente, no sostenida por columnas de hierro y de oro, sino por indestructibles pilares, de fuerza en el derecho y amor en la justicia. Si las duras guerras cainitas y las fiebres de revolución no han servido como remedios heroicos, no importa; haremos la gran guerra civil, la revolución alada que reforma en los parlamentos, previene en las universidades, construye en los talleres, siembra con libros, y cosecha en el campo viviente de las generaciones juveniles... ¡Arriba y adelante!

Los barcos aéreos triunfan de la gravedad y derrotan al espíritu de pesadez. Aprendemos a combatir la gravedad y la pesadez que se cuelgan de nuestra república en forma de tradiciones rancias, prejuicios de castas, de clases, de patriotismo y de imitación extranjera; que se emboscan en sótanos para cultivar los hongos y los musgos de ritos viejos, leyes superfluas, arte de afectación, suciedad y apatía; que sólo hablan con los estribillos morosos de “Quién sabe...” “Mañana...” “Dios dirá...” y no tiene alientos para soltar con bravura el grito confortador: ¡Arriba y adelante!

Los aeroplanos nos enseñan la lección fundamental del equilibrio. Es preciso escucharla, porque la historia nos dice que somos pueblos acostumbrados al exceso, tambaleantes del despotismo a la anarquía, de la prodigalidad a la miseria, del marasmo desfallecido a la excitación heroica, de la ignorancia troglodita al eruditismo pedante; que no admiramos ni la moderación, ni la templanza, ni la sobriedad. Escuchemos la lección del equilibrio para no caer en la esclavitud o en la muerte. Para construir y manejar aeroplanos, la cooperación es virtud, principal, y en los talleres de construcciones aeronáuticas, se recuerda a los obreros que la menor negligencia puede causar la muerte de un valiente. La vida del observador, está en las manos del piloto, y la mano del piloto depende del mecánico y del obrero. Debemos implantar en la vida civil la misma regla de cooperación armoniosa.

El peligro es menos visible, pero igualmente cruel. Con reorganización que utilice todas las fuerzas vivas del país, podrán construirse los instrumentos delicados y las delicadas instituciones, que exige la civilización moderna a todos los pueblos que anhelan por ser libres. Es preciso colmar los fosos del individualismo salvaje y

del egoísmo mercantil; matar la discolería, suavizar el provincialismo y las competencias: ¡trabajar en paz!

Volaban sobre la multitud las palabras, para disolverse como aromas entre el viento y el olvido. Algunos escuchaban con interés aparente, machacando por dentro problemas íntimos. Otros oían la música exterior de los períodos, la trabazón de las frases y el tono de la voz, sin preocuparse por la intención profunda. Los más dichosos, Marina y Doria, transformaban la realidad en un paisaje imaginario, y se creían solos en un gran bosque: el sol caía por entre las ramas y el viento lejano recitaba sordamente una especie de arenga con murmullos como palabras. La joven levantó su mano izquierda con movimiento natural, y sin que nadie lo advirtiera más que Daria, lució el anillo de oro.

En las alturas se volvieron a escuchar los zumbidos mecánicos. Los aeroplanos volvían, formados en una sola línea, uno tras otro. Sobre las cabezas de los espectadores corrían sombras fantásticas, cuando un avión interceptaba la luz del sol. La presencia de las máquinas pareció reforzar la sugestión iniciada por el orador, como si las naciones de equilibrio, de ligereza, de cooperación y de juventud, poco antes nubulosas entre la música verbal, se tornaron concretas por el ejemplo. Parecía que se apretaba la correspondencia entre el público y el orador, y al aumentar la atención simpática crecía el entusiasmo de la voz trémula y viril. Pero los jóvenes recién desposados se resistían a la sugestión, abstraídos en sus propias ilusiones.

Apenas cedían un poco a la realidad, admitiendo que el gran bosque se hubiera poblado de espectadores importunos, y que la voz del viento adquiriría tonos más humanos, para decir admoniciones y consejos. Reconocían que era preciso dominar los ímpetus

rabiosos, que no era posible, como lo deseaban, ponerse en pie, abrir los brazos y estrecharse con furia, sino tener paciencia, levantar los ojos suavemente, mirarse con lentitud, disimulando la pasión tras el velo de la cortesía, y cambiar en dos miradas el eterno diálogo que condesa toda la filosofía del mundo. Les parecía que el viento recitaba:

...Y si nuestra audacia latina ya no permite realizar empresas de navegantes y de forjar símbolos de oro y explorar hasta lo más profundo y lo más alto del universo de las imágenes y las alegorías. Que nuestros aviones nos sirvan de maestros para enseñarnos la filosofía de las alturas. Después de pasar por la penumbra de la teología colonial y los ensueños del romanticismo y de la metafísica, que parecían supraterrrestres y en realidad eran subterráneos, la juventud pensadora de la América latina prefirió entre los guías del pensamiento a los más renovadores y audaces.

Escuchó las voces del materialismo positivista, pegado a la costra de la tierra. Se dejó seducir por la gracia impíamente sacerdotal del artista que escribió la "Vida de Jesús," tan libre y tan bella como un romance, y cuando el "dulce heresiarca sentimental" preguntaba: "¿Qué pensaría de esto en Sirio," se creía en la existencia de una filosofía estelar, lejana exquisita y escéptica, muy por encima de las vanidades humanas. Oyó la palabra silbante y entrecortada de aquel poeta que murió con el siglo diez y nueve, que tenía corazón homérico y alma de francés, y que al expresar sus bellas imágenes interiores, enturbiaba sus cantos con nebulosidad germánica, delirios de intoxicado y arranques duros que nacían de su carne prusiana. Era la filosofía de las montañas. Hoy encuchamos una nueva lección. No es la voz de la tierra, que brota de las simas oscuras, o se arrastra sobre la

superficie, o delira en los desfiladeros. No es tampoco la música remota de las esperas, apenas perceptible, como si bajara desde la desdeñosa superioridad de los astros. Es la lección de Ariel, como la enseñara el Maestro del Uruguay; la enseñanza de los vencedores del viento, que caminan subiendo de la tierra hasta por encima de las nubes, más allá de las montañas y más cerca de Sirio; que no niegan el milagro, por que son creadores de milagros; que no reniegan de la tierra, porque siguen sujetos a la tierra por lazos invisibles, como los hijos levemente separados del apoyo maternal; que adoran las montañas por que reconocen la belleza de las cimas inmaculadas, llenas de nieve y de orgullo; que predicán con sangre y ejemplos de la vida y de muerte la renovación, el equilibrio ascensional, la gracia optimista de la juventud, la cooperación, la serenidad frente al destino y la gran victoria sobre el pesado y pantanoso espíritu de estancamiento.

La nueva lección nos dice. . . . .  
.....  
Marina y Doria se veían.

FIN

# DIRECTORIO

**Lic. José Francisco Olvera Ruiz**

Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo

**L.A. Fernando Q. Moctezuma Pereda**

Secretario de Gobierno

**Prof. Miguel Ángel Cuatepotzo Costeira**

Coordinador del Despacho del Gobernador

**Lic. Aunard de la Rocha Waite**

Secretario Particular del C. Gobernador

**L.C. Nuvia Magdalena Mayorga Delgado**

Secretaria de Finanzas y Administración

**Lic. Juan Manuel Menes Llaguno**

Secretario de Contraloría y Transparencia Gubernamental

**Lic. Víctor Velasco Orozco**

Secretario de Desarrollo Social

**Lic. Alberto Meléndez Apodaca**

Secretario de Planeación, Desarrollo Regional y Metropolitano

**Ing. Gerardo Alberto Salomón Bulos**

Secretario de Obras Públicas y Ordenamiento Territorial

**Lic. Honorato Rodríguez Murillo**

Secretario de Medio Ambiente y Recursos Naturales

**Ing. José Pablo Maaud Pontón**

Secretario de Desarrollo Económico

**Lic. José Alberto Narváez Gómez**

Secretario de Agricultura y Desarrollo Rural

**Prof. Juan Renato Olivares Chávez**

Secretario de Turismo y Cultura

**Prof. Joel Guerrero Juárez**

Secretario de Educación Pública

**Lic. Pedro Luis Noble Monterrubio**

Secretario de Salud

**Lic. Damián Canales Mena**

Secretario de Seguridad Pública

**Lic. Mayka Ortega Eguiluz**

Secretaria del Trabajo y Previsión Social

**Mtro. Alejandro Straffon Ortiz**

Procurador General de Justicia del Estado de Hidalgo

**Lic. José Vergara Vergara**

Director General del Consejo Estatal  
para la Cultura y las Artes de Hidalgo



# DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES E IMPRESOS

Director General

**Arq. Luis A. Corrales Vivar**

Coordinación Editorial

**Abraham Chinchillas Terrazas**

Coordinación de Producción

**Javier Alejandro Rodríguez Padilla**

Coordinación de Diseño

**Mabel Castro Amador**

Diseño Editorial

**Ana Cristina Martínez Pérez**

Diseño

**Elizabeth Flores Valdespino**

**Mariana Moreno Madero**

**Aleida Ileana Porras Vega**

Asistencia de Producción

**Hans Carbajal Rebollar**

**Jessica P. Ventura Bravo**

Fotografía

**Fondo Menes Llaguno**



## COLECCIÓN HIDALGUENSE

El Lic. José Francisco Olvera Ruiz, Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo, promueve a través de la Colección Hidalguense la difusión de la cultura en Hidalgo. Esta edición es exclusivamente con ese objetivo y sin ninguna intención de lucro.



Estado Libre y Soberano  
de Hidalgo

*Alas Abiertas* de Alfonso Teja Zabre,  
se terminó de imprimir en el mes de Noviembre de 2011,  
en los talleres de Lito Impresos Bernal,  
Cerrada de Boulevard Everardo Márquez,  
Zona Industrial La Paz s/n. CP.42090.  
Pachuca de Soto, Hidalgo, México.  
El cuidado de la edición estuvo a cargo de  
Abraham Chinchillas Terrazas

